Charles Caldwell Ryrie

EQUILIBRIO EN LA VIDA CRISTIANA

EQUILIBRIO EN LA VIDA CRISTIANA

EQUILIBRIO EN LA VIDA CRISTIANA

Charles Caldwell Ryrie

FIRMA ORIGINAL

Traducción de José Flores Espinosa

EDITORIAL MOODY

INDICE

Parte I.—ALGUNOS CONCEPTOS BIBLICOS

Capítulo *Página*

1.—Proposición 9
2.—¿Qué es la espiritualidad? 12
3.—¿Qué es el hombre? 25
4.—Lo viejo y lo nuevo 37
5.—Unidos con Cristo 53

Parte II.—CIERTAS RESPONSABILIDADES PERSONALES

6.—¿Cómo somos santificados? 65
7.—Dedicación 80
8.—El dinero y el amor a Dios 90
9.—El uso de sus dones 102
10.—Fidelidad rutinaria 111

Parte III.—ALGUNOS PROBLEMAS PRACTICOS

11.—¿Cómo puedo saber si soy lleno del Espíritu? 121
12.—Las asechanzas del diablo 134
13.—Tentación 147
14.—Confesión y perdón 157
15.—Lo legal y lo legalista 165
16.—¿Debo tratar de hablar en lenguas? 178
17.—¿Tiene Cristo que ser Señor para ser Salvador? 184
18.—La vida cristiana equilibrada 198

PARTE I

ALGUNOS CONCEPTOS BIBLICOS

1

PROPOSICION

La propuesta básica o, si queréis, la tesis del presente libro es la siguiente: espiritualidad genuina y saludable como meta de toda vida cristiana.

Es posible que la misma sencillez de tal proposición defraude o, al menos, no logre causar la impresión debida en quien la lea, de manera que conviene que examinemos sus palabras clave.

Por *genuina* yo quiero decir bíblica porque sólo en la Biblia tenemos la verdad de confianza sin disputa alguna. Esta es la razón de que la Biblia sea la guía y la comprobación de todas nuestras experiencias en la vida espiritual, toda vez que la espiritualidad bíblica es la única espiritualidad genuina. La importancia práctica de esto es sencillamente que la vida espiritual con todas sus experiencias tiene que comprobarse con la verdad bíblica, y cualquier experiencia, por real que parezca, que no resista dicha prueba deba descartarse. Desde luego, es más fácil decirlo que hacerlo, pero este es el único camino que nos lleva a la espiritualidad genuina o bíblica.

Una segunda palabra clave de la propuesta original es la palabra *saludable*. Por ello quiero decir equilibrado. No hay nada más devastador para la práctica de la vida espiritual que un desequilibrio. Uno de mis profesores de años atrás nos recordaba siempre que el desequilibrio en teología era equivalente a demencia doctrinal. Lo mismo puede aplicarse al campo del vivir cristiano. Una aplicación desequilibrada de las doctrinas relacionadas con la espiritualidad bíblica dará como resultado una vida cristiana desequilibrada. Demasiado énfasis en lo místico, puede oscurecer la práctica de la vida espiritual, mientras que un énfasis exagerado en la práctica puede motivar una falta de visión. La constante reiteración de que es necesario el repetir las rededicaciones puede llevar a una vida cristiana estancada, sin crecimiento

firme y substancial. Y el enfatizar desmedidamente la confesión puede producir una introspección no saludable, al tiempo que una falta de énfasis de la misma puede dar lugar a que uno sea insensible al pecado. El equilibrio es la clave de una vida espiritual sana.

Si este libro va a tratar de la espiritualidad, es necesario de entrada considerar algunos de los rasgos generales de la palabra *espiritual*. La palabra, desde luego, tiene su raíz en el término espíritu y de consiguiente significa "perteneciente al espíritu". En la práctica tiene una gran variedad de empleos, todos ellos consistentes con la idea básica de pertenecer al espíritu. (1) En un caso (Efesios 6.12) se emplea la palabra *espiritual* con referencia a las huestes demoníacas que, en calidad de seres espirituales, son distintos de los seres humanos. (2) En otro caso se considera a la ley mosaica como de carácter espiritual (Romanos 7.14). Esta referencia indica que la ley tenía como objetivo el desarrollo de la vida espiritual de los israelitas para quienes había sido dada. (3) El futuro cuerpo resucitado del creyente se considera como cuerpo espiritual en contraste con el cuerpo natural que lleva hasta su muerte (1ª Corintios 15:44). En este respecto el uso de la palabra impide definirla solamente en términos de lo incorpóreo. El cuerpo espiritual, como el del Señor después de su resurrección, tiene carne y huesos, pero de una calidad nueva y diferente de resurrección (Lucas 24.39).

Además, (4) un variado cuadro de actividades y de relaciones del creyente se llaman espirituales. Su ministerio se verifica en el ejercicio de los dones espirituales que son otorgados por el Espíritu Santo (Rom. 1.11; 1ª Cor. 12.1; 14.1). La unidad de todos los cristianos como piedras del edificio se denomina, según San Pedro, casa espiritual y él mismo dice que el creyente tiene que ofrecer sacrificios espirituales agradables a Dios (1ª Pedro 2.5). El mantenimiento de los hijos de Israel se llamó carne y bebida espirituales, en tanto que a Cristo se le designa como la Roca espiritual que los seguía (1ª Cor. 10.3, 4). El cristiano expresa su alabanza con cánticos, himnos y canciones espirituales (Col. 3.16). Su mente ha de ser llena de sabiduría espiritual (Col. 1.9), en tanto que su colocación en los lugares celestiales incluye el haber sido bendecido con toda bendición espiritual (Ef. 1.3).

No obstante, el uso distintivo (5) en el Nuevo Testamento de la palabra *espiritual* está relacionada con el crecimiento y madurez del creyente en la vida cristiana. El hombre espiritual tiene que ser, ante todo, el que haya experimentado la obra regeneradora del Espíritu Santo en sí mismo, dándole la nueva vida en Cristo. El Apóstol Pablo contrasta al hombre espiritual con el hombre natural (1ª Cor. 2.14, 15) quien, no teniendo el Espíritu Santo, es un individuo aparentemente no regenerado (cf. Judas 19). Pero la espiritualidad encierra algo más que la regeneración y el propósito de este libro es discutir estos asuntos. Esto de necesidad requiere el estudio de ciertas doctrinas de la Biblia. Sin esta base nuestras conclusiones podrían no llevarnos a una genuina espiritualidad. También requerirá la consideración de ciertas responsabilidades individuales y problemas prácticos en la aplicación de la verdad bíblica a la vida de modo equilibrado. Además, nos será útil considerar algunos de los falsos énfasis de la actualidad para que podamos evitar los mismos peligros y sacar a la luz de modo claro la verdad. Todos estos asuntos nos deben dar una perspectiva adecuada de la espiritualidad bíblica.

Ni que decir tiene que semejante tema, al menos me lo parece a mí, requiere de modo especial la enseñanza del mismo Espíritu Santo, si es que hemos de aprenderlo con fruto. Este es un terreno en que puede ilustrarse la necesidad de un equilibrio justo. Algunos llegan a pensar que la enseñanza que recibimos del Espíritu Santo elimina la necesidad de estudiar, mientras que otros caen en el lado opuesto de que el mucho estudio elimina la necesidad del Espíritu Santo. El ministerio del Espíritu Santo en la enseñanza de la verdad de Dios es indispensable. Pero las Escrituras que hablan de él (Juan 16.13; 1ª Cor. 2.12) no nos dicen que este ministerio sea siempre directo. De hecho, no se nos dice cuáles son los medios que el Espíritu Santo emplea para enseñarnos. Puede ser directamente, cuando uno medita silenciosamente en un pasaje, pero también puede ser por canales intermedios. Algunos de estos canales son libros escritos por hombres, los hombres dados a la Iglesia, concordancias e incluso diccionarios. A fin de cuentas, el Espíritu es quien nos enseña, ya emplee la vía intermedia o no. Naturalmente tiene que hacerlo si hemos de comprender la verdad.

2

¿QUE ES LA ESPIRITUALIDAD?

Aunque parezca raro, el concepto de espiritualidad, que es tema de mucha predicación, escritura y discusión, pocas veces se define. Por lo general, lo que pareciera algo así como definición, solamente toca las características de la espiritualidad, así que uno busca en vano una definición concisa del concepto mismo. Lo que pasa es que el concepto incluye varios factores y no es fácil entrelazarlos para una definición equilibrada. Además, el único versículo de la Biblia que se acerca a una definición es de difícil interpretación: "el espiritual juzga todas las cosas" (1ª Corintios 2.15). Por eso se evita. Pero es necesario formular una definición, porque constituye la piedra del ángulo que determina el modelo de todo el edificio.

El Concepto de Espiritualidad

La verdadera espiritualidad requiere tres factores. El primero ya lo hemos mencionado—la regeneración. Nadie puede ser espiritual en el sentido bíblico sin haber experimentado primeramente la vida nueva que se otorga libremente a todo aquel que cree en el Señor Jesucristo como Salvador personal. La espiritualidad sin la regeneración es reforma tan sólo.

En segundo lugar, el Espíritu Santo está implicado preeminentemente en la producción de espiritualidad. Esto no quiere decir que las dos personas restantes de la Trinidad no tomen parte en ella, ni que el cristiano mismo deje de tener responsabilidad, ni tampoco que no haya otros medios de gracia, pero sí afirma su mayor papel en la espiritualidad. Los ministerios del Espíritu incluyen la enseñanza (Juan 16.12-15), la dirección (Rom. 8.14), la seguridad (Rom. 8.16), la oración (Rom. 8.26), el ejercicio de los dones espirituales (1ª Cor. 12.7) y el luchar contra la carne

(Gál. 5.17). Todos ellos dependen para su plena manifestación de la plenitud o de ser llenos del Espíritu. (Efes. 5.18).

El ser lleno del Espíritu significa ser controlado por el Espíritu. La clave de esta definición se encuentra en Efesios 5.18, donde hay contraste y comparación entre la borrachera y el ser llenos del Espíritu. Es la comparación la que nos da la clave, porque de la misma manera que le persona borracha se siente controlada por el licor que consume, así la persona llena del Espíritu se siente controlada por el mismo Espíritu. En consecuencia, actuará de forma no natural para él, no de una manera errática o anormal, sino una que es contraria a la vida antigua que llevaba. El ser controlados por el Espíritu es parte necesaria de la espiritualidad.

El tercer factor que se requiere en la espiritualidad es el tiempo. Si la persona espiritual juzga o examina o discierne todas las cosas (1ª Cor. 2.15), ello requiere tiempo, para obtener conocimiento y adquirir experiencia para juzgar todas las cosas. Esto no puede realizarse de la noche a la mañana, sino que se aplica, en realidad, al cristiano ya maduro.

Esa palabra *madurez* parece poseer la clave del concepto de espiritualidad, porque la madurez cristiana es el crecimiento que el Espíritu Santo produce durante un período de tiempo en el creyente. Claro que no se requiere el mismo período de tiempo para cada individuo, pero sí se requiere cierto tiempo para todos. No es el tiempo en sí el que produce la madurez; más bien el progreso que se realiza y el crecimiento conseguido son vitales. La velocidad multiplicada por el tiempo nos da la distancia, de manera que la distancia hasta la madurez se puede cubrir en un tiempo más corto si se acelera la rapidez del crecimiento. Y se acelera cuando no se retiene nada para sí del control que debe ejercer el Espíritu Santo.

Aquí tenemos propuesta una definición de la espiritualidad que trata de ser concisa y al mismo tiempo tener en mente los factores antes discutidos. La espiritualidad es una relación adulta al Espíritu Santo. Aunque pueda ser esta sencillamente otra manera de decir que la espiritualidad es la madurez cristiana, trata de delinear más claramente los factores del control del Espíritu durante un período de tiempo. Desde luego, la definición satis-

face lo que requiere la descripción del hombre espiritual que encontramos en 1ª Corintios 2.15, porque quien experimente una relación adulta al Espíritu Santo podrá juzgar todas las cosas y al propio tiempo no ser juzgado por otros.

Si esta es una definición correcta, hay ciertas ramificaciones de la misma que debemos considerar.

1. Al nuevo cristiano no se le puede llamar espiritual, sencillamente porque no ha tenido tiempo suficiente para crecer y desarrollar en el conocimiento y la experiencia cristiana. El nuevo creyente puede ser contorlado por el Espíritu, pero el terreno del control está sujeto a la expansión en el proceso normal del crecimiento cristiano. Un cristiano joven no ha sido todavía probado en muchos aspectos de la gama general de la conducta cristiana, por ejemplo, y aunque desee que el Espíritu Santo controle su vida y sus acciones completamente, no ha ganado la experiencia y madurez que sólo se obtienen al enfrentarse con esos problemas y haber hecho decisiones por el control del Espíritu Santo respecto de los mismos. Al principio de ser salvo, puede incluso no saber que existe tal persona como es el hermano débil, y aunque no se resista a restringir su libertad por amor a ese hermano débil, todavía no se ha enfrentado con la necesidad de hacerlo, y no digamos nada de llevar a otros a tomar firmes decisiones en casos tales. El control del Espíritu puede ser total en la vida del nuevo cristiano, en tanto se da cuenta de que tiene esa vida en su nuevo estado, pero a medida que aumenta su conocimiento y progresa su crecimiento, aparecen nuevos cuadros de la vida que debe también ceder a la dirección de Dios de modo consciente. Para una espiritualidad genuina se necesita tiempo para ganar madurez.

2. Un cristiano de más años puede no ser espiritual, no porque le haya faltado el tiempo para ello, sino porque durante los años de su vida cristiana no ha dejado que el Espíritu Santo le controle. De la misma manera que el cristiano joven puede carecer de tiempo para convertirse en espiritual, así el creyente de más años puede faltar en su entrega al Espíritu. Y sin un control completo y continuo del Espíritu, no puede llegar a ser espiritual. Esto, desde luego, fue la preocupación del escritor de la epístola a los Hebreos, porque sus lectores se encontraban en esa exacta condición.

3. Un cristiano puede retroceder en ciertos aspectos de su vida, sin perder el terreno que ha ganado durante su vida cristiana. La carne puede controlar sus acciones durante el período de retroceso, pero cuando vuelve al Señor no tiene que empezar necesariamente el proceso de crecimiento otra vez. Por ejemplo, un creyente puede retroceder con respecto a su estudio personal de la Biblia, pero cuando vuelve a él no habrá olvidado todo lo que aprendió antes. Sin embargo, este principio no se aplica a todos los aspectos de la vida, porque hay algunos, como el de la fidelidad en el matrimonio, que si se violan no pueden ser nunca redimidos. El pecado puede ser perdonado, la comunión restaurada, pero el terreno perdido no puede ser recuperado.

4. Hay grados de crecimiento dentro del campo de la madurez. La mejor ilustración es la del ser humano quien, aun siendo adulto, continúa creciendo, desarrollándose y madurando. El hombre espiritual que está experimentando una relación adulta con el Espíritu Santo no se encuentra estancado en su vida cristiana, porque también tiene una relación creciente en su caminar con el Señor. En esta vida nunca llegamos a una altura desde la que no hay más terreno que ganar. La espiritualidad, pues, es una relación creciente y adulta con el Espíritu Santo.

5. El estado de niñez no tiene por qué durar mucho. Que nadie intente refugiarse en una especie de piedad fraudulenta que desmerezca o ignore el proceso de crecimiento que le ha promovido hasta un grado de madurez que se niega a reconocer. La falta de humildad es a veces la razón por la que no se reconoce la madurez que ya se ha alcanzado. Después de todo, cuando Pablo escribió la primera carta a los corintios, aquellos creyentes tenían cuatro o cinco años en la fe y él esperaba que ya fuesen espirituales. Deja sentado bien claro que aunque cuando él estuvo con ellos no pudo hablarles como a espirituales (porque eran niños en Cristo), esperaba que para el tiempo en que les escribió esta carta ya habrían madurado hasta el punto que podría dirigirse a ellos como a espirituales (1ª Cor. 3.1,2). En el transcurso de unos pocos años debe desaparecer el estado de niñez espiritual.

Caracteristicas de la Espiritualidad

La espiritualidad se caracteriza más fácilmente que se define. Y las características bíblicas de la espiritualidad nos proveen de pruebas concretas por las que determinar si se es o no espiritual. ¡A decir verdad, son demasiado específicas para consolarnos! ¿Cómo podemos saber si somos espirituales? Veamos las pruebas.

LA ESPIRITUALIDAD ES EVIDENTE EN EL CREYENTE.

En su carácter. Si la espiritualidad implica el control del Espíritu (Efes. 5.18), y si el Espíritu ha venido a glorificar a Cristo (Juan 16.14), entonces la persona espiritual manifestará a Cristo en su carácter y en sus acciones. El glorificar es mostrar, desplegar o manifestar. La evidencia de que el Espíritu Santo controla una vida no se encuentra en las manifestaciones del Espíritu sino en la presentación de Cristo. El fruto del Espíritu (Gál. 5.22, 23) es una descripción perfecta del carácter de Cristo; así que el cristiano que es espiritual mostrará amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza. Estos son los rasgos que describirán su carácter.

En su conducta el creyente espiritual imitará a Cristo. Uno de los énfasis equivocados de la enseñanza de la vida victoriosa hoy consiste en rebajar este aspecto de la verdad. Se nos dice que no imitemos a Cristo porque esto implica un esfuerzo que es obra de la carne; más bien, deberíamos sencillamente dejar que Cristo viva su vida en nosotros. La verdad es que no necesitamos inclinarnos por una de estas dos opiniones, porque ambas son escriturales. Cristo vive en mí, y la vida que ahora vivo la vivo por fe en el Hijo de Dios (Gál. 2.20), pero también se me exhorta que "siga sus pisadas" (1ª Pedro 2.21) y a andar como él anduvo (1ª Juan 2.6). Obviamente si se deja al Espíritu Santo producir el carácter de Cristo en un individuo, la vida que viva imitará a Cristo. Uno de los estudios más provechosos de los Evangelios consiste en tomar nota de los detalles de la vida del Señor que nosotros, como seguidores suyos, haríamos bien en imitar. He aquí algunas sugerencias.

En su ministerio y vida pública el Señor mostraba siempre compasión (Mat. 9.36; 14.14; 15.32; 20.34; Marc. 6.34; 8.2; Lucas 7.13). Siempre se veía su amor por la gente (Marcos 10.21; Luc. 19.41). Constantemente ofrecía ayudar a otros antes de que se lo pidieran (Marc. 8.7; 12.15; Luc. 13.12, 13; Juan 5.6), sirviéndolos tanto en sus necesidades físicas como espirituales (Juan 6). Buscaba a la gente para poderles llevar el mensaje de Dios (Mat. 4.18; 9.35; 15.10; Marc. 4.1; 6.2; Luc. 4.14), y su ministerio bendecía los corazones de los oyentes (Luc. 24.32).

El secreto de tal ministerio público se encuentra en su vida personal, porque nuestro Señor conoció y empleó la Palabra de Dios (Mat. 4), y constantemente mantenía comunión con su Padre celestial por medio de la oración (Mat. 14.23; Mar. 1.35; Luc. 5.16; 6.12; 9.18 y 29; 11.1). Estos son algunos detalles del modelo que el cristiano debería seguir para moldear su vida de forma que la gloria de Dios resplandezca en ella. El cristiano espiritual tiene un carácter semejante al de Cristo y lo muestra en su conducta cristiana.

En su conocimiento. El alimento sólido de la Palabra de Dios es para los cristianos maduros (Heb. 5.14), y Pablo esperaba que los corintios, después de cuatro o cinco años de experiencia cristiana pudieran entender el alimento sólido de la Palabra. La leche de la Palabra es para los bebés de Cristo, y Pablo no regañaba a los corintios por tomar leche cuando eran recién convertidos. Pero cuando su comida continuaba siendo leche sola, hizo como el escritor de la carta a los Hebreos, que les denunció como cristianos defectuosos. ¿Qué es la verded que es alimento sólido? Desde luego, la Biblia no señala pasajes como de leche o de alimento sólido, de modo que no es siempre fácil contestar esa pregunta. Sin embargo, hay un tema que se califica de modo claro como alimento sólido y es el asunto que hizo pensar al escritor de Hebreos en la incapacidad de sus lectores de comprender lo que estaba escribiendo. Ese tema es la verdad sobre Melquisedec y su sacerdocio (Heb. 5.10-11). Tenemos aquí un ejemplo de la Biblia misma sobre el alimento sólido de la Palabra, y bien puede emplearse como prueba de la espiritualidad de una persona. ¿Cuánto sabe usted acerca de Melquisedec? O ¿sabe usted ahora más de él de lo que sabía hace un año? Admitimos que no es una doctrina fácil, pero es una doctrina de prueba para determinar el estado de adelanto de un cristiano en

el conocimiento de la Palabra de Dios que es característica esencial de la espiritualidad genuina.

En sus actitudes. El cristiano espiritual mostrará al menos dos actitudes básicas por toda la vida. La primera es la actitud de agradecimiento. "Dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo" (Efes. 5.20). Esta advertencia viene después del mandato de ser llenos del Espíritu (v. 18) y por lo tanto es una de las características de la vida llena del Espíritu Santo. Ha de ser una actitud del creyente que abarque todo. Se refiere a todo tiempo ("siempre") y a toda situación ("por todo"). No se excluye ninguna circunstancia ni tiempo. Significa que el murmurar o refunfuñar, la crítica, el descontento, etc., no caracterizan al cristiano espiritual. Esto no significa que no puede estar alguna vez descontento del ejercicio propio de la ambición cristiana ni que jamás debiera criticar en el sentido de ejercer buen juicio (Filip. 1.9, 10). Pero esa actitud que censura a Dios por lo que no nos gusta o que se siente enfadado por sus tratos con nostoros no es característica de una espiritualidad genuina.

La otra actitud de la vida que caracteriza al cristiano espiritual es, en palabras de Pablo, "solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz" (Efes. 4.3). Eso no es enteramente un asunto de posición, es decir, no se relaciona únicamente con la unidad dentro del cuerpo de Cristo que el Espíritu Santo ha realizado bautizando a cada creyente en ese cuerpo (1ª Cor. 12.13). Es verdad que nosotros no pudiéramos nunca hacer esa unidad, pero se nos exhorta que nos esforcemos en mantenerla. El mismo hecho de que se emplea la palabra *guardar* muestra que la unidad ha sido ya hecha por el Espíritu. Pero el hecho de que también se nos exhorta muestra que no debemos romper esa unidad. Desde luego, no hay problema en mantener la unidad con los miembros del cuerpo de Cristo que ya han muerto; ni tampoco hay dificultad en mantener la unidad con otros cristianos que no conozco o con quienes no tengo contacto. Por tanto, la única esfera en la que tiene importancia tal exhortación es en el grupo de creyentes con quienes yo tengo contacto. Ni que decir tiene, hay muchos problemas prácticos en tratar de guardar la unidad del Espíritu entre los creyentes que yo conozco, ¡y lo mismo les pasa a los creyentes que me conocen a mí! Pero, por difícil que sea, es un requisito de la espiritualidad.

Fue la falta de esta actitud lo que motivó fuerte denuncia de Pablo contra los corintios (1ª Cor. 3.1-7; cf. 1.12, 13). Se había producido la desunión entre aquellos creyentes que debían adorar juntos. En verdad, se habían formado cuatro partidos en Corinto (1.12). El "partido de Pablo" era quizás un grupo muy numeroso en la iglesia que habían sido convertidos bajo el ministerio de Pablo y continuaban fieles a él. Como ocurre con frecuencia, parecían inclinados a ser más paulinos que Pablo y dispuestos a desacreditar a los otros hombres dotados, lo que daba como resultado el menoscabo de la gloria de Cristo. El "partido de Apolos" (Hech. 18, 24-28) contenía también algunos convertidos personales, además de aquellos que habían sido ganados por la manera genial de Apolos y su predicación elocuente. Algunos podrían seguirle porque consideraban que su enseñanza era más avanzada que la predicación sencilla del Evangelio que hacía Pablo, o fueron atraídos por sus formas más cultas. El "partido de Pedro" seguramente se componía de los creyentes judíos conservadores que se agrupaban alrededor del héroe de Pentecostés. El "partido de Cristo" era quizás el más difícil de encajar porque el grupo se enorgullecía de componerse de los seguidores del Maestro y no de ser discípulos de meros hombres. Eran gnósticos antes del gnosticismo, y sin duda se inflaban por su supuesta superioridad espiritual ante todos. Esta es la clase de situación, de actitud y de actividad que Pablo no vaciló en clasificar como "carnal" (1ª Cor. 3.3) porque rompía la unidad del Espíritu.

Sin embargo, la unidad es un campo en el que hay que pensar con cuidadoso equilibrio, porque no está equivocada toda división que se produzca, y todas las uniones que se efectúen no son de sí rectas. En la misma carta (11.19) Pablo dice: "Porque es preciso que entre vosotros haya disensiones, para que se hagan manifiestos entre vosotros los que son aprobados".

El nombre *hereje* ("que causa divisiones") se emplea sólo una vez en el Nuevo Testamento (Tito 3.10), pero el nombre *herejías* aparece tres veces (aquí, en 2 Pe. 2:1 y en Gálatas 5.20, donde la acción se condena como obra de la carne). La palabra significa

una elección voluntaria para sí mismo que da como resultado una división en partidos. A pesar de que la herejía es una obra de la carne que lleva a cabo un cristiano carnal con frecuencia, puede utilizarse para bien, de manera que los que no se vean envueltos en la herejía se distingan en las iglesias. La herejía, sin embargo, parece significar abogar por el error, lo que a su vez provoca la división. En tales casos el hereje debe ser amonestado dos veces y luego desechado (Tito 3.10), mientras que la parte del grupo dividido que no siguió el error sigue demostrando su pureza de doctrina, abundando en la obra del Señor. Así por equilibrar 1ª Corintios 3.1-5 con 11.19 podemos decir que las divisiones que tienen que ver con la herejía pueden ser buenas y necesarias, pero que las divisiones sobre personalidades son carnales.

Por otro lado, algunos aspectos de la unidad necesitan ser considerados con detenimiento. En primer término conviene decir que la unidad no implica necesariamente cosa grande. No parece que se rompiera la unidad de la iglesia cuando los discípulos fueron esparcidos por causa de la persecución (Hech. 11.19). La unidad existía entre la iglesia de Jerusalén y la iglesia de Antioquía, aunque estaban separadas geográficamente (Hech. 11.22, 23). La unidad se mostró en muchas iglesias que participaron en la colecta a favor de los santos de Judea (2ª Cor. 8.1 y sig.).

La unidad de la única iglesia en cualquier ciudad de los tiempos del Nuevo Testamento no se violaba por el hecho de que había varias iglesias reuniéndose en casas particulares esparcidas por la ciudad. En verdad, uno recibe la impresión del Nuevo Testamento de que el Señor prefería tener muchas congregaciones pequeñas más bien que un grupo grande en una ciudad determinada. Y no parecía que careciesen de poder como resultado de no ser grandes.

Además, la expresión de preferencias personales o el uso de varios procedimientos no viola necesariamente la unidad de la iglesia. A decir verdad, es en el uso de una variedad de dones espirituales que se mantiene la unidad de la iglesia y se efectúa el progreso del cuerpo (1ª Cor. 12.12-25). Pablo pudo haber preferido a Silas y Bernabé a Marcos (Hechos 15.39, 40), pero más tarde Pablo reconoció el valor de Marcos para el ministerio (2ª

Timoteo 4.11). Las diferencias honestas de opinión pueden expresarse dentro de los límites de la unidad del cuerpo de Cristo.

Las dos actitudes básicas de la vida que deben caracterizar la espiritualidad bíblica genuina son el agradecimiento en todo tiempo y circunstancia y el mantenimiento de la unidad en aquella parte del cuerpo de Cristo con la que uno vive y por la que está interesado, con todas sus implicaciones.

En su conducta. La espiritualidad también se demuestra en el individuo por una conducta apropiada que es resultado del uso correcto, juicioso y maduro del conocimiento (Heb. 5.13, 14). Ya hemos observado que el conocimiento de la Palabra, incluso la verdad que es alimento sólido, es requisito previo para la espiritualidad, pero tal conocimiento debe usarse debidamente si se quiere ser espiritual. Los lectores del libro de Hebreos eran inexpertos en la palabra de justicia (v. 13), es decir, la palabra referente a la rectitud de doctrina y de práctica. Por lo tanto, eran incapaces de discernir entre el bien y el mal (v. 14). Esto no debe limitarse a cosas moralmente buenas o malas, sino extenderse a cosas superiores o inferiores, cosas mejores o las que superan a todas. El cristiano espiritual podrá abrirse paso cuidadosamente por entre las complejidades del vivir cristiano, de modo que no solamente hace lo que sea recto y escritural sino también lo que sea provechoso y para el bien de los otros. Observe que en el pasaje precedente también entra el tiempo para la madurez o espiritualidad. Estas personas habían tenido tiempo para ejercitar sus sentidos espirituales aunque no lo habían hecho. Pero se necesita el tiempo para alcanzar semejante estado y conseguir la habilidad para emplear con pericia la Palabra de Dios.

LA ESPIRITUALIDAD SE VERA EN EL HOGAR DEL CRISTIANO

El lugar más fácil para mostrar la espiritualidad es ante el público, pero el más difícil es el hogar. Las relaciones en el hogar son íntimas y continuas, en tanto que las actividades e impresiones hechas en público son intermitentes y casuales. Esta advertencia axiomática es necesaria especialmente para los obreros cristianos quienes con demasiada frecuencia pueden hacer gala de

su espiritualidad profesional en público y vivir una vida carnal en su hogar.

Podemos ilustrar esto cambiando ligeramente la comparación. Cuando empecé a enseñar, me asignaron una clase de principiantes del griego del Nuevo Testamento que se reunía cada mañana, desde el lunes hasta el viernes, a las ocho. Durante el curso de un año académico en tales circunstancias, uno llega a conocer bien a los alumnos, y ellos al maestro. Ahora bien, si al final del año los miembros de la clase testifican de cuánto les ha valido la vida del maestro, su ministerio y su ejemplo espiritual, ello significaría una gran cosa. Pero si, en contraste, yo voy a una iglesia a predicar un hermoso mensaje en una sola ocasión, y cuando termino algunos vienen a decir que yo debo ser muy espiritual para predicar semejante sermón, la cosa no significa mucho en realidad. En el caso de la clase, ellos han llegado a conocerme y a observarme en diversas circunstancias de tensión y gozo; han observado constantemente mi paciencia, o la falta de ella, y también mi consistencia. Pero el contacto casual con una congregación no da oportunidad para avaluar la espiritualidad del ministro. Las circunstancias de la vida en casa ofrecen una mejor oportunidad todavía que la clase diaria de griego de las ocho de la mañana.

De nuevo decimos que es el pasaje de Efesios 5:18-21, referente a ser llenos del Espíritu lo que aporta la base bíblica para esta característica de espiritualidad. El mandato de ser llenos del Espíritu (v. 18) va seguido en el griego de cuatro frases coordinadas, cada una de las cuales comienza con un participio. Juntamente constituyen los resultados o las características de una vida llena del Espíritu. Los cuatro principios son traducidos por hablando, cantando (v. 19), dando gracias (v. 20) y someteos (v. 21). El último no es solamente la conclusión de los versículos 18 a 21, sino también la frase tópica de lo que sigue, comenzando en el versículo 22. En otras palabras, la sumisión que es evidencia del ser lleno del Espíritu se verá en las relaciones del hogar de una manera más vívida.

La palabra *someter* significa colocarse uno en un rango subordinado. Esto significa algo diferente para el marido y la mujer en el hogar, pero ambos han de someterse el uno al otro y no

solamente la mujer al marido como se acostumbra a pensar. Para el marido supone al menos tres cosas: (1) El ha de dirigir, porque es cabeza de la mujer (v. 23). Esto no le convierte en dictador sino en guía responsable de la familia que no solamente tiene el privilegio de tomar las decisiones finales, sino que ha de ser responsable de ellas también. (2) Ha de amar a su esposa (v. 25). El hombre necesita esta advertencia porque por naturaleza es menos inclinado a demostrar amor, si no es menos amoroso que la mujer. (3) Ha de sustentar y cuidar a la esposa (v. 29) La palabra traducida "sustenta" significa llevar a la madurez y se emplea en el Nuevo Testamento sólo en este versículo y en 6.4. La palabra "cuida" significa fomentar o cuidar con ternura y se emplea aquí y en 1ª Tesalonicenses 2.7 solamente. Lo que quiere decir, sencillamente, es que el marido es responsable en última instancia de llevar a la madurez espiritual a su esposa y a la familia. Desgraciadamente, hoy ocurre sencillamente lo contrario. Frecuentemente es la mujer la que tiene mayor intuición espiritual y se ve obligada, por decirlo así, a llevar consigo al marido. Los dos deberían estar vivos espiritualmente, y es responsabilidad del marido asumir la dirección en este asunto tan importante.

La mujer espiritual estará sujeta a la dirección de su marido (vv. 22, 24). En otras palabras, no se interpondrá en la ejecución del liderazgo de su marido en la familia. No significa, sin embargo, que la mujer no haya de tener voz porque el marido hará de pieza presidencial sobre los miembros de la familia (esta palabra se usa en 1ª Tim. 3.4). Desde luego, nadie puede producir la espiritualidad en otra persona, pero es responsabilidad seria del marido tomar la iniciativa en la familia y llevar la dirección en la vida espiritual de ella. De esta forma la espiritualidad de un individuo se verá en la manera de llevar sus propias responsabilidades en la familia.

LA ESPIRITUALIDAD SE VERA EN LA COMUNION DEL CREYENTE CON LA IGLESIA.

El otro campo principal en que se demuestra la espiritualidad personal es dentro de la iglesia. Ya hemos visto que una persona espiritual trata de mantener la unidad del Espíritu en la es-

fera en que se ocupa normalmente, o sea de su propia iglesia local. Un espíritu de facción es prueba de carnalidad.

La contribución positiva que un cristiano espiritual ofrece a la iglesia es mediante el ejercicio de sus dones espirituales. Más tarde vamos a considerar en detalle todo este asunto, pero en este momento sólo queremos resaltar sencillamente que el creyente espiritual debe ejercer sus dones espirituales en el poder del Espíritu Santo con relación a la iglesia universal y local. El cristiano que no es maduro favorece la división, pero el maduro favorece la unión por el empleo de sus dones (1ª Cor. 12.25). Ni que decir tiene que el miembro de la iglesia que siempre está creando problemas y que constantemente pide que se le atienda no es una persona genuinamente espiritual. Pero el que sirve al Señor promoviendo el bienestar de la iglesia muestra una espiritualidad madura. El acusar a los hermanos es trabajo del diablo (Apoc. 12.10); el cuidar de los hermanos es obra del Señor por medio de sus hijos maduros.

Esto es espiritualidad genuina y saludable. El concepto es el de una relación madura y progresiva con el Espíritu Santo que se demuestra en la vida personal de uno, en la vida familiar y en la vida de iglesia. Esta es la espiritualidad bíblica.

3

¿QUE ES EL HOMBRE?

Es al hombre cristiano a quien Dios trata de hacer espiritual y la espiritualidad se demuestra sólo por los seres humanos. Ni los ángeles ni los animales son capaces de desarrollo espiritual; por lo tanto, ciertos aspectos de la naturaleza del hombre son importantes para entender la verdadera espiritualidad. Es necesario, pues, examinar algunos rasgos de la naturaleza del hombre que inciden en la espiritualidad.

El Hombre fue Creado

La enseñanza bíblica de que el hombre fue creado tiene importantes ramificaciones en la consideración de la espiritualidad. La alternativa a la creación es la evolución. Si el hombre realmente ha evolucionado, entonces no hay necesidad de un Salvador, de la regeneración, la nueva naturaleza ni la ayuda sobrenatural para vivir una vida buena. Si el hombre ha aparecido a lo largo de todo ese proceso de la evolución, como se pretende, mediante procesos naturales, ¿qué necesidad hay de una intervención sobrenatural en su existencia? Las fuerzas naturales ya le han servido bien. Dios será algo sobrante e innecesario para su desarrollo. Desde luego, al decir Dios me refiero al Dios de la Biblia que se revela allí y que se encarnó en la persona de Jesucristo. Este Dios no es necesario en el cuadro de la evolución, aunque un dios de factura humana no es sólo compatible con el dogma de la evolución, sino que frecuentemente forma parte de ese sistema. El verdadero Dios es innecesario, aunque a veces se pueda intercalar de modo accidental.

Por otra parte, si el hombre fue creado y (nos anticipamos a la próxima sección) si ha caído en pecado, necesita lógicamente la intervención sobrenatural para poder rescatarle de semejante estado y permitirle vivir una vida que sea del agrado de Dios.

La doctrina de la creación del hombre lleva consigo el concepto ineludible de su propia responsabilidad. Si Dios ha creado al hombre, hay entonces persona fuera del hombre a quien se hace responsable. El no es "per se" dueño de su propio destino y tampoco es autoridad final ni el único a quien debe responder en última instancia. La existencia del Creador implica la existencia de criaturas responsables, responsables delante de ese Creador.

Pero ¿no habrá una tercera opción, una evolución teística? La evolución teística (es decir, que Dios creó la primera vida y luego la evolución natural tuvo lugar) es un punto de vista popular, pero en verdad no ofrece nueva alternativa a las ya indicadas. Porque si Dios "creó" todas las cosas por medio del proceso evolutivo, entonces es perfectamente concebible que el hombre pueda ser redimido, o que al menos viva la vida "cristiana", por medio de procesos naturales también. La evolución teística parece haberse popularizado principalmente entre aquellos que quieren elegir cuáles partes de la Biblia aceptarán literalmente y cuáles considerarán como alegoría. De esta forma puede aceptarse el "empuje" de la Biblia ("Génesis 1 nos cuenta *quién* es el Creador, no *cómo* creó") sin reconocer los detalles de esa revelación ("Pero *¿no pudo* Dios hacerlo por medio de la evolución?").

Prácticamente no se acepta la evolución teística por parte de los cristianos creyentes en la Biblia ni por los evolucionistas; ¡solamente por los evolucionistas teísticos! La Biblia dice claramente que el hombre fue creado del polvo de la tierra (Gén. 2.7). Además, el primer hombre de la Biblia fue hecho a imagen de Dios y así no se parece a los primeros hombres de la evolución. Los evolucionistas también no aceptan la idea de la evolución teística por la sencilla razón de que admitir lo sobrenatural en cualquier aspecto es atacar directamente su teoría. Julian Huxley afirmaba que lo sobrenatural "va en contra de todo nuestro saber científico . . . El postular una intervención divina en estos cambios de materia y energía en un momento particular de la historia de la tierra es innecesario e ilógico" (i) Así el hecho de la creación del hombre enfoca nuestra atención en la realidad

(i) Julian Huxley, *Evolution in Action*, pág. 20

y necesidad de una intervención sobrenatural y en la responsabilidad de la criatura para agradar a Dios, su Creador.

El Hombre Cayo

La verdad sobre la caída del hombre es, por supuesto, el otro lado de la moneda de su creación por Dios, y acarrea muchas consecuencias importantes en el campo de la espiritualidad.

No todos creen que la caída fue un acontecimiento histórico, aunque reconozcan el hecho del pecado. Pero un enfoque no histórico de Génesis 3 no puede menos que empañar el detalle de las consecuencias del pecado que se registran en dicho capítulo. Un escritor dice:

> A menos de que seamos invencibles fundamentalistas, sabemos que Génesis 3 debe considerarse propiamente como "verdadero mito"—que, a pesar de que Edén no aparece en ningún mapa y la caída de Adán no encaja en ningún calendario histórico, ese capítulo testifica de una dimensión de la experiencia humana tan presente hoy como en los albores de la humanidad—en términos claros, somos criaturas caídas y la historia de Adán y Eva es la historia mía y de usted (2)

Este es sencillamente un intento de conservar el hecho del pecado sin la caída del hombre y amortiguar las consecuencias del pecado que van unidas a la caída en el relato histórico de Génesis 3.

Este capítulo relata un acontecimiento real y verdaderamente histórico de incalculables consecuencias para todo el género humano. El método del tentador fue muy hábil. Su señuelo fue: "¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?" Sin duda enfatizó con su voz la palabra "todo". Se deduce esto de la pronta respuesta que vino a la mente de Eva: "Del fruto de los árboles del huerto podemos comer". El cebo de Satanás consistió en hacer pensar a Eva que Dios debería darles todo. En otras palabras, plantaba en la mente de Eva la idea de que no debería haber restricciones en el plan perfecto de un Dios bueno. La respuesta de Eva mostró que consideraba prácticamente que Dios les había dado todo: "Del fruto de los árbo-

(2) Archibald M. Hunter, *Interpreting Paul's Gospel*, pág. 77

les del huerto podemos comer" o, en otras palabras, "Desde luego, Dios nos ha dado todo". Sólo entonces se le ocurrió que había una restricción, de modo que añadió, como un pensamiento tardío, "Pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis". Lo importante que hay que señalar en esta parte de la contestación de Eva es que sus pensamientos habían comenzado a centrarse en la restricción del plan de Dios.

Una vez tomado el cebo de Satanás, y cuando comenzó a concentrarse en la restricción del plan de Dios, Eva estuvo lista para la siguiente fase del ataque. "Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal". Desde luego Satanás no dijo a Eva que si seguía su consejo la vida de ella sería acortada y se haría como el mismo diablo. El le prometió que sería como Dios.

El próximo paso de Eva consistió en comenzar a razonar sobre el mal que iba a cometer, a examinar el fruto prohibido y a convencerse de todas las cosas buenas que encerraba. Después de todo, pensaba, ¿no era bueno para comer y no quería Dios que comieran buena comida? ¿No debía desear toda mujer poner buena comida delante de su marido? ¿No le había dado Dios esa responsabilidad? También reflexionaba sobre la hermosura del fruto y siguió el mismo razonamiento. ¿Por qué iba Dios, que creó tan hermoso mundo, a prohibirle algo que era hermoso? Además, si la sabiduría es deseable y el fruto le hace a uno sabio, es buena cosa comer ese fruto. Ya se había ido de su mente el hecho central y capital de que Dios le había prohibido expresamente que comiera del fruto de aquel árbol. Ahora tenía la mente llena de sus razonamientos, y tan pronto hubo justificado en su pensar lo que iba a hacer, comió Eva en completa desobediencia a la voluntad manifestada de Dios.

De aquel acto surgieron muchas consecuencias—consecuencias para la serpiente, para la tierra, para la mujer, pero principalmente (en cuanto concierne a nuestra discusión) para la raza humana. Cuando Adán y Eva comieron de aquel fruto, inmediatamente experimentaron la muerte de que Dios les había avisado. La muerte no significa la extinción en cualquier uso de la palabra. Siempre significa separación. En el momento en que nuestros primeros padres comieron, se encontraron separados de Dios. Estaban conscientes de esto, como se ve vívidamente en su intento de evitar la comunión con Dios. Ya que de tal palo tal astilla, sus hijos nacieron en estado de muerte espiritual o separación de Dios, cosa que prueba muy claramente lo que hacía el primer hijo (Génesis 4.4, 8).

El Nuevo Testamento afirma abundantemente la historicidad de la caída de Adán y la consecuencia de la muerte espiritual. Nuestro Señor consideró a Adán como personaje histórico que vivió ciertamente en el principio de la historia humana (Mat. 19.4). Que Satanás engañó a Eva lo afirma Pablo en 2ª Corintios 11.3. Que se cometió una transgresión aparece claramente definido en 1ª Timoteo 2.14, y que este pecado acarreó la muerte espiritual a toda la raza humana se ve en Romanos 5:12: "Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron".

El paralelismo de este pasaje (Rom. 5.12-21) es especialmente notable. El apóstol contrasta al hombre Adán con Cristo; su acto de pecado con el acto de substitución llevada a cabo por nuestro Señor; y el resultado de condenación en Adán con la justificación para todos los que creen en Cristo. Podemos hacer un cuadro para mayor claridad.

Un hombre (Adán)	*Un hombre* (Cristo)
Un acto (comer el fruto)	*Un acto* (morir en nuestro lugar)
Un resultado (condenación para todos)	*Un resultado* (justificación para los creyentes)

Si usted quita de su teología la historicidad de Adán, (como hacen los liberales y bartianos), ¿qué queda entonces del paralelismo? Si usted niega la realidad de la caída con su consecuencia de muerte espiritual, ¿qué ha hecho usted al paralelismo?

Contrariamente, si usted acepta la historicidad de Jesucristo y la realidad de su muerte, se sigue que un verdadero Adán que hizo cierta cosa también vivió. No podemos tener el uno sin el otro.

Si el hombre es un ser creado y caído, como aseveran estas dos proposiciones, entonces tenemos una base específica, un fundamento sobre el que levantar nuestra doctrina de la espiritualidad. Si, por el contrario, el hombre está evolucionando y progresando moralmente también, la doctrina bíblica de la espiritualidad no tiene sentido alguno. En otras palabras, si las fuerzas naturales produjeron al hombre y cualquier maldad que hubiera en el hombre primitivo se borra con el conocimiento y el progreso, hay poco lugar, si es que hay alguno, para lo sobrenatural. La regeneración de la persona por Dios, la vida vivida en dependencia del invisible Espíritu Santo y todas las facetas del Cristianismo sobrenatural son innecesarias.

Esta concepción antisobrenatural se expresó de modo popular (aunque se mencionaba cortésmente al "Ser Supremo") en un artículo que apareció hace varios años en el "Reader's Digest". Se titula "¡Adelante!" y traza el supuesto desarrollo evolutivo del hombre. Hoy habrá que añadir, suponemos, la hazaña de colocarse el hombre en el espacio. De otra manera, por desgracia, describe la imagen típica y contemporánea que la mayoría de la gente tiene de "la subida del hombre a las alturas". Se presenta en forma dramática que llega hacia su culminación:

> Acto primero: De alguna catedral de energía ancestral en el vacío frío y negro del eterno universo surgió esa pizca de materia, el sol, y su vástago, la tierra.
>
> Acto segundo: De esa pizca de materia surgió una célula viva y luego organismos multicelulares debajo del mar. De ese mar, subiendo aquella primera pulgada, surgió el anfibio, luego el reptil y el pájaro, y con el pájaro la primera exploración limitada del espacio abierto.
>
> Acto tercero: Otra rama, el mamífero, desarrollando el cerebro, la habilidad de utilizar instrumentos y por fin el alma, pudo forjar los medios de levantarse sobre la tierra, primero unos pocos pies, luego un kilómetro hacia el espacio superior, luego 10 kilómetros, luego 20 . . . Explorando lo desconocido, el hombre ha lanzado un satélite a mil kilómetros dentro del espacio por el largo camino de vuelta a su origen . . .
>
> Quizás para aquel Ser Supremo, el reloj ya está marcando los últimos segundos en la lucha del hombre por alzarse en cuerpo y espíritu, a través del tiempo y del espacio, hacia aquella misteriosa fuente de donde vino (3)

Los dos puntos importantes que notamos aquí son: i) el alma del hombre como también su cuerpo evolucionó por medio de causas naturales, y ii) el hombre por medios científicos está alcanzando una altura sobrenatural. Tales conceptos son diametralmente opuestos a la enseñanza bíblica de la creación del hombre y de su caída de un estado perfecto a un estado pecaminoso (más bien que su ascenso de un estado de ignorancia a un estado de perfección).

El Hombre es Pecador

Una vez un doctor importante que asistía a una convención psiquiátrica en mi ciudad declaró: "No hay lugar para el concepto del pecado en psicoterapía. El introducir este concepto es muy arriesgado. A ningún ser humano se le debe censurar por lo que haga". Supongamos que un colega en la misma convención se hubiera puesto en pie para decir: "No hay lugar para el concepto de la enfermedad en medicina. El introducir este concepto es muy arriesgado. A ningún ser humano se le debe censurar que sea portador de la enfermedad". El auditorio se habría burlado de él. Los síntomas de la enfermedad se ven en cualquier lugar, y sin reconocer la causa no hay much posibilidad de efectuar una cura. Así pasa con el pecado. Y sin embargo, a lo largo de la historia, los hombres han tratado de ignorar, reducir o eliminar la idea del pecado.

¿Qué es el pecado? Algunos han declarado que es una falta de conocimiento o falta de un estado de progreso moral suficientemente evolucionado. Otros han sido más teológicos y han definido el pecado como egoísmo. Esta puede ser una buena definición hasta donde alcance, pero tiene la dificultad de que no comprende todos los casos. Aunque la mayoría de los pecados

(3) Beirne Lay, Jr., "Upward!" *Reader's Digest* (Mar., 1958), pág. 224.

participan del carácter del egoísmo, hay algunos casos de pecados no egoístas. Se puede concebir el caso, por ejemplo, cuando se comete un robo sin intenciones egoístas, y sin embargo, el robar es pecado. ¿Acaso un proscripto como Robin Hood no era pecador, aunque robara a los ricos para dar a los pobres?

La definición bíblica de pecado es infracción de la ley (1ª Juan 3.4). Aunque sea una definición sencilla, encierra más de lo que parece a primera vista. Para entender el pecado según esta definición, debemos definir la ley, porque si no conocemos la norma no sabremos cuáles son las desviaciones de dicha norma. ¿Qué es ley? La contestación dependerá de la época de la historia en que usted esté pensando. La ley en el Huerto del Edén era una cosa; la ley en tiempos de Abraham consistía en ciertas ordenanzas y estatutos específicos (Génesis 26.5). En tiempos de Moisés la ley contenía los 613 mandamientos del código mosaico que Dios, por medio de Moisés, dio a los israelitas. Hoy la ley significa los centenares de mandamientos específicos del Nuevo Testamento, y la desviación de cualquiera de ellos constituye pecado, según la definición. En verdad, todos los mandamientos y principios del Nuevo Testamento se enraízan en el principio inclusivo de 1ª Corintios 10:31: "Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios". El pecado es "estar destituídos de la gloria de Dios" (Romanos 3.23).

El pecado es universal. "Todos han pecado" (Rom. 3.23; 5.12). "No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios" (Rom. 3.10, 11). "He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre" (Salmo 51.5)." Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás" (Efes. 2.1-3). Dos hechos emergen de esos versículos: todos han pecado de hecho, y todos son pecadores por naturaleza.

Pero la cuestión que tiene más que ver con el tema de la espiritualidad es ¿Peca el cristiano? La contestación es que sí y que todos lo hacen. Incluso el gran apóstol Pablo, hacia el fin de su vida, observaba como persona madura espiritualmente: "Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero" (1ª Tim. 1.15). Escuchemos también el testimonio de otro apóstol maduro de gran experiencia en la vida cristiana. Juan escribió: "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros" (1ª Juan 1.8-10). Hay tres confesiones en estos versículos. La primera es la confesión del prinicipio del pecado (v. 8). Con ello Juan quiere decir que hemos de admitir que poseemos la raíz del pecado en contraste con los mismos hechos del pecado. Si nosotros—y está escribiendo a cristianos, como podemos ver por su frase de "hijitos míos", en 2.1—no admitimos la presencia de la naturaleza pecaminosa, nos engañamos a nostoros mismos y la verdad no está en nosotros. Vivimos en una atmósfera oscura que nosotros mismos hemos creado. La segunda confesión es de pecados particulares (v. 9). El confesar un pecado particular significa decir la misma cosa de él que dice Dios mismo, y esto puede costar algo. La tercera es la confesión de pecados personales (v. 10). Uno puede admitir las verdades de los versículos 8 y 9 de modo abstracto sin admitir nunca que uno está envuelto personalmente en el pecado. El emprender semejante acción significa hacer a Dios mentiroso y mostrar que su Palabra es desconocida para nostoros. Estas palabras escritas para cristianos muestran muy claramente que todos son pecadores y que ningún creyente, por espiritual o maduro que sea, llega nunca a un estado de perfección en esta vida.

El Hombre es Polifacetico

Hay muchos aspectos de la naturaleza del hombre y muchas maneras de establecer categorías de estos aspectos o facetas. Básicamente, el hombre es material por su cuerpo, e inmaterial por su alma. Dentro de su cuerpo hay muchas funciones materiales.

La función de ver no es la misma que la de oir; el sistema nervioso es diferente, separado y, sin embargo, está relacionado con el ver y con el oir. Estas son funciones distintas, pero al mismo tiempo relacionadas en el aspecto material del hombre.

De igual manera, el aspecto inmaterial del ser humano tiene diferentes funciones, pero relacionadas. Alma, espíritu, corazón, mente, voluntad, conciencia, todas ellas son facetas de la naturaleza inmaterial del hombre y a veces es difícil establecer claras y fijas distinciones entre ellas. Por ejemplo, el alma es aquello con lo que amamos a Dios (Mateo 22.37); aquello que lucha contra la carne (1ª Pedr. 2.11). Puede engrandecer al Señor como lo puede hacer el espíritu (Luc. 1.46, 47). Sin embargo, el espíritu puede contaminarse (2ª Cor. 7.1). Si estudiamos las funciones del corazón humano (es decir, el concepto no material del corazón), encontraremos que esta faceta del hombre incorpora cosas que se atribuyen también al alma, al espíritu y a la mente. El asunto es, sencillamente, que tanto si se considera al hombre material como inmaterialmente encontramos a un ser polifacético.

Aunque el estudio de estas varias funciones y aspectos del hombre (alma, espíritu, corazón, etc.) sea muy provechoso, no va al grano en este momento. Así que debemos guardar discusión de los detalles para más tarde. En cuanto a formar nuestras ideas básicas respecto a la espiritualidad, el concepto polifacético del hombre nos obliga a tener en cuenta el hecho de que la vida espiritual ha de relacionarse con estos varios aspectos de la naturaleza del hombre y los afectará. La "fórmula de la victoria" no será cosa sencilla que opera solamente por el espíritu, por ejemplo. Sin duda alguna, ha de implicar el corazón, la mente, la conciencia, etc.

El Hombre es una Unidad

Aunque el hombre sea polifacético, y aunque estas distintas facetas participen en el conflicto entre la naturaleza antigua y la nueva cuando la persona se hace creyente, sin embargo, el hombre es una unidad y actúa como tal. Lo que hago, lo hago yo, y no una parte de mi ser. Es una equivocación decir que "mi antigua naturaleza efectúa esto o aquello," o decir "esto

salió del alma y no del espíritu". Es verdad que ciertos aspectos de mi ser pueden originar una acción, pero esa acción la realizo yo y no sólo una parte de my yo. Con harta frecuencia, al hablar así tendemos a excusarnos por haber cometido alguna acción mala, relegándola a alguna parte de nuestro ser que, de alguna manera, se despega de nosotros, de modo que quedamos sin responsabilidad.

Se usa con frecuencia Gálatas 2.20 para apoyar esta clase de idea. Se da la impresión de que Cristo lo hace todo casi sin mí. Se supone que yo me retiro y luego Cristo vive su vida en mí, de modo que yo estoy seguro de la victoria espiritual con sólo ponerme lo bastante a un lado. Pero el versículo no solamente dice que *Cristo* vive en mí, sino que Cristo vive en *mí*, y la vida es una vida que yo vivo, desde luego por fe, pero soy yo quien la vivo. Todo cuanto haga, sea bueno o malo, lo hago yo, porque no hay otra manera de que se exprese la vieja naturaleza, la nueva naturaleza, el alma, el espíritu, o cualquier otro aspecto de mi ser, sino a través de mí. Por lo tánto, yo soy responsable de mis actos y no puedo quitarme de encima la censura, achacándola a una sola parte de mi ser que no sea parte de mí mismo. La mano que aprieta el gatillo para matar lleva a la cárcel o a la muerte a toda la persona entera; el ojo que codicia acarrea mal a todo el cuerpo que comete fornicación; la mente que razona su camino para apartarse de la voluntad de Dios afecta a toda la vida; el corazón que pone sus afectos en el objeto indebido lleva en el esfuerzo a toda la persona. Nadie puede decir que tiene la culpa solamente la mano, o el ojo, o la mente, o el corazón. La persona tiene la culpa.

Contrariamente, por la gracia de Dios, cuando se hace algo bueno por medio de su poder y habilidad, El reconoce que yo lo hice y recompensa a la persona por ello. Aun cuando la acción proceda de la nueva naturaleza o de la mente renovada, y aunque sea su poder lo que permite que el hecho se realice, todavía soy yo quien lo realizo, y el Señor lo reconoce recompensándome por ello. Si no fuera así, si El lo hiciera todo aparte de mí, o por un mí completamente pasivo, entonces El debería recompensarse a sí mismo en el juicio. Pero no es este el caso,

y sencillamente es porque los muchos aspectos del hombre componen una persona en unidad.

Estas son, por lo tanto, las características básicas del hombre relativas a su vida espiritual. Algunas requieren mayor discusión, pero en este momento sólo necesitamos echar un cimiento de estas ideas para que piense el lector.

4

LO VIEJO Y LO NUEVO

En el momento en que una persona acepta a Jesucristo como Salvador personal se convierte en una nueva criatura (2ª Cor. 5.17). La vida de Dios dentro de ella engendra una nueva naturaleza que permanece con la persona, junto a la vieja, por todo el tiempo de su existencia. Para poder experimentar una vida espiritual equilibrada y saludable conviene entender la presencia, la posición y la relación entre la nueva y la vieja creación dentro del creyente.

Ya hemos visto que toda persona que nace en este mundo es pecadora porque ya viene con una naturaleza de pecado. Según dice el apóstol, nosotros somos *por naturaleza* hijos de ira y esta naturaleza produce toda clase de acciones pecaminosas (Efesios 2.3). A veces la naturaleza de pecado se la nombra como "carne". En verdad, la palabra "carne" tiene varios significados. En primer lugar, aparece simplemente como cuerpo material de la persona (1ª Cor. 15.39); en segundo lugar, indica la gente en su conjunto (Rom. 3.20) y, por último, frecuentemente se emplea en la Biblia como indicación de la naturaleza de pecado (Rom. 7.18). ¿Qué significa cuando se usa en este sentido? Para contestar a esa pregunta es preciso encontrar una definición satisfactoria de la palabra "naturaleza". Con demasiada frecuencia, cuando la gente piensa en la naturaleza de pecado y en la nueva naturaleza, se representan dos personas distintas que viven en sus cuerpos. La una es el pavoroso, horrible y degenerado hombre y la otra es el hermoso, joven y victorioso hombre. No es preciso descartar del todo tales representaciones, aunque a menudo conducen a la idea de que no soy yo, en verdad, quien hace estas cosas, sino el "pequeño hombre" que hay dentro de mí. En otras palabras, nos llevan con facilidad a un falso concepto de la disociación de le personalidad individual.

Es mucho mejor definir la naturaleza en términos de capacidad. Así la vieja naturaleza de la carne es aquella capacidad que tienen todos los hombres de servir y de agradar a su yo, a sí mismos. O quizás se pueda decir que es la capacidad de dejar a Dios fuera de la vida de uno. No sería suficiente exclusivo decir que la naturaleza de pecado es la capacidad de hacer el mal, porque es más que eso. Hay muchas cosas que no son en sí mismas necesariamente malas, pero que sí arrancan de la vieja naturaleza. Son cosas que simplemente dejan a Dios fuera. La carne, pues, es aquella antigua capacidad que tienen todos los hombres de vivir vidas que excluyen a Dios. En el cristiano la carne es aquella misma capacidad de dejar a Dios fuera de su vida y de sus acciones.

La naturaleza de pecado también se llama "viejo hombre" (Rom. 6.6; Col. 3.9). Esta frase parece enfatizar la fuente de la capacidad para glorificar el ego en vez de glorificar a Dios; es decir, que nos lleva atrás al mismo Adán de quien todos recibimos esta naturaleza de pecado.

La conversión lleva consigo una nueva capacidad con la que podemos ya servir a Dios y la justicia. Antes de la salvación, nosotros éramos siervos del pecado, pero ahora podemos ser siervos de la justicia (Rom. 6.18-20). El hombre no salvo sólo tiene una capacidad, pero el cristiano tiene dos. Esto significa que la persona no salva tiene sólo un camino de operación, servir al pecado y a sí mismo, o dejar a Dios fuera de su vida, en tanto que el creyente tiene una opción. Puede servir a Dios, y mientras esté en su cuerpo humano puede también decidir dejar a Dios fuera y vivir según su vieja naturaleza.

La nueva naturaleza viene de Dios mismo (2ª Pedr. 1.4). Pablo la llama nuevo hombre en contraste con el viejo hombre: "En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad" (Efesios 4.22-24). Hay una relación muy íntima entre la nueva naturaleza y el poder del Espíritu Santo (Gál. 5.25), y hay un constante conflicto entre las dos capacidades (Gál. 5.17; Rom. 7.15-25; 8.6).

Estas dos capacidades no son como dos bobinas de cinta donde se registran y archivan distintas actuaciones que luego se imprimen en una computadora. En verdad la misma acción puede pertenecer a una naturaleza o a otra. El recreo, por ejemplo, no es cosa mala. Sin embargo, su práctica puede ser prueba de la antigua capacidad cuando constituye un apartamiento de Dios; pero en otra ocasión puede ser parte muy importante de la vida espiritual de uno. Lo que distingue lo viejo de lo nuevo no es necesariamente la acción misma, sino el uso que se hace de ella. De modo que ambas bobinas de cinta pueden registrar un número de acciones que sean exactamente iguales. A decir verdad, la mayoría de las cosas que hacemos en nuestro vivir diario podrían catalogarse, con toda probabilidad, en una u otra capacidad y, por ende, quedar impresas en una u otra bobina; pero soy yo quien, al apretar el botón y poner en movimiento la bobina, determino cuál de las dos va a registrar la acción. Y es mi yo entero el que realiza la acción, no solamente la mitad de mi ser; porque yo, como la computadora, registro la acción de la vida diaria. Al reconocer esta capacidad doble en todo creyente individual, es importante también comprender que cada faceta de la personalidad cristiana puede tomar parte en las acciones que provengan de lo viejo y de lo nuevo.

La Mente

Las palabras que se emplean para *mente* en el Antiguo y en el Nuevo Testament expresan una variedad de ideas. La Biblia no tiene palabra para cerebro, de manera que el concepto de mente no significa el órgano físico, sino las funciones variadas del intelecto, la volición y las emociones que van asociadas con la mente en las Escrituras. Estas ideas incluyen la habilidad de pensar o de aprehender, de juzgar, de sentir, de determinar; pensar críticamente; el proceso de la comprensión que nos lleva a un resultado. La mente misma parece ser neutral, porque su cualidad moral la determina la vieja o la nueva capacidad a la que viene sujeta.

Las Escrituras no describen en términos aduladores la mente

de la persona no salva. Es mala (Gén. 6.5); es reprobada (Rom. 1.28). Eso se debe a su rechazamiento de la luz de la revelación que Dios da a todos los hombres en la naturaleza (Rom. 1.18-21). En otras palabras, es la reprobación voluntaria llevada a cabo por el rechazamiento determinado del hombre de lo que podría saber acerca del poder de Dios por la revelación universal de Dios en la creación. El hombre no salvo a causa de la caída carece de la facultad crítica (Rom. 3.11) cuando viene a entender las cosas de Dios. Esto no quiere decir que no tenga comprensión o inteligencia, pero sí quiere decir que su mente es entenebrecida y vana (Efes. 4.17, 18). En verdad se halla en guerra con Dios (Rom. 8.6, 7). Es impura (literalmente teñida de otro color - Tito 1.15) y corrupta (1ª Tim. 6.5). Todo se debe a que Satanás ha cegado la mente de la persona no regenerada "para que no les resplandezca la luz del Evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios" (2ª Cor. 4.4). Este es un versículo transcendental en cuanto al testimonio, porque nos recuerda que el hecho de que una persona se convierta y sea salva implica más que el convencerle de la verdad del Evangelio. Usted puede argumentar, persuadir, convencer y hacer que alguna persona llegue a un punto de acuerdo, pero a menos que se quite la ceguera satánica no habrá conversión. Y desde luego no habrá ser humano que tenga el poder de quitar esa venda del diablo sino Dios el Espíritu Santo. Los argumentos intelectuales tienen su propio lugar, y por cierto yo no estoy contra le presentación inteligente del Evangelio, pero hay que presentarlos con el poder del Espíritu antes de que puedan ser efectivos para la salvación.

Estas características bíblicas de la mente de la persona no salva no significan que sea incapaz de pensar bien o de actuar bien. En su misericordia hacia el hombre, Dios ha dotado a la humanidad ciertas mentes maravillosas que se han usado para el bien común. Estos son dones de su gracia común. Todos nosotros somos deudores a muchas personas no salvas que con sus mentes han procurado el avance de nuestra civilización contemporánea. Sin embargo, con todas esas cualidades que las mentes de los hombres puedan poseer, están todavía afligidas por las características indeseables que describe la Biblia, si bien no sean

estas características tan evidentes en unos como en otros. Y no son evidentes en todos los sectores del pensamiento y de la vida. Pero se ven de modo particular cuando la persona no salva trata de aplicar su mente natural a la esfera de la religión, lo que, a su vez, naturalmente, afecta en cierto grado a todo el punto de vista suyo sobre la vida.

Debe recordarse, además, que el cristiano puede escoger permitir que estas características de la mente vieja se dejen ver en su vida. Dios ha juzgado la antigua capacidad con su principio directivo, de modo que no necesitamos ser controlados por ella, pero no se ha extinguido del todo y podemos ser controlados por ella. Si la dejamos actuar, puede manifestarse como la mala y reprobada, carnal, irresponsable, oscurecida, vana, impura, corrompida y ciega mente que es.

Con el milagro de la regeneración nos llega la mente de Cristo (1ª Cor. 2.16). "¿Qué es la mente de Cristo?" Por encima de todo, es la actitud de no tener más alto concepto de nosotros mismos que el que debemos tener, y esta es la mentalidad que debemos cultivar (Filip. 2.5). Nuevamente tenemos aquí un ejemplo de la necesidad de equilibrio en la vida espiritual en relación con la mente. Tenemos la mente de Cristo y, sin embargo, estamos obligados a pensar humildemente (la voz imperativa activa de Filip. 2.5 se encierra en la palabra "haya"). Dios ha hecho algo y nosotros tenemos que hacer algo para revelar lo que El ha hecho. Las obras divinas y las humanas van relacionadas. Pero ¿qué es lo que tenemos que pensar? De acuerdo con el ejemplo perfecto de Cristo, hemos de pensar en completa sumisión a la voluntad de Dios.

Para poder tener la mente de Cristo, la sumisión a la voluntad de Dios, hemos de entender cuál sea la voluntad de Dios y ello requiere pensar (Efes. 5.17). Si sucede que el discernir su voluntad toca la esfera de cosas dudosas en la conducta cristiana, tendremos que utilizar la mente para llegar a una conclusión (Rom. 14.5). Será necesario que el Espíritu Santo por su ministerio enseñe nuestra comprensión (Juan 16.13; cf. Luc. 24.45). Además, tendremos que ceñir la mente (1ª Pedr. 1.13) de manera que no tengamos pensamientos desconectados e indisciplinados; el ceñir la mente requiere su captura (2ª Cor. 10.5).

Qué importantes son estas responsabilidades especialmente en estos días. Hay tanto pensar desconectado (si es que se piensa). La gente se gobierna por las emociones más bien que por el intelecto en la vida cristiana, y en vez de llevar sus pensamientos cautivos a la obediencia de Cristo, cada cartelera y cada anuncio de la televisión los lleva cautivos a la obediencia de la lujuria. Nuestras mentes debieran producir estímulo de Cristianismo para el mundo; al contrario los estímulos del mundo gobiernan nuestras mentes.

¿Cuál es el camino para practicar la mente de Cristo? ¿Hay "secreto" de victoria en este campo? Sí, lo hay, y ¡no es secreto! La fórmula es la renovación constante de la mente (Rom. 12.2). Observe que esta es una completa metamórfosis, no un cambio superficial. Observe además que el verbo de este versículo está en tiempo presente, lo que indica que es un proceso continuo. Esto nos recuerda otra vez del hecho que la espiritualidad no es un logro instantáneo, sino algo que requiere tiempo para madurar. En Romanos 12.2 Pablo da la negativa de ser transformado por la renovación de la mente con la frase "no os conforméis a este siglo". La palabra *conformar* aparece también en 1ª Pedr. 1.14 y pudiera traducirse en Romanos 12.2 por "no estéis a la moda del mundo". El cuadro es el de poner la chapa exterior barata del mundo sobre la vida genuina del creyente. Por lo general, la chapa es una hoja de material más costoso que la madera barata que va debajo; pero en este caso la imagen es contraria. El mundo es el chapeado barato que con frecuencia se coloca por encima del costoso trabajo de regeneración, y Pablo dice que esto no debe ser así. Significa esto que los pensamientos, las ideas, normas, ambiciones y conceptos deben todos ellos conformarse a la voluntad de Dios y nosotros debemos constantemente renovar nuestras mentes en este sentido para mostrar la mente de Cristo.

Hay también otro aspecto de esta fórmula de la victoria en relación con la mente, y es la doctrina de Pablo sobre "El poder del pensar positivo" que desarrolla en Filipenses 4.8: "Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto (digno de reverencia u honorable), todo lo justo (justo a los ojos de Dios, cosa que choca con los patrones del mundo de

hoy), todo lo puro (separado para Dios como lo era el nazareno), todo lo amable (admirable, de forma que uno se vea motivado a hacer lo mismo), todo lo que es de buen nombre (atractivo); si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad".

Nosotros somos responsables de pensar estas cosas en un mundo que está lleno de todo lo opuesto y en conflicto con una mente antigua que constantemente batalla dentro de nosotros. Se dice que Lutero comentó: "Tú no puedes evitar que un pájaro vuele por encima de tu cabeza, pero sí puedes evitar que haga su nido en tus cabellos". La continua renovación de las ideas básicas de la mente (Rom. 12.2) y la concentración persistente sobre los pensamientos buenos y justos (Fil. 4.8) son el secreto de una manifestación efectiva de la mente de Cristo en el vivir diario. Esta es la característica de la espiritualidad verdadera.

El Corazon

De todas las palabras que nos hablan de algún aspecto de la parte inmaterial del hombre (incluyendo el alma y el espíritu), la palabra *corazón* es la más amplia en significado y la que usamos más frecuentemente. Sólo dos veces parece usarse como asiento de la vida física (2º Sam. 18.14; 2º Rey. 9.24); en todos los otros más de setecientos casos se relaciona con algún aspecto de la naturaleza inmaterial del hombre.

1. El corazón es la base de nuestra vida intelectual y como tal viene a ser sinónimo de mente. El corazón tiene sus pensamientos (Heb. 4.12) y los malos pensamientos proceden de él (Mat. 15.19). Sin embargo, es el lugar donde atesoramos nuestro conocimiento de la Palabra de Dios (Salmo 119.11).
2. El corazón es también el centro de nuestra vida emocional. Este es el uso en que la mayoría pensaría primero, al considerar el significado de corazón. El corazón ama (Deut. 6.5), se alegra (Salm. 104.15), se entristece (Rom. 9.2), desea (Salm. 37.4) y expresa muchas otras emociones.
3. El corazón también quiere. El propósito o la voluntad de hacer se relacionan también con el corazón (2ª Cor. 9.7). El corazón elige (Ex. 7.23), se vuelve (Ex. 14.5), busca (Deut. 4.29) y puede endurecerse (Heb. 4.7).
4. A veces se emplea metafóricamente la palabra *corazón* por

el interior o centro de alguna cosa. Las Escrituras hablan del corazón del mar (Ex. 15.8), del corazón del cielo (Deut. 4.11) y del corazón de la tierra (Mat. 12.40). Este uso nada tiene que ver con la vida espiritual.

5. Nuestro interés principal en el uso de la palabra *corazón* se relaciona con la vida espiritual, pero primero necesitamos saber cómo pueden afectar al corazón las capacidades antiguas y nuevas.

El corazón del hombre no salvo se caracteriza en términos graves. Significa esto que los aspectos intelectuales, emocionales, volitivos y espirituales de su vida vienen afectados de estas maneras. Su corazón es duro e impenitente (Rom. 2.5). La palabra *duro* significa empedernido e insensible a las cosas espirituales. También es impenitente o sin arrepentimiento, consecuencia lógica de ser insensible. Es malo (Jer. 3.17) e incircunciso (Hech. 7.51). Puede ser engañado (Sant. 1.26) y engañar (Jer. 17.9). También puede sumirse en un estado carente de afecto natural (Rom. 1.31).

La salvación aporta a la vida una nueva capacidad y con ella una nueva habilidad para pensar rectamente, para amar a Dios, para disponerse a hacer la voluntad de Dios, para tener el corazón cambiado. El corazón del cristiano (y esto significa su vida intelectual, emocional, volitiva y espiritual) puede ahora ser sincero y puro (Heb. 10.22). Ahora es circunciso (Rom. 2.29), es decir, ha desechado la carne de pecado. Ahora el corazón puede venir a ser centro vital de un vivir espiritual para el creyente.

Con el corazón se cree para justicia (Rom. 10.10), y con el corazón adecuado el hombre justo puede vivir la vida cristiana. Es el corazón asiento y morada de Cristo (Ef. 3.17) y del Espíritu Santo (2ª Cor. 1.22). El corazón es el centro de obediencia en muchos aspectos de la vida cristiana (Rom. 6.17). Con el corazón amamos a Dios (Mat. 22.37) y en el corazón se derrama el amor de Dios (Rom. 5.5). Podemos decir, pues, que la entrada de Cristo y del Espíritu Santo en el corazón afecta a todos los aspectos de nuestro ser (porque el corazón los incluye a todos) y nosotros, a nuestra vez, hemos de amar y obedecer a Dios con todas las facetas de nuestra naturaleza (es decir, con todo nuestro corazón).

Esto no sucede, sin embargo, sin el ejercicio de una acción humana responsable. Se nos ha advertido encarecidamente que el corazón del creyente puede endurecerse, es decir, puede ser empedernido e insensible a las cosas espirituales (Heb. 3.8, 13). El pecado es engañoso y puede atraer a uno al punto donde no responda a las llamadas del Señor y del Espíritu Santo, aunque sigan dentro del corazón. El engaño del pecado forma como una costra encima del corazón que oscurece la manifestación de la divinidad que encierra. En el pasaje de Hebreos se da una lista de tres cosas que previenen contra el corazón endurecido del cristiano. La primera es la exhortación uno de otro diariamente (3.13). El cristiano aislado puede endurecerse, pues necesita el aliento e interés vigilante de otros cristianos. La segunda es la Palabra de Dios usada en la vida para afectar a todas las partes (observe que se mencionan el alma, el espíritu, el cuerpo y el corazón en Heb. 4.12). El versículo no enseña que la Palabra de Dios divide entre alma y espíritu como si quitara la parte del alma y dejara la del espíritu. De ser así, deberíamos también decir que los tuétanos se separan de las coyunturas. Lo que enseña es que la Palabra divide o corta por medio hasta las partes más internas del hombre, tanto material como inmaterial (tuétanos y coyunturas, y alma y espíritu). En otras palabras, la Palabra de Dios desnuda todas nuestras partes para exponer a sus enseñanzas todo aspecto de nuestro ser. Desde luego, una vida que deja que esto suceda nunca tendrá un corazón endurecido.

La tercera cosa que previene contra el endurecimiento es la vida de oración (Heb. 4.14-16). Cuando necesitamos ayuda, como ocurre con tanta frecuencia, la encontramos en el trono de gracia. Pero hemos de ir a él. Los tiempos de los verbos en estos versículos no indican un suministro constante de gracia, sino arranques de gracia, por así decirlo, que se nos dan cada vez que acudimos. Por tanto, se hace patente nuestra necesidad de ir allá, porque si no lo hacemos, no experimentamos la gracia que está a nuestro alcance. Estos tres requisitos—comunión, la Palabra y la oración—permitirán al creyente experimentar la nueva vida en su corazón: en su vida intelectual, emocional, de voluntad y espiritual.

La Concienca

La conciencia en el hombre es aquella facultad por la que distingue entre lo que moralmente es bueno y lo que es malo. En el Antiguo Testamento resulta interesante que la palabra como tal no aparezca y que la idea venga expresada por el término *corazón* (2ª Sam. 24.10; Job 27.6), mostrando una vez más que el concepto del corazón es el más amplio, por cuanto comprende las facetas de la parte inmaterial del hombre.

Todos los hombres tienen conciencia (Rom. 2.15) y ella puede ser una buena guía (Juan 8.9). Puede también aparentar ser buena cuando, en realidad, está llevando a la persona por el mal camino (Hechos 23.1). Por eso en la salvación necesitamos ser limpiados de mala conciencia (Heb. 10.22), porque incluso en la práctica la conciencia ha dejado de funcionar rectamente y se ha corrompido (Tito 1.15) y cauterizado (1ª Tim. 4.2).

La conciencia limpiada de un creyente debe usarse en llevar la vida cristiana. Es sorprendente reconocer los variadísimos aspectos que debe afectar la conciencia en la vida del cristiano espiritual. La obediencia del cristiano a las leyes de su país se basa en someterse a la voz de su conciencia (Rom. 13.5). Desgraciadamente la mayoría de las discusiones sobre este pasaje se enfocan en la responsabilidad del cristiano para con su país en tiempo de guerra. Deberían enfatizar el asunto más prosaico de conducir un automóbil de acuerdo con la conciencia cristiana, por ejemplo.

El cumplir bien en el trabajo para un amo indigno es también cuestión de conciencia para el creyente espiritual (1ª Pedr. 2.19). No es justo que se gaste o mal emplee el tiempo del dueño de la empresa con la excusa de "estar haciendo algo para el Señor". Nuestras conciencias deberían de atestiguar a la calidad del testimonio que estamos dando para el Señor (2ª Cor. 1.12), y las conciencias de otros a quienes ministramos deberían estar de acuerdo que el testimonio nuestro es bueno (2ª Cor. 4.2). ¿No ha encontrado usted nunca a un cristiano que no siente tener responsabilidad para ningún otro cristiano, y excusa su falta de preocupación por él diciendo que tiene línea directa con el cielo que va por encima de los otros, de sus conciencias e incluso de la suya propia? Cuando Pablo quiso apelar a un testimonio para comprobar la verdad de algo que decía, recurría a su conciencia en el Espíritu Santo (Rom. 9.1).

Uno de los aspectos más importantes y complejos de la vida del cristiano es el de sus actividades sociales, y éstas también deben ser gobernadas por la conciencia. En este caso es la conciencia del más débil, del hermano más restringido, la que debe considerarse como gobernando la vida del hermano más fuerte (1ª Cor. 8.7, 10, 12). Aunque sea difícil de practicarlo, debe hacerlo el cristiano espiritual y maduro.

Así que la conciencia, aunque puede dirigir rectamente en algunos casos a la persona no salva, no puede salvarle, ya que está corrompida, cauterizada y mala. Pero en la regeneración se limpia y el Señor la utiliza para guiar al creyente en sus relaciones políticas, vocacionales, espirituales y sociales.

Alma y Espiritu

Los conceptos correspondientes al alma y al espíritu son muy complejos y no fáciles de delinear. Apenas si se encuentran las palabras definidas, y si acaso lo son, la definición da poca o ninguna ayuda. Esta es una: "El alma del hombre es el sujeto de la vida personal de la que el espíritu es el principio". En verdad, para nuestro propósito sólo necesitamos hacer unas cuantas observaciones acerca de alma y espíritu.

1. Todo hombre tiene un espíritu. Hay que afirmar este hecho porque hay personas que dicen que hasta que uno sea salvo no tiene espíritu, y que después de la conversión es el espíritu (Espíritu) la única causa de la vida espiritual. Que todos los hombres han nacido con un espíritu lo enseña claramente la Biblia. Así leemos en Santiago 2.26: "Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta". En otras palabras, el hombre para ser persona viviente tiene que tener un espíritu, y sin él está muerto. 1ª Corintios, 2.11 también dice claramente que todos los hombres tienen un espíritu y eso es lo que hace que unos hombres consideran a otros. El espíritu humano es una faceta de la personalidad humana; el Espíritu Santo que viene a morar en el creyente cuando se

convierte es una persona. Opera por medio del espíritu humano (Hechos 13.4), pero El no es el espíritu que hay en el hombre.

2. La diferencia entre alma y espíritu (cuando se usa en relación con la parte inmaterial del hombre) no es de sustancia material, sino de función (e incluso estas diferencias funcionales no están siempre muy claras). Pero alma y espíritu son ambas inmateriales. Realmente, hay sólo dos categorías de sustancias en el mundo, la material y la inmaterial, y estos dos, alma y espíritu, pertenecen a la inmaterial. Por lo tanto, cuando hablamos de la hechura del hombre, en cuanto a sustancia, hemos de concluir diciendo que esta hechura es doble—material e inmaterial (sencillamente porque no hay una tercera categoría posible). Pero cuando describimos las funciones del hombre, queda claro que su hechura funcional es muy variada. En la parte material de su ser, sus muchas funciones comprenden el ver, el oir, el sistema nervioso, etc. En la parte inmaterial de su ser, sus muchas funciones se expresan por corazón, mente, conciencia, alma, espíritu, voluntad, etc. A veces estas funciones se confunden, y a veces son distintas.

3. Las funciones de alma y espíritu son frecuentemente similares y a veces distintas. Ambos, alma y espíritu, pueden glorificar a Dios (Luc. 1.46, 47). Ambos, alma y espíritu, estuvieron mezclados en el sacrificio de Cristo (Juan 10.15; 19.30). Sin embargo, el Espíritu Santo parece operar por medio del espíritu y no del alma (Rom. 8.16), y cuando las palabras básicas se convierten en adjetivos aparece todo un contraste. El hombre natural (o del alma) es la persona no salva (1ª Cor. 2.14; cf. Jud. 19) en tanto que el hombre espiritual es aquel cuya vida tiene buena relación con Dios. En 1ª Cor. 15.44 el cuerpo animal (o del alma) es el cuerpo actual no resucitado, mientras que el cuerpo espiritual es apropiado para la experiencia de la resurrección. Por tanto, podemos decir que a veces los conceptos difieren en que lo del alma está relacionado con este mundo mientras que lo espiritual se relaciona con Dios.

4. Pero esta distinción no debe trasladarse a la vida espiritual para enseñar, como algunos lo hacen, que todo lo que tenga que ver con el alma es automáticamente carnal y todo lo que concierne al espíritu está garantizado para promover la espiritualidad. Ambos, alma y espíritu, pueden promover la vida espiritual del creyente, y ambos la pueden estorbar. El alma debe amar a Dios (Mat. 22.37), y se opone a los deseos de la carne (1ª Ped. 2.11). El espíritu da testimonio para dar seguridad (Rom. 8.16), y el cantar y los sacrificios del creyente han de ser espituales (Col. 3.16; 1ª Ped. 2.5). Los dos, el alma y el espíritu, pueden promover la vida espiritual. Pero los dos pueden convertirse en estorbo si no van parejos y controlados. El espíritu del creyente puede participar de corrupción (2ª Cor. 7.1) y al alma del cristiano es preciso vigilarla (Heb. 13.17). Ambos necesitan quedar a descubierto por la Palabra de Dios (Heb. 4.12), y no importa cómo interprete uno la enseñanza de 1ª Tesalonicenses 5.23 acerca de la formación del hombre ("que todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprensible"), lo que ciertamente declara es que tanto el alma como el espíritu tienen que incluirse en el proceso de santificación diaria. Ninguno de estos dos versículos enseña que el alma se debe evitar y que el espíritu solamente se debe cultivar como medio de victoria espiritual.

Observamos, pues, que estos conceptos sobre el alma y el espíritu son complejos, pero sí está claro que ambos tienen su propia función en promover la vida espiritual. Las dificultades que se encuentran las ha resumido bien un escritor al decir: "Hay pocas palabras más vagamente usadas por las personas piadosas, ni que presenten más dificultades para los eruditos o que abran más anchos campos de especulación para los pensadores (i)

La Voluntad

En verdad, la Biblia expresa mucho más interés en discutir la voluntad de Dios que en considerar la voluntad del hombre. Y cuando trata de la voluntad del hombre lo hace de una manera muy poco sistemática. Además, la distinción entre una vieja y una nueva voluntad no va unida a la palabra misma, sino relacionada con las dos capacidades que hay dentro del creyente. Con la palabra *mente* vimos una clara distinción entre la mente

(i) E. G. Ounchard, "The Epistle of St. James", *Comentario bíblico para lectores ingleses*, editado por Charles John Ellicott, VIII, 361.

no regenerada y la mente de Cristo. Pero con este concepto de la voluntad, la distinción entre vieja y nueva se manifiesta más bien en términos de lo que *yo* hago, o lo que mi voluntad determina que haga sea la vieja o la nueva capacidad.

He aquí unos cuantos usos interesantes del concepto de voluntad en la Biblia. Desde luego, un hombre no salvo puede querer una buena cosa como hizo el centurión cuando "quería salvar a Pablo" y mandó que los prisioneros que estaban a bordo no fuesen matados (Hech. 27.43). Así como la conciencia de una persona incrédula puede llevarle a hacer bien, así él puede resolver hacer una buena cosa. Asimismo el creyente, con sus capacidades de hacer la voluntad de Dios o de hacer la suya propia, puede querer una cosa justa (Tito 3.8) o algo malo (1ª Tim. 6.9; Sant. 4.4).

Estas dos capacidades, que se expresan según la forma en que el creyente quiera, se ven claramente en Romanos 7.15-25. Hay ciertos hechos respecto de esta sección que, con frecuencia, no se ven claros. Desde luego, se ve que es la experiencia de un creyente; si no, Pablo no podría decir "me deleito en la ley de Dios" (v. 22). Por otra cosa el pasaje demuestra ciertamente que la naturaleza humana (incluida la del creyente) no es esencialmente buena (v. 18). Además, la intensidad de expresión del párrafo muestra que se trataba de la experiencia personal de Pablo.

¿Qué dice el apóstol en esta sección? Muchos, al enseñar sobre la vida victoriosa, dicen que Pablo en Romanos 7 estaba viviendo en debilidad, carnalidad e inmadurez y que no conocía el secreto de la victoria hasta que llegó la luz del capítulo 8. Por tanto, deducen, debemos dejar Romanos 7 y entrar en Romanos 8. Yo no puedo estar de acuerdo con ese punto de vista porque no interpretaría bien frases como "el pecado que mora en mí" (v. 17) que nos hace preguntarnos qué le pasaría al pecado al entrar en Romanos 8, o "me deleito en la ley de Dios" (v. 22), expresión que, según este punto de vista, no vendría hasta el capítulo 8. Además, el capítulo 7 (si es que hemos de ver algo en el orden de estos capítulos) viene *después* del capítulo 6 donde Pablo ya ha presentado el secreto de la victoria. Lo que dice Pablo en 7.15-25 tiene un sentido doble: Primero, dice que todos los creyentes tienen dos capacidades dentro de su ser, la capacidad de servir al pecado y la de deleitarse en la ley de Dios. Y estas dos capacidades permanecen en el creyente por toda su vida. Segundo, también confiesa que en la constante lucha entre las dos naturalezas, la vieja surge de vez en cuando. Observe que dice Pablo que a veces hace el mal que no quiere hacer (v. 19). En otras palabras, las dos capacidades dentro de su ser estaban en conflicto constante e incluso el apóstol Pablo no vivía siempre en constante victoria sobre la vieja naturaleza. Para que nadie piense que más tarde logró esta vida victoriosa, recordemos su propio testimonio de que era el primero de los pecadores, al final de su vida (1ª Tim. 1.15). El cristiano no tiene que vivir en derrota, pero sí tiene que vivir toda su vida con la naturaleza de pecado. Dios ha preparado el camino de la victoria, pero por habernos dado Dios una voluntad, podemos decidir no utilizar esa provisión. Además, como Dios no ha hecho que la carne del creyente sea mejor, porque no ha sido refinada, representa un poderoso enemigo con el cual tenemos que vivir.

Esto nos recuerda otro asunto. ¿Es libre la voluntad? Se ha escrito mucho acerca del "libre albedrío del hombre" y de la soberanía de Dios. En cierto sentido, la voluntad del hombre es libre para efectuar sus elecciones. En 1ª Corintios 7 Pablo dice varias veces que la voluntad puede elegir entre varias posibilidades correctas, de modo que cualquier elección será correcta (vv. 36, 37, 39). Todas las apelaciones de la Biblia a la voluntad del hombre implican claramente que el hombre tiene la posibilidad verdadera de elegir con responsabilidad. Sin embargo, es verdad que ningún hombre tiene completamente un libre albedrío. Está gobernado y restringido en muchos aspectos simplemente por sus limitaciones humanas. No tenemos libertad de vivir meses y meses sin comida ni agua. Tampoco podemos vivir sin dormir. Además, nos limitan las circunstancias. No podemos decidir estar en más de un lugar al mismo tiempo. También estamos limitados por los propósitos de Dios en este mundo. Esto no significa que Dios gobierna como dictador, pero sí significa que es el Regidor supremo del universo que planeó sus operaciones de modo que le glorificaran a El. Quizás la manera mejor de expresar estas dos ideas en forma equilibrada (que el hom-

bre parece tener cierta libertad de escoger, y que, al mismo tiempo, Dios le controla completamente) sería decir que Dios ha dado al hombre una responsabilidad genuina con respecto a sus acciones y que en el desempeño de su responsabilidad éste efectúa verdaderas decisiones.

El punto práctico respecto a esto, en lo que se refiere a la vida espiritual, es sencillamente que lo que hago lo he querido hacer, y por lo tanto soy responsable. No es alguna cosa o entidad u "hombrecillo" dentro de mí que hace las cosas que no quiero hacer; yo mismo las hago. Mi voluntad lleva a cabo la decisión y es responsable de la acción. Yo soy el responsable y a mí se me debe pedir cuentas. ¿Ha notado usted que, en toda esta discusión sobre todos los aspectos de la inmaterialidad del hombre, la Biblia no presenta un cuadro de dos de cuanto hay dentro de la persona? Hay dos capacidades, pero ellas se expresan por una sola mente, un solo corazón, una sola conciencia, una sola alma, un solo espíritu, una sola voluntad. Las dos capacidades del creyente se expresan a través de las muchas facetas simples del individuo. Parece que es la voluntad la que activa o bien la vieja o la nueva capacidad.

> La tendencia de la psicología se aleja de la noción de voluntad como facultad y marcha hacia el punto de vista de que es una expresión del ser total o de la personalidad. La vida normal incluye la capacidad de tomar decisiones, y uno es responsable de sus elecciones. Esa elección que da sentido a todas las demás es la entrega a Cristo (i)

Y esa entrega se efectúa por un acto de la voluntad en respuesta responsable a la llamada de Dios. "Os ruego . . . que presentéis vuestros cuerpos" (Romanos 12.1). Qué intrincados deben ser los detalles del plan de Dios, quien puede gobernar todas las cosas, permitir la elección humana, y, sin embargo, ganar gloria para sí mismo por medio de un pueblo que él permite hacer sus elecciones entre lo viejo y lo nuevo.

(i) Everett F. Harrison, "Will", *Diccionario de Teología Baker*, pág. 552.

5

UNIDOS CON CRISTO

Probablemente el hecho doctrinal más importante que apuntala una vida espiritual es la unión que tiene el creyente con Cristo. Es fundamento de la verdad de que el cristiano está crucificado con Cristo, la que a su vez es base de la liberación del poder del pecado. Por desgracia, este concepto se entiende poco, no se presenta equilibradamente y no se aplica.

El Concepto

El concepto de estar unido a Cristo lo desarrolla principalmente Pablo en su uso y explicación de la frase "en Cristo". Nuestro Señor anunció la idea en el aposento alto, antes de su crucifixión, cuando declaró: "En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí, y yo en vosotros" (Juan 14.20). También ilustró esta relación cuando habló de los pámpanos que están en la vid (Juan 15.4). Pero el apóstol Pablo nos dio la revelación de gran alcance sobre el significado de este concepto.

Usa la idea en relación con nuestra llamada celestial (Filip. 3.14), nuestra elección en Cristo (Efes. 1.4), nuestro perdón (Efes. 1.7; 4.32; Col. 1.14), redención (Rom. 3.24), libertad de condenación (Rom. 8.1), libertad de la ley (Gál. 2.4), justificación (Gál. 2.17) y vida (Rom. 6.11, 23; 8.2). En otras palabras, nuestra justificación, o salvación, está relacionada vitalmente con el "estar en Cristo". Además, la futura resurrección de nuestro cuerpo está garantizada por el "estar en Cristo" (1ª Cor. 15.22). Pero nuestro principal interés en el concepto es su relación con nuestra presente santificación o con la vida cristiana. Pablo enseñó que en Cristo los creyentes están santificados (1ª Cor. 1.2), arraigados y edificados (Col. 2.7), enseñados (Efes. 4.21), guardados (Fil. 4.7), llevados en triunfo (2ª Cor.

2.14) y tienen acceso con confianza a Dios (Efes. 3.12). Es fácil ver que muchas de las actividades vitales del vivir cristiano se basan en nuestra posición en Cristo.

¿Qué significa este concepto? Mi propia definición es sencillamente como sigue: estar en Cristo es el nuevo ambiente del hombre redimido en la esfera de la vida de resurrección. La palabra clave es *ambiente* porque el estar en Cristo no es un estado desierto o una verdad posicional casi sin realidad (como a veces se la presenta), sino una relación vital, vibrante, que funciona, siendo su principal característica la vida de resurrección, la vida de Cristo mismo. Otro escritor, hablando de esta misma posición del creyente, la describe de esta forma: "Ha sido trasplantado a un nuevo suelo y a un nuevo clima, y tanto el suelo como el clima son Cristo mismo."

Al tratar de definir o describir un concepto difícil como este, con frecuencia nos ayuda el considerar el contrario. Preguntamos: ¿Qué es el contrario de estar en Cristo? Significa estar en Adán, rodeado por el ambiente de la muerte (1ª Cor. 15.22). Esta es la posición que tienen todos los hombres de nacimiento, porque todos pecaron en Adán (Rom. 5.12). Observemos el contraste en cada aspecto, la justificación, la santificación, la glorificación, entre estar en Adán y estar en Cristo.

Aspecto	*En Adán*	*En Cristo*
Justificación	Ninguna (condenación	Completa (vida eterna)
Sanctificación	Esclavos del pecado	Siervos de la justicia
Glorificación	La segunda muerte	Resurrección para vida

Así que, en relación a la santificación o la vida cristiana, que es nuestro principal interés en este libro, el estar en Cristo nos libera de la esclavitud del pecado y nos permite vivir una

vida justa delante de Dios. Sin embargo, antes de ver cómo opera esto, es necesario considerar otro asunto: ¿Cómo conseguimos esta posición? ¿Cómo es que nos encontramos situados en Cristo?

El Medio

La contestación a esta pregunta es que estamos colocados en Cristo, no por nada que nosotros hayamos hecho, sino por el soberano trabajo de bautismo llevado a cabo por el Espíritu Santo. En 1ª Cor. 12.13 leemos: "Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu". En otras palabras, esta posición, que es la base de todo vivir victorioso, se efectúa por algo que Dios hace para nosotros por medio de la obra de bautismo del Espíritu Santo.

Quizás no haya obra del Espíritu Santo más confusa que ésta. Muchos de los que han tenido una gran experiencia espiritual después de la salvación la han llamado "bautismo del Espíritu". Se han encontrado tan envueltos en una experiencia preciosa que les ha sido difícil comprender la doctrina bíblica. Tal circunstancia acarrea trágicas ramificaciones porque la falta de comprensión de la doctrina de la obra bautizadora del Espíritu Santo oscurece la importante verdad de la unión con Cristo que es la base de la genuina espiritualidad.

Hay al menos cuatro características de la obra bautizadora del Espíritu:

1) Todos los creyentes han sido bautizados por el Espíritu.

Este ministerio no se ha reservado para unos pocos seleccionados. Si fuera así, el cuerpo de Cristo estaría compuesto sólo de aquellos seleccionados o espiritualmente calificados para ser bautizados. En el pasaje clave (1ª Cor. 12.13) observamos que Pablo no dijo que sólo los espiriutales de Corinto habían sido bautizados. Dijo que *todos*. Notamos también que no les exhortó para que se bautizaran, como hacen algunos grupos hoy día, con objeto de ser espirituales. Ciertamente esto habría sido una fácil solución para los problemas creados por la carnalidad en la iglesia de Corinto, de ser una solución válida. Pero el bautismo, de por sí, no da poder; nos coloca en una relación de la que

puede salir poder. Más prueba de que todos los creyentes han sido bautizados se ve en la falta de exhortaciones o mandamientos en el Nuevo Testamento para ser bautizados por el Espíritu. Si algunos cristianos han sido bautizados y algunos no, sin duda encontraríamos en alguna parte exhortación para los que no han sido bautizados. Pero en ninguna parte se encuentra, lo que confirma el hecho de que todos los creyentes han experimentado esta obra del Espíritu.

2) Cada creyente es bautizado por el Espíritu Santo sólo una vez; el bautismo no se repite. Cada creyente es bautizado al tiempo de su conversión y no hay referencia escritural que indique que la misma persona se bautiza por segunda vez. En verdad, el tiempo de la palabra *bautizar* en griego en 1ª Cor. 12.13 indica una experiencia que no se repite. Piense por un momento en lo que significarían bautismos repetidos. Puesto que el bautismo del Espíritu coloca a la persona en el cuerpo de Cristo, otro bautismo significaría que la persona ha salido del cuerpo desde su primer bautismo y, al tiempo del segundo bautismo, se reincorpora en el cuerpo. Semejante idea es totalmente extraña a la Escritura.

3) Cada creyente es bautizado una vez, y todos los creyentes lo han sido, tanto si lo saben como si no. Esto que Dios hace por nostros tiene lugar tanto si somos conscientes de ello como si no. No quiero decir que no se registra ninguna experiencia como resultado de esta nueva posición, pero el bautismo en sí, la colocación efectiva del creyente en el cuerpo de Cristo, es algo que sucede, tengamos o no tengamos experiencia o conciencia o comprensión de él.

4) El hecho de que todos los creyentes son bautizados en el cuerpo no garantiza que se experimentará o se desplegará el poder en la vida. Los corintios, todos los cuales habían sido bautizados, quedaron muy cortos de demostrar el poder de Dios en sus vidas. Fueron bautizados, pero eran carnales. En cuanto a los gálatas, ellos también habían sido bautizados, pero estaban muy lejos de ser cristianos espirituales (Gál. 3.27; cf. 1.6; 4.9). La demostración de poder compatible con nuestra nueva posición incluye otros factores, pero la posición misma puede

conseguirse solamente por la obra de bautismo que realiza el Espíritu.

Así la unión con Cristo significa la introducción del creyente en ese nuevo ambiente de la vida de resurrección de Cristo por medio de la obra bautizadora del Espíritu Santo. Antes estábamos en Adán, y ahora en Cristo, transferidos por un milagro de la gracia de Dios.

Cuando yo era estudiante el transplante de la córnea del ojo era una operación nueva y sorprendente. En particular, un caso tuvo mucha publicidad porque se trataba de la córnea del ojo de un criminal que esperaba ser ejecutado que se transplantó al ojo de un ciudadano ciego de aquel estado. El que iba a recibir la córnea fue a visitar al donante antes de que fuera ejecutado, y aquello recibió todavía más publicidad en la prensa. Después de la ejecución se efectuó la operación y el hombre que no tenía vista pudo ver. Esa córnea ilustra muy bien lo que es verdad de cada creyente en Cristo. Antes estaba, como el ojo del criminal, en Adán, justamente condenado a muerte. No había forma de escapar aparte de una intervención milagrosa. Precisamente eso fue lo que pasó cuando creyó en Cristo. Ocurrió un milagro y pasó de la condenación de muerte en Adán a estar en Cristo por medio de la obra bautizadora del Espíritu. Y entonces aquel que fue condenado fue justificado y colocado en la nueva esfera de vida de resurrección con todos sus privilegios y responsabilidades. Esta es la verdadera historia de todo creyente en Cristo.

Las Consecuencias

Si la unión con Cristo implica (como lo hace) participar en todo lo que El es, entonces la consecuencia más importante de esta unión, en cuanto a la vida victoriosa, es que es el medio de realizar nuestra co-crucifixión con El (Col. 2.12, notando especialmente Rom. 6.1-10). El ser asociado con Cristo por el bautismo en su muerte, entierro y resurrección es la base de la crucifixión de la naturaleza de pecado del creyente, y su victoria sobre el pecado. Todo esto se basa en nuestra unión con El que fue cumplida por nosotros mediante la obra bautizadora del Espíritu.

Algunos están tan preocupados por el asunto de si en Romanos 6 se encuentra el bautismo con agua que pierden la nota prin-

cipal del pasaje. Un extremo quiere estar seguro de que se enseña allí el bautismo con agua para justificar la inmersión como modo de bautismo. El otro extremo quiere eliminar totalmente el agua del pasaje para evitar la conclusión de que la forma debida de la ordenanza es la inmersión. Ciertos hechos parecen claros: 1) El bautismo con agua, sea cual sea la modalidad, nunca podría cumplir lo que el pasaje dice que se ha cumplido. El agua no puede crucificar al viejo hombre y suministrarle la base para que ya no sirva el pecado (v. 6). 2) Por otro lado, no es fácil eliminar la estampa de la inmersión de estos versículos. El bautismo, relacionado con la muerte, entierro y resurrección, constituye un cuadro obvio de la inmersión. La resolución debida sobre el asunto as admitir que, si bien es el bautismo del Espíritu el que hace la obra, es el bautismo con agua el que representa lo que se ha hecho. El bautismo con agua es el objeto de esta lección objetiva, pero la obra del Espíritu es lo que hace que la lección sea verdadera.

Y ¿qué ha pasado? Una muerte ha tenido lugar para los creyentes a causa de su unión con Cristo en su muerte. ¿Qué es la muerte? Algunos que consideran la vida victoriosa de cierta manera se ven forzados a definir la muerte como extinción, por cuanto enseñan que la naturaleza del pecado, siendo muerta, es eliminada. Otros, más moderados, tienen que considerar la muerte como cese, ya que enseñan que, si bien la naturaleza de pecado está presente en el creyente todavía, puede cesar de pecar en esta vida. Así que la muerte significa cese de actividades (pero no de la presencia) de la naturaleza de pecado. Esta es, probablemente, la impresión creada por la mayoría de los que predican sobre este pasaje. Pero la muerte no significa ni extinción ni cese; siempre significa separación.

La muerte física es la separación de la parte inmaterial del hombre del cuerpo material. No significa que la persona haya sido extinguida ni que haya dejado de ser o de funcionar. El incrédulo que muere, por ejemplo, todavía está consciente y activo, aunque aparte de su cuerpo físico o terrenal (Luc. 16.19-31). La muerte espiritual no es, ciertamente, extinción ni inactividad. Todos los incrédulos que caminan por la tierra hoy están muertos espiritualmente, pero al mismo tiempo existen y

son activos. Sin embargo, están separados de Dios y por ello están espiritualmente muertos. La muerte segunda es el estado eterno de separación que los incrédulos *experimentarán* en el lago de fuego. Tal experiencia no tendría lugar si la muerte significase extinción o cese. La muerte siempre significa separación, en Romanos 6.

La crucifixión de Romanos 6, pues, significa separación ¿de qué? Para contestar a esto necesitamos solamente recordar el tema del capítulo: "¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?" (v. 1). En otras palabras, la muerte al pecado en Romanos 6 es separación del poder de la naturaleza de pecado que hace al creyente continuar en pecado. Es separación del dominio del pecado sobre la vida del cristiano. Esto se cumple por la crucifixión de la naturaleza de pecado para "destruir" el cuerpo del pecado, de forma que no tengamos que servirle (v. 6). La palabra *destruir* no significa aniquilar, lo que nos llevaría a pensar que la naturaleza de pecado desaparece del creyente. Veamos su uso en 2ª Tesalonicenses 2.8: "Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida". El hombre de pecado es "destruido" en la segunda venida de Cristo y, sin embargo, continúa existiendo en el lago de fuego en el que el diablo es lanzado mil años después (Apocalipsis 20.10. En el griego el verbo plural "serán atormentados" indica que los tres seres estarán vivos en el lago de fuego por siempre).

Otro uso interesante de la palabra lo encontramos en Lucas 13.7: "Y dijo el viñador: He aquí, hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo; córtala; ¿para qué inutiliza también la tierra?". Aquí la palabra está traducida por "inutiliza". Desde luego, la higuera no destruyó la tierra en el sentido de aniquilarla, sino que la hizo inútil o sin valor en cuanto a servir para un buen propósito. En el mismo sentido la naturaleza de pecado ha sido "destruida", es decir, ha sido hecha ineficaz, inútil, de modo que no tenemos que continuar en pecado.

La Escritura habla tanto de la crucifixión de la vieja naturaleza (Rom. 6.6) como de la crucifixión de la persona (Gal. 2.20). En ello no hay contradicción; más bien, es sencillamente otra ilustración de la unidad del ser humano. De esta manera, lo que se

dice o atribuye a un aspecto o faceta del ser humano puede aplicarse a la persona. Aunque Cristo vive en mí, es una vida que yo vivo (Gál. 2.20). Aunque aparte de El no podemos hacer nada (Juan 15.5), trabajamos para ser aceptos por El (2ª Cor. 5.9). Con el corazón el hombre cree para justicia, y soy yo el que creo. Del corazón salen los malos pensamientos, pero soy yo quien pienso el mal. La carne produce pleitos, celos, iras, contiendas (Gál. 5.20) pero soy yo el que muerde y come a los otros (Gál. 5.15). De modo que no es extraño que la Biblia hable de crucificar la vieja naturaleza y a la persona.

Si recapitulamos, diremos que nuestra unión con Cristo significa separación del dominio de la naturaleza de pecado debido a su crucifixión. Pero también significa una resurrección a novedad de vida (Rom. 6.4). En toda esta sección de la Biblia, no solamente se enseña la muerte, sino también la resurrección. La verdad incluye no sólo el hecho de la separación de lo viejo, sino también la importante asociación con lo nuevo, que es la vida resucitada de Cristo. Se menciona en cada versículo de Romanos 6. 4 a 10. La unión con Cristo, por tanto, no sólo rompe el poder de la vieja capacidad, sino que nos asocia con quien nos da poder para vivir de acuerdo con la nueva capacidad.

¿Cuándo sucedió o sucede todo esto? Históricamente, ocurrió cuando Cristo murió y resucitó. Su muerte y resurrección son la base de todas las consecuencias que siguen. Pero en lo que respecta a nuestra historia personal, esta unión con Cristo no sucede hasta que recibimos al Salvador, y en aquel momento somos bautizados en su cuerpo por el Espíritu Santo. Los hechos históricos de la muerte y resurrección de Cristo vienen a formar parte de nuestra historia personal cuando creemos y somos bautizados en su cuerpo. Pero en la práctica estas verdades pueden estar presentes o ausentes de nuestra experiencia diaria. El hecho de que hemos sido crucificados con Cristo, de que el poder de la naturaleza de pecado ha sido roto y ha quedado inoperante, que no necesitamos servir al pecado, es invariable y no depende de nada que yo haga. Pero el ponerlo en práctica sí que depende de ciertas condiciones, una de las cuales es considerar que estas cosas son verdad (v. 11). Esto significa calcular el peso y la verdad de los hechos que se revelan en los versículos 1 a 10

y considerarlos como verdaderos *para mí*. La idea es considerar, valorar y poner a mi cuenta todo lo que la muerte de cruz de Cristo significa para mí con referencia a romper el poder del pecado en mi vida. La falta de no hacer este cálculo básico es razón frecuente de que la práctica de estas verdades esté ausente de la experiencia diaria del creyente.

Lo que el Señor ha hecho nos capacita para poder vivir la vida cristiana. El poner en práctica esta posibilidad requiere varios otros factores, muchos de los cuales incluyen el ejercicio de la voluntad humana. Nosotros no elegimos el efectuar o romper la unión con Cristo; pero podemos elegir gozar o no gozar de los beneficios. No podemos crear la nueva naturaleza ni destruir el poder de la vieja; pero sí podemos decidir escuchar a la vieja y obedecerla aun después de que su poder haya sido roto.

Cuando uno vive bajo un dictador en un país, no tiene otra opción sino obedecer las leyes de tal dictadura. Pero si el dictador es derrocado por un régimen democrático y se le envía al destierro en otro país, los ciudadanos están libres para vivir una vida nueva. Sin embargo, es concebible que hubiera dentro del país quienes preferirían al dictador ausente y querrían obedecerle, aunque se le hubiera quitado el poder. Y así lo podrían hacer, recibiendo sus instrucciones mediante una radio clandestina obedeciéndolas a la vez que rechazan la libertad en la que ahora se encuentran. La naturaleza de pecado es como un dictador depuesto que fue vencido por la muerte de Cristo. Los cristianos son ciudadanos del cielo con una nueva libertad para vivir una vida que agrade a Dios. Pero la naturaleza de pecado no ha sido arrancada, ni se ha anulado la voluntad del individuo, de donde resulta que es posible oir y seguir las insinuaciones del pecado, aunque nunca será posible que el pecado vuelva a tener el dominio y el control que tenía antes de la conversión.

PARTE II

CIERTAS RESPONSABILIDADES PERSONALES

6

¿COMO SOMOS SANTIFICADOS?

Semejante título para un solo capítulo es, desde luego, una presunción, porque en realidad es la pregunta que el libro entero pretende contestar. Pero me atrevo a proponerlo en este momento porque necesitamos ahora considerar, al menos, las diversas personas y cosas que están implicadas en el proceso de santificación.

Hemos echado ciertos fundamentos bíblicos para la espiritualidad; ahora hemos de volver a la investigación de nuestras responsabilidades personales que son esenciales para la práctica del verdadero vivir espiritual. En esta sección miraremos a varios y específicos sectores de responsabilidad, pero primero necesitamos contestar las preguntas "¿Qué es la santificación?" y "¿Quién y qué santifica al creyente?

¿Qué es la santificación? La palabra *santificar* significa básicamente poner aparte. Tiene la misma raíz que las palabras santo y santificado. Tiene la santificación tres aspectos para el cristiano. El primero se llama usualmente santificación posicional. Sencillamente es la posición de que goza cada cristiano en virtud de pertenecer a la familia de Dios por la fe en Cristo. Significa ser apartado como miembro de la familia de Dios y es verdad a pesar del grado de espiritualidad de uno. A los corintios carnales, con todos sus problemas de pecado, les escribió Pablo: " . . . mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios (1ª Cor. 6.11; los tiempos de los verbos griegos indican hechos cumplidos, no algo por alcanzar). Por lo tanto, hay un sentido en que todos los creyentes son santos porque están santificados (vea también 1ª Cor. 1.2; Heb. 10.10).

El segundo aspecto de la santificación es la experiencia constante o el trabajo progresivo de continuar aparte durante toda nuestra vida de cristianos. Cada exhortación de la Palabra en

cuanto al vivir santo se relaciona con este aspecto de la santificación (1ª Pedr. 1.16), y este es el campo en que se mueve la espiritualidad bíblica.

Pero también hay otro sentido en que no seremos completamente apartados para Dios hasta aquel día cuando veremos a Cristo y seremos semejantes a El (1ª Juan 3.1-3). De modo que hay un aspecto de la santificación, llamado normalmente última santificación, que espera nuestra completa glorificación con cuerpos de resurrección (Efes. 5.26, 27; Jud. 24, 25). La santificación progresiva es el proceso de maduración de una vida que refleja verdaderamente nuestra posición, mientras que la santificación última tiene lugar cuando nuestra práctica y nuestra posición están de perfecto acuerdo.

Hay una ilustración excelente, aunque sencilla, de estas tres fases de la santificación. Trata de una niñita que acababa de salir de una dulcería donde gastó su dinero en un helado de chocolate. Descubrió que se acercaba por la calle a su encuentro su mejor amiga. Siendo una niña bien educada, se dio cuenta de que, si no pensaba en otra salida, tendría que ofrecerle el helado a su pequeña amiga. Aquel dilema entre la cortesía y su apetito lo solucionó rápidamente, mediante una acción que santificó el helado para su propio uso exclusivo. Aquella acción fue lamer el helado por ambos lados antes de que llegara su amiga. Por lamer así el helado se lo apartó para sí misma; ya no era cosa que su amiga querría. Esto es como la santificación posicional. En el momento en que recibimos al Señor como Salvador, Dios nos separa para Sí, instantáneamente, seguramente y para siempre.

Pero aquella primera lamedura no significaba mucha asimilación del helado de chocolate para la astuta chiquilla. Sin embargo, pronto cuidó de ese asunto. Siguió lamiendo una y otra vez hasta hacerlo enteramente suyo en la práctica como ya era en posición. Esto es la santificación progresiva y es un proceso que continúa durante toda la vida. Pero finalmente llegó el momento cuando el helado pasó todo por su boca y llegó al estómago, cuando ella lo poseía del todo. Así será con nosotros cuando vayamos a estar con Cristo. Entonces seremos completamente santificados o apartados totalmente y poseídos de El. Pero es ese proceso de ser hechos en la práctica lo que ya somos en posición y lo que seremos finalmente el que constituye el madurar de la vida del cristiano, y es algo que puede ser realizado por varias personas y modos. Se simplifica demasiado al decir que Dios lo hace todo y equivocadamente se razona que El lo hace aparte de todo medio.

La Obra de Dios en la Santificacion

Generalmente, quienes hablan de la vida victoriosa enfatizan, o la obra de Cristo que mora en el creyente para santificación, o el ministerio del Espíritu Santo. En verdad, las Escrituras nos enseñan que todas las personas de la Divinidad tienen un ministerio a este respecto. En la ilustración de la vid y los pámpanos, nuestro Señor declara que el padre es el labrador que limpia y quita los pámpanos que no llevan fruto para que la vid lleve más fruto (Juan 15.2). Es al Padre a quien Jesús dirige su oración: "Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad" (Juan 17.17). También el apóstol Pablo pedía que "el mismo Dios de paz os santifique por completo" (1ª Tes. 5.23).

También el Hijo desarrolla un papel principal en la santificación del creyente. Es Cristo quien habita en el creyente y por su poder el cristiano está capacitado para vivir una vida que agrade a Dios (Gál. 2.20). El propósito del Señor es "santificar y limpiar" la iglesia para poder presentarla sin mancha en el día de su aparición (Efes. 5.26, 27; cf. Col. 1.22). La muerte del Señor es la base de nuestra santificación posicional (Heb. 13.12; cf. 10.10) y el mismo Señor viene designado en esa epístola como el agente de la santificación progresiva (Heb. 2.11; tanto el participio como el verbo están ambos en tiempo presente en el griego, indicando una acción continuada).

Y, sin embargo, para ser fiel al énfasis de la Escritura debemos observar que la obra del Espíritu Santo tiene prominencia en el proceso de santificación. El fin de la santificación es la conformidad a la imagen de Cristo, y es el Espíritu quien nos transforma de gloria en gloria en la misma imagen" (2ª Cor. 3.18). Por el poder del Espíritu Santo "hacemos morir las obras de la carne" (Rom. 8.13). El Espíritu Santo es el Espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Cristo (Efes.

1.17). El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu (Rom. 5.5). Y desde luego, la mejor descripción de una semejanza a Cristo se encuentra en la lista de los frutos del Espíritu (Gál. 5.22, 23). El trabajo claro que realiza el Espíritu Santo dentro de cada creyente opera en la vida de modo efectivo y continuo para que cada uno pueda ser lleno de la plenitud de Dios y obre dignamente, según el llamamiento con que hemos sido llamados.

La Obra del Creyente en la Santificacion

La necesidad de equilibrio no es quizás más necesaria en ninguna parte que aquí. Estamos tan inclinados a torcer los énfasis, y en esta materia debemos reconocer que, aunque la santificación es obra de Dios, también es obra del creyente. Hay una clase de quietismo en ciertos sectores que elimina cualquier actividad del hombre como "de la carne". El lema de esta clase de enseñanza es "Déjate de ti y deja hacer a Dios". Es cierto, desde luego, que este énfasis es apropiado cuando concierne al asunto de la dedicación. Debemos dejar nuestros deseos y ambiciones y dejar a Dios hacer en nuestra vida. Pero en el asunto de la santificación progresiva hay una parte que el creyente desempeña y que definitivamente no debe abandonar. He aquí una declaración típica de tal énfasis:

> El hecho glorioso y grande es este, que, al darnos al Espíritu Santo, nos dio Dios todo cuanto necesitamos para la vida cristiana y para el servicio cristiano. No importa lo que yo sea o lo que no sea; no importa lo que pueda hacer o no pueda hacer, pues tengo todo, teniéndole a El. El no nos ha sido dado para ayudarnos cuando estamos haciendo lo mejor que podemos; nos ha sido dado para hacerlo todo, porque por encima de lo mejor que nosotros podamos hacer, Dios ha escrito: "nada bueno" . . . La fe es quitarse del medio y dejarle a El operar. La fe es "dejarse de sí y dejar hacer a Dios" . . . La única "entrega" que El nos pide es la entrega que consiente en dejar de hacer y deja que El haga todo (i)

(i) David Tryon, pág. 16 y 17 de *But how.*

Si esto es verdad, entonces todo imperativo del Nuevo Testamento es un mandamiento hueco dirigido a la persona indebida. Pero no es el caso, puesto que la Escritura sí dice muy claramente que *yo* tengo que hacer ciertas cosas que son vitales en el proceso de la santificación. Si no, ¿cómo vamos a entender un versículo como este: "Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios" (2ª Cor. 7.1). Y, desde luego, decenas de otras referencias nos mandan hacer cosas que forman parte del total proceso de santificación. Se manda a la persona hacer cosas como "huir de la idolatría" (1ª Cor. 10.14), "huye de las pasiones juveniles, y sigue la justicia" (2ª Timoteo 2.22), "practica estas cosas" (1ª Tim. 4.15), "desecha las fábulas profanas y de viejas" (1ª Tim. 4.7), "sobrellevad los unos las cargas de los otros" (Gál. 6.2).

Desde luego, la persona que quiere restar énfasis a la acción humana del proceso de santificación dirá que tales versículos indican que nosotros hemos de dejar al Espíritu Santo (o al Cristo que mora en nosotros) hacer tales cosas por medio de nosotros. Pero incluso en los versículos donde se menciona al Espíritu Santo como formando una parte de la práctica de la exhortación, el cristiano va también incluido como parte necesaria del proceso. Observe el equilibrio cuidadoso entre la persona individual y el Espíritu en el punto muy básico de hacer morir las obras de la carne: "mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis" (Rom. 8.13). El sujeto del verbo "hacéis morir" es "vosotros", no "el Espíritu". Sin embargo, lo que hago lo hago "por el Espíritu". La operación de Dios no se suspende porque yo trabaje, ni tampoco el obrar de Dios es cosa aparte de mi obrar.

Debemos recalcar que lo divino y lo humano van juntos siempre en el andar en el Espíritu (Gál. 5.16). La vida que no satisface los deseos de la carne es la vida que camina por medio del Espíritu y, no obstante, es a mí a quien se manda que camine por medio del Espíritu. Incluso Gálatas 2.20 me recuerda que Cristo vive en mí *y* yo vivo la vida. En otras palabras, está muy claro en la Biblia que hay una correlación y una conjunción tanto de la operación humana como de la divina en la santifica-

ción. El excluir o restar énfasis a una o a otra es perder un aspecto importante de la verdad y tener una espiritualidad desequilibrada y defectuosa.

Otros Medios de Santificacion

No solamente Dios y yo tenemos parte en el proceso de santificación, sino que hay otros medios de gracia que se revelan en las Escrituras.

1. *La Palabra de Dios.* Ya hemos observado que el Señor oró para que el Padre santificara a los creyentes por medio de la Palabra (Juan 17.17). La iglesia primitiva consideró de gran importancia el continuar en la doctrina de los apóstoles (Hech. 2.42). Nuestro Señor mismo sirve del mejor ejemplo de la necesidad de usar debidamente la Palabra para enfrentarse con la tentación (Mat. 4.1-11). El centro de los viajes misioneros de San Pablo fue siempre la predicación de la Palabra de Dios (Hech. 13.5, 44, 46; 17.2; 18.4; 20.32). Para la santificación, el uso de la Palabra es básico y crucial.

Esto incluye todos los aspectos de la Palabra de Dios. De la misma manera que los niños pequeños desean la leche sin adulteración del pecho de la madre, así el creyente debe continuar deseando la leche espiritual, pura, que se encuentra en la Biblia (1ª Pedr. 2.2). La frase "como niños recién nacidos" no significa que la leche de la Palabra es válida únicamente para los recién convertidos. Más bien representa una analogía entre el deseo de cada recién nacido y lo que debiera ser el anhelo de todo creyente. Ninguno de nosotros hemos superado la necesidad de meditar sobre los aspectos básicos de la Palabra. El problema no es que los cristianos maduros evitan utilizar la leche de la Palabra, sino que, desgraciadamente, la mayoría de cristianos se contentan con no pasar del estado infantil espiritual. Así que las verdades que son "alimento sólido" de la Biblia deben también formar parte de la dieta del creyente, para que tenga una espiritualidad bien fundada y desarrollada.

Hay dos extremos que debemos evitar en el uso de la Biblia para santificación. A uno podemos llamarle esquizofrenia espiritual que es un "tipo de psicosis caracterizada por la pérdida de contacto con el medio ambiente y por la desintegración de la

personalidad." En otras palabras, el esquizofrénico espiritual es aquella persona que nunca deja la Biblia establecer contacto con la situación de la vida en la cual se encuentra él. Su ortodoxia no tiene reproche, pero su ortopraxis deja mucho que desear. O en las palabras de la Escritura es un oidor y no un hacedor de la Palabra. Su conocimiento de la Palabra no va integrado con sus hábitos de vida. Nunca debemos desunir la doctrina de la práctica.

Sé que durante mis años de enseñanza he desarrollado idiosincrasias. Estoy seguro de que no me doy cuenta de algunas de ellas, pero de la que sí estoy cierto es de mi reacción invariable contra el orador de la capilla que empieza su mensaje con palabras parecidas a estas: "Bueno, hoy, jóvenes, voy a ser muy práctico en mi mensaje. Voy a dejar la doctrina para vuestros maestros y para la clase. Sólo quiero ser práctico". Al llegar a este punto ya pierdo el interés en lo que diga, porque no es posible separar la doctrina de la práctica. Toda doctrina es práctica, y toda práctica debe basarse en la sana doctrina. La doctrina que no es práctica no es saludable, y la práctica que no es doctrinal no está bien cimentada.

Al parecer, son los hombres, en vez de las mujeres, quienes necesitan particularmente esta advertencia, porque Santiago declara que el que mira en la Palabra y se va sin cambiar de vida es semejante al hombre (en el griego, la palabra de Santiago 1.23 significa varón) que se mira en el espejo y olvida pronto lo que ve. La ilustración es muy adecuada, porque el hombre que ve en el espejo algo que no está bien no se preocupa de remediar la situación. Pero nada puede hacer que la mujer se aleje del espejo hasta que esté completamente satisfecha de que todo está en orden. Así pasa, por desgracia, con la Biblia. Los hombres, que son menos sensibles, son menos aptos para conmoverse por la Palabra que las mujeres. Pablo también habla de la responsabilidad de los hombres en este asunto de conocer y practicar la Palabra. Si las mujeres deben preguntar a sus maridos acerca de la Biblia en casa, esto presupone que los hombres conozcan las respuestas (1ª Cor. 14.35). De modo que los hombres en particular, pero también todos los creyentes, deben conocer la Palabra y poner en práctica lo que saben.

Al usar la Biblia, hay que evitar el otro extremo que es el misticismo. La gente pseudoespiritual muchas veces se ve afligida por esto. Algunos de los síntomas son: "El Señor me indicó que no debía ir a la iglesia"; "el Señor me dio tan maravilloso pensamiento esta mañana con tal y tal versículo" (pensamiento, desde luego, que si uno examina el versículo, no se encuentra por ninguna parte); "no necesito a nadie para que me enseñe la Biblia —el único maestro que necesito es el Espíritu Santo".

Desde luego, el Espíritu Santo nos enseña el significado de la Palabra y su ministerio es indispensable (Juan 16.13; 1ª Cor. 2.12). Pero la Biblia no dice que su ministerio de enseñanza sea siempre directo. En realidad, la mayoría de las veces viene a través de maestros capacitados del pasado y del presente a quienes Dios ha dado a la iglesia. A veces este ministerio puede ser directo cuando uno busca inteligentemente y con persistencia el significado de un pasaje. Pero frecuentemente viene con el mensaje de un pastor o de un maestro que enseña una lección o con una concordancia u otros libros escritos por hombres, ya muertos o vivos.

El aplicar a la Palabra solamente el sentido místico puede conducir a varios errores serios. Una cosa es que puede llevar a la ignorancia de la Palabra, ya que puede convertirse en excusa para no estudiar la Palabra. Uno puede esperar hasta que se le "dé" algo que puede ser totalmente falso, sencillamente porque no conoce el verdadero sentido del pasaje sobre el que está meditando. Puede que siga diciéndose a sí mismo que el Señor le ha dado ese significado especial y casi hipnotizarse a sí mismo pensando que ese es el verdadero sentido o un sentido más profundo que lo que ninguna otra persona ha encontrado todavía. En este caso la Escritura ya no es una guía para nuestra vida, sino una excusa para nuestros actos.

El misticismo, además, puede llevar a extraños, si no falsos caminos que no son del Señor. He oído a pseudoespirituales que tenían cargos de liderato decir que el Señor los había guiado a no asistir a las reuniones de la iglesia, sino a tener sus propias reuniones en casa en competencia directa con la iglesia a la que todavía pertenecen y a la que sirven cuando les conviene. Cuán trágico es ver a un estudiante "guiado por el Señor" en

algunas devociones matutinas dejar la escuela (y a veces sucede la mañana siguiente al día en que hace un mal examen). ¿Qué pasó con el llamamiento de Dios en su vida? ¿Qué clase de dirección fue la que le hizo estar seguro de que el Señor le había guiado a aquella escuela? Es muy fácil pasar de una meditación mística no gobernada con conocimiento a decir, "el Señor me ha guiado", y luego a justificar la acción a base de ignorancia de la Palabra. Ese es pensar humano, no guiado por el Espíritu.

¿De qué modo puedo yo entonces estudiar la Palabra con provecho para que el Señor la use en la santificación de mi vida? La contestación es muy sencilla: Hay que leerla, entenderla y obedecerla. El "secreto" de hacer la lectura es la persistencia, y es mejor leer algo de la Palabra cada día que leer largas secciones semanalmente y nada entre medio. Mi opinión personal es que el cristiano nuevo debería empezar con cualquier libro que le interese, más bien que intentar seguir lo que otro le diga es el mejor plan. Pero lo importante es leer, leer y continuar leyendo.

En cuanto a entender la Palabra, hay ciertas cosas que pueden ayudar. La primera es una traducción que sea fácil de entender. Algunos prefieren algunas versiones parafraseadas.

Otra ayuda muy básica para entender la Palabra, y uno que a menudo se pasa por alto, es un buen diccionario. Se definen en él palabras como efa, efod, nardo, adulfe, etc. Incluso palabras más teológicas, como Pentecostés, iglesia y misterio aparecen en un buen diccionario. A veces mucha gente no entiende la Biblia porque desconoce el significado de ciertas palabras que leen. A menudo se nota esto cuando se oye a alguien leer la Escritura en voz alta, como en un servicio de la iglesia.

Cuando usted entiende el sentido de las palabras que está leyendo, luego proceda, suponiendo que se han de entender llanamente. Hay que tener en cuenta que Dios no quiere confundirnos y que cuando nos habla lo hace con palabras inteligibles, de modo que no tenemos que buscar un significado "oculto" ni una interpretación "profunda". No hay que preocuparse por lo que todavía no entiende, sino más bien por lo que entiende plenamente. Cuando se persiste, se descubre que la Biblia es cada vez más inteligible.

Si usted quiere entender la Biblia más plenamente, comience a emplear algunas de las ayudas que tenemos a disposición hoy. Hay comentarios escritos para laicos y no caros, incluso en cartulina. El uso de la concordancia le lleva a uno a las verdades que antes no conocía. Es fácil; se busca una palabra como, por ejemplo, *temor,* y se va siguiendo su uso por toda la Biblia. Clases bíblicas de barriada o nocturnas de algún instituto bíblico darán al estudiante una capacitación mayor y es siempre una buena inversión de tiempo y de esfuerzo. Muchos institutos bíblicos tienen cursos por correspondencia que pueden seguirse en casa paso a paso.

Pero, según dijimos antes, el conocimiento sin la obediencia no vale. Por eso las reacciones que tengamos al estudiar la Palabra deben acercarnos más y más al Señor. El que persiste y obedece tendrá de Dios mayor comprensión de la verdad y de su voluntad. El Espíritu Santo ha sido enviado específicamente para darnos entendimiento sobre las cosas de Cristo, y El que es el Autor divino de la Palabra no dejará de hacer su trabajo.

2. *La oración.* Un segundo medio de santificación es la oración. También fue esta una de las características de la iglesia primitiva (Hech. 2.42, cf. 3.1; 4.24; 6.4; 9.40; 10.4, 31; 12.5; 13.3; 16.13, 16 y 28.8) y es mandada a los creyentes actuales. Habló nuestro Señor "sobre la necesidad de orar siempre y no desmayar" (Luc. 18.1). La palabra *desmayar* significa "descorazonarse o cansarse". El apóstol Pablo mandó: "Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias" (Col. 4.2). También dijo: "Orad sin cesar" (1ª Tes. 5.17).

Aunque estos son versículos familiares, no dicen exactamente la misma cosa. La palabra *siempre* usada en Luc. 18.1 es la palabra corriente en el Nuevo Testamento para siempre y significa "en cada situación o circunstancia". La palabra *perseverar* en Col. 4.2 es un verbo compuesto sobre una raíz que significa "fuerza" y viene a significar "dar fuerza" a su oración. O quizás podríamos traducirlo por "dedicarse a la oración" o "dar su energía a la oración". La idea es sencillamente que tenemos que ser enérgicos en orar. El concepto de orar sin cesar (1ª Tes. 5.17) es análogo a tener una tos constante. A la verdad, tal palabra tiene ese sentido fuera del Nuevo Testamento. Cuando tenemos

una tos constante no significa que no paramos de toser, aunque la sentimos siempre presente en la garganta. Esa condición crónica existe siempre, pero la tos viene sólo de vez en cuando. Así debemos entender el orar sin cesar. La actitud de oración debemos tenerla constantemente, y esa actitud se manifestará en la oración muchas veces en el día. La oración es un medio vital de santificación.

Pero el problema práctico que muchos tienen es cómo saber que oran según la voluntad de Dios para poder esperar contestación. Las promesas de la oración siempre tienen una condición, que sean "conforme a su voluntad" (1ª Juan 5.4) y "creyendo" (Mat. 21.22), y "si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros" (Juan 15.7). El presentar la oración como un cheque en blanco que nos da Dios es presentar un solo aspecto de la situación total. Incluso el cheque en blanco hay que llenarlo debidamente antes de cobrarlo. Y para llenarlo hay que saber ciertas cosas como escribir, poner la fecha y la cantidad que se requiere. Ningún banco pagaría un cheque en blanco aunque fuera firmado. Tiene que llevar correctamente los otros datos. Luego puede cobrarse aunque la escritura sea diferente de la firma. De igual manera, Dios no contesta las oraciones que se le presentan en blanco aunque El haya firmado el cheque. Hay ciertas condiciones que nosotros tenemos que cumplir en la oración.

Una ilustración sobre una situación no corriente puede ayudarnos a comprender lo que significa orar en el nombre de Cristo. Cuando yo me estaba preparando para ir al extranjero a realizar estudios, tuve que preparar el cuidado de mis negocios durante mi ausencia del país. Tuve que asegurarme de tener dinero y de que cuidaran una pequeña propiedad que tenía. Para facilitar los asuntos tuve que firmar un documento que se llama "poder notarial". Era un documento largo y detallado que daba a mi padre el poder de hacer lo que quisiera en nombre mío. Desde luego, un poder semejante puede extenderse sólo para un asunto específico. Pero el mío incluía todo lo posible para que mi padre atendiera a todo en mi ausencia. Confieso que cuando primero leí el documento me sorprendí al ver cuánto poder dejaba en las manos de otra persona, aunque esa persona fuera mi propio padre. El podía pedir prestado dinero en mi nombre y yo sería respon-

sable de ello. Podía vender o comprar propiedad en mi nombre y yo sería responsable de ello. Podía tomar vacaciones caras y firmar cheques a mi cuenta y yo sería responsable. Yo le había dado un poder en blanco, pero no me preocupaba lo más mínimo, porque sabía que mi padre nunca haría nada que yo no aprobara. Se trataba de un cheque en blanco, pero yo confiaba en que él lo llenaría de la misma manera que yo habría hecho.

Las promesas de la oración son como el poder notarial, pero este poder no debe nunca ser mal utilizado por un hijo de Dios que está en comunión con su Padre celestial. Si tratamos de darle un mal uso, Dios que controla en último término todas las cosas, negará nuestra petición y tratará de llevarnos al lugar donde entenderemos cómo usarlo debidamente. Cuando sus palabras permanecen en nosotros, pediremos sólo lo que El querría y ejercitaremos su poder sólo como El querría. Cuando usted se arrodilla para utilizar ese poder notarial, usted debe preguntarse: "¿Qué quiere Dios en esta situación?" o "¿Qué será mejor para sus intereses?" Esto es pedir de acuerdo a su voluntad. Esto es pedir en fe que significa confianza en el conocimiento de su voluntad. La fe no se engendra por una serie de repeticiones medio hipnóticas, sino que se fortifica por el conocimiento de aquel en quien se deposita, y esa clase de conocimiento viene por el estudio de la Palabra de Dios y por las experiencias con El a medida que avanzamos por la vida.

3. *Comunión y adoración.* Además de enfatizar la doctrina y la oración, la iglesia primitiva continuaba también en la comunión y en el partimiento del pan. Estas dos cosas, desde luego, tienen que ver con la adoración colectiva de la iglesia que es otro medio de santificación. "Muchos carbones juntos hacen un buen fuego", dijo Samuel Rutherford y la Biblia afirma que es necesario el compañerismo de grupo. El escritor a los hebreos les recordaba: "Considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de reunirnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos . . . " (10.24, 25). La adoración de grupo debe incluir la exhortación (Heb. 10.25), la edificación (1ª Cor, 14.26), la observación de la Cena del Señor (Hech. 20.7; 1ª Cor. 11.17 ss.), la lectura de la Palabra de Dios (Col. 4.16), el testimonio a los no convertidos (1ª Cor. 14.24), la predicación de oradores especiales (Hech. 20.7), la disciplina (1ª Cor. 5.4, 5), y el ejercicio general de los dones espirituales (1ª Cor. 12-14). Todas estas cosas son necesarias para avanzar la vida espiritual y la iglesia local tiene que practicarlas.

A veces encuentra uno un punto de vista no equilibrado de la vida victoriosa que desacredita a la iglesia local y sus actividades. Por ejemplo, algunos piensan así: Como la iglesia primitiva se reunía en casas particulares, nosotros debemos hacerlo también. Además, añaden frecuentemente, como las iglesias no aprecian nuestro énfasis en la vida victoriosa, tenemos que especializarnos en esa enseñanza en nuestras reuniones caseras. Semejante especialización se centra corrientemente en un hombre particular o grupo, o en los escritos de uno de ellos.

El error de semejante enseñanza es de tipo doble. En primer lugar, la iglesia primitiva se reunía por las casas sencillamente porque no podían edificar templos en que reunirse. El lugar de la reunión no caracteriza de modo destacado a la iglesia local. El carácter de la gente que profesa ser creyente, la presencia de organización en personas como diáconos y ancianos, el propósito del grupo de cumplir con la Gran Comisión, constituyen los elementos que distinguen a la iglesia local de un grupo de creyentes que se reúnen en cualquier lugar. En segundo lugar, tales grupos desorganizados de personas que se reúnen para fomentar su opinión de la vida victoriosa están en un error porque no estudian ni proclaman todo el consejo de Dios (Hechos 20.27). Con frecuencia, además, no tratan de evangelizar; más bien hacen prosélitos de otros grupos cristianos. Por lo tanto, ya que no llevan a cabo normalmente los propósitos ordenados por Dios para la iglesia local, no se califican como tal, aunque se reúnan en una casa como lo tuvieron que hacer en los tiempos apostólicos. Dios hace much énfasis en la iglesia local en el Nuevo Testamento; por lo tanto debemos considerar como sospechoso cualquier tipo de enseñanza que disminuya de alguna manera semejante énfasis.

Una parte vital de la adoración en la iglesia consiste en cumplir las ordenanzas. Aunque de por sí el bautismo y la Santa Cena no imparten gracia, sí pueden ser usados por el Espíritu como instrumentos por los que bendecir a los creyentes. El bautismo debe recordar a los que se bautizan y a los que lo contemplan

que se trata de la unión con Cristo en novedad de vida, (Rom. 6.1-10). En la Cena del Señor recordamos al Señor, tanto en la perfección de su vida como en la eficacia de su muerte. Una debida preparación para la Santa Cena incluye el examinarse a sí mismo y confesar cualquier pecado conocido (1ª Cor. 11.27-32), y, desde luego, si lo hacemos así será una contribución importante a la santificación práctica. Está claro que estas ordenanzas pueden ser medio para nuestra santificación, pero la tragedia es que hoy, con tanta frecuencia, vienen realizándose como una rutina, sin que el miembro corriente de la iglesia tome conciencia de la importancia que tienen.

4. *Otros medios de santificacón.* Indudablemente, si hiciéramos una lista de los medios de santificación, sería muy larga porque, en la práctica, toda actividad y circunstancia de la vida puede utilizarse para acercarnos más a Dios. El reconocimiento de las bendiciones de la gracia común promueven un espíritu de agradecimiento. Los talentos naturales pueden usarse para la gloria de Dios, generando bendición tanto al que los usa como a quien se beneficia de ellos. La unión de marido y mujer, que tiene siempre la analogía de la relación entre Cristo y su Iglesia, debe ser un constante recuerdo para que vivamos como a El le agrada. Las relaciones entre padres e hijos, jefes y empleados, gobernantes y gobernados, pueden ser medios de purificar la vida. Efectivamente, cada circunstancia puede ser un vehículo de bien para los hijos de Dios (Rom. 8.28). Frank E. Gaebelein, en su capítulo "Otros medios de la gracia", del libro *Doctrinas Básicas Cristianas,* pág. 267, dice: "Su gracia tiene horizontes infinitos, y los caminos por los que discurre son tan variados y multiformes como la vida misma."

No hay duda en cuanto a la provisión multiforme y sin límites de la gracia de Dios. El hace su parte, pero, como hemos visto, nosotros también tenemos que hacer la nuestra. Aunque Dios puede utilizar las relaciones y circunstancias para bien nuestro, podemos frustrar la gracia de Dios en estos asuntos. Así resulta imperativo que tomemos conciencia del hecho de que Dios opera por medio de varias circunstancias de la vida y que aprendamos las lecciones que El tiene para nosotros. Una sugerencia muy práctica en este aspecto es esta: Trate de orar cada día

que cada reacción a cada acontecimiento del día le lleve más cerca del Señor y nunca lejos de El. Pídale que ponga freno a las actitudes y sentimientos que podrían impedir el ministerio de su gracia en cada una de las situaciones que afronta cada día. Los medios de gracia para nuestra santificación están todos a nuestro alrededor y nosotros debemos usarlos al máximo para su gloria.

7
DEDICACION

No hay quizás asunto más importante en relación con la vida espiritual que la dedicación. Sin embargo, este concepto tan básico se confunde a menudo, especialmente cuando se lo hace parte de "fórmulas" para la vida victoriosa. Algunos presentan la dedicación como la contestación plena a los problemas todos de la vida cristiana; y otros le conceden poco lugar; en tanto que la mayoría no comprenden el lugar que tiene la rededicación en todo este asunto. El sentirse confundido en este punto es dañar toda la enseñanza bíblica sobre la vida cristiana.

Base de la Dedicacion

En toda la Biblia la llamada a la dedicación siempre se basa en bendiciones que ya se han concedido. En otras palabras, Dios apela a sus hijos para que dediquen sus vidas sobre la base de que El los ha bendecido ricamente. En ambos testamentos las bendiciones van relacionadas con la posición de su pueblo, ya sea en la nación de Israel o en la Iglesia, el cuerpo de Cristo. Aunque hay muchas "misericordias de Dios" que deben dar motivo al creyente para dedicarse, probablemente la primera en este fondo de la dedicación es la redención. Las "misericordias de Dios" de Romanos 12.1, que constituyen la base de Pablo para apelar a presentar nuestros cuerpos como sacrificio vivo, incluye ciertamente las dos menciones previas de la redención.

En Romanos 3.24 el apóstol ha recordado a sus lectores que su posición en Cristo como justificados por un Dios de justicia, es "mediante la redención que es en Cristo Jesús". En 8.23 mira adelante hacia la redención del cuerpo cristiano. La misma exhortación hace en 1ª Corintios 6. 19-20: "¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido

FIRMA ORIGINAL

comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios". La palabra traducida por *comprados* viene del verbo griego que significa *redimir*, de modo que la redención se hace base nuevamente para exhortar a glorificar a Dios en nuestros cuerpos.

Como la redención es tan básica para la dedicación, no estaría de más que veamos algunas de las cosas que encierra este concepto. La enseñanza del Nuevo Testamento sobre la redención se basa en tres palabras que se emplean para comunicar el concepto. La primera es una palabra sencilla que significa comprar, adquirir o pagar un precio por algo. Se emplea, por ejemplo, en este sentido ordinario de cada día en aquella parábola del tesoro escondido en un campo que movió al hombre a comprar (redimir) el campo (Mateo 13.44). En relación con nuestra salvación, la palabra significa pagar el precio que pide nuestro pecado para que podamos ser redimidos (Apoc. 5.9; 2ª Pedr. 2.1). Y solamente con la sangre de Cristo puede pagarse el precio.

La segunda palabra para redención es la misma primera palabra básica con un prefijo de preposición. Esto intensifica su sentido y al traducirse a nuestra lengua lleva el sentido de "fuera". Ya que la raíz de la palabra *redención* es palabra para el mercado (resultando su significado pagar el precio en el mercado), esta segunda palabra significa comprar para sacar del mercado. Es decir, la idea de esta segunda palabra es que la muerte de Cristo no solamente pagó el precio de nuestra salvación, sino que también nos sacó del mercado del pecado para darnos la seguridad de que nunca volveremos a la esclavitud y penas del pecado. La venida de Cristo fue "para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos" (Gál. 4.5). El uso de esta palabra compuesta en este versículo nos asegura de que nunca podemos perder la adopción de hijos y volver a estar en esclavitud.

La tercera palabra para redención es una palabra griega completamente diferente y significa que la persona comprada también queda suelta y libre en el sentido más pleno. Otra vez es Pablo quien dice que la muerte de Cristo tuvo lugar para "redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras" (Tito 2.14). Por tanto, la redención en

su pleno significado significa que por el derramamiento de la sangre de Cristo los creyentes han sido comprados, sacados y liberados.

Como quiera que la redención incluya la idea de libertad, ello significa que el hijo de Dios no es automáticamente siervo del nuevo Amo que le compró. Si fuera así, entonces la esclavitud del pecador sólo se habría cambiado de un amo (el pecado) a otro amo (Cristo). La verdad es que Cristo nos ha comprado para que podamos ser libres, y El no quiere servidores a la fuerza ni esclavos en cautividad. Por eso el Nuevo Testamento nos da exhortaciones, que no mandatos, para que nos ofrezcamos voluntariamente al Señor, dedicándole la vida. O poniéndolo de otra forma, a los que han sido liberados de la esclavitud del pecado se les pide que entren voluntariamente en la nueva servidumbre, y se hace la petición a base del mismo hecho que los hizo libres. El terrible precio de compra que fue la misma vida del Hijo de Dios debe darnos grandes motivos para que cada uno de nosotros desee vivamente entregar al Señor esa libertad que nos compró con su muerte.

Todo esto viene ilustrado de una manera hermosa en uno de los reglamentos de la ley mosaica. El esclavo hebreo que tenía que ser liberado por su amo hebreo al séptimo año podía escoger quedarse al servicio del dueño por el resto de su vida. Desde luego, la elección era enteramente voluntaria por parte del esclavo, pero si aceptaba quedar al servicio del amo por el resto de su vida, entonces el amo horadaba su oreja con una lesna. "Si él te dijere: no te dejaré; porque te ama a ti y a tu casa, y porque le va bien contigo; entonces tomarás una lesna y horadarás su oreja contra la puerta y será tu siervo para siempre; así también harás a tu criada" (Deut. 15.16, 17).

Observe las dos razones por las que un hombre podía elegir aquello: porque amaba al amo y porque el amo había sido bueno con él. Las misericordias de Dios, la base para nuestra dedicación, son mucho más grandes que las de ningún amo humano, y las bendiciones de una vida dedicada al servicio de Dios son mucho más ciertas en su riqueza. Es difícil, por tanto, comprender por qué tantos vacilan en dedicarse al Señor.

Esfera de la Dedicacion

¿Qué tiene que dedicar el cristiano? La contestación es "él mismo." Así lo leemos en Rom. 6.13: "presentaos vosotros mismos a Dios . . . "; en Rom. 12.1: " . . . que presentéis vuestros cuerpos . . . "; en 1 Cor. 6.20: "glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo . . . "; en Sant. 4.7: "someteos, pues, a Dios . . . ". Esto constituye la enseñanza clara de la Escritura y se refiere a nuestro cuerpo. Siendo así, se deduce, por tanto, que la dedicación se refiere a los años de la vida, ya que ese es el único período en que funciona el cuerpo. La dedicación se refiere a esta vida de hoy, no a la otra vida.

Muchas veces en nuestros días se confunde la dedicación con la salvación. No debemos divagar mucho sobre este punto, sino para decir que la salvación se refiere a mi relación personal con Jesucristo como mi sustituto por el pecado, el cual, de no ser pagado, me llevaría a la condenación eterna. La dedicación se refiere a la sujeción de mi vida a Jesucristo en tanto que yo viva. Así que la salvación se refiere al asunto del pecado; la dedicación se refiere a mi sujeción a Cristo. Pero con frecuencia los que hablan de la vida victoriosa hacen de la dedicación una condición de la salvación, y esto no es otra cosa que añadir las obras a la gracia de Dios. Más adelante nos extenderemos sobre ello en otro capítulo.

Si la dedicación se refiere a los años de nuestra vida, tiene por objeto principal el dominio de esa vida. Sencillamente la dedicación se refiere a la decisión entre que yo guíe mi vida o que la dirija Cristo. La dedicación sólo de modo secundario tiene que ver con las consecuencias o detalles de la vida. Sin embargo a menudo se ha hecho de éstos la sustancia misma de la dedicación. Lo que quiero decir es esto: La dedicación no plantea la cuestión de si, por ejemplo, uno debe ir al campo misionero; ni pregunta si uno debe entregar su negocio en manos del Señor. Lo que sí hace es enfrentar al cristiano con la pregunta de quién va a ser dueño de los años de su vida. Y una vez que esto se haya decidido, el asunto de la misión o del negocio, lo mismo que cualquier otro detalle de la vida, quedará automáticamente incorporado en esta decisión básica.

Ahora bien, es verdad que frecuentemente el Espíritu Santo planteará al cristiano la cuestión básica del control por medio de alguna circunstancia secundaria de detalle. Con frecuencia puede ser alguna decisión de negocio, o de la obra en que uno debe emplear la vida, que saca a la luz la cuestión del dominio de toda la vida. Pero la dedicación jamás debe presentarse como asunto de ceder a *algo* o en alguna *esfera,* sino que siempre debe dirigirse a *alguien,* al Señor mismo.

El dedicarse en alguna esfera o en relación a alguna cosa significará, desde luego, que solamente aquella esfera o cosa de la vida se ha entregado al control del Señor. Luego, en el transcurso de la vida la persona se enfrentará con otro problema o decisión, tendrá nuevamente que resolver si entregarlo o no al Señor. Y así nuevas elecciones se presentarán delante del cristiano a lo largo de su vida. Cada vez tendrá que enfrentarse con la decisión de la relación básica que ha de tener con la voluntad del Señor. Será como quien limpia un jardín. Este año quita una mala hierba; otro año, otra. Pero mientras tanto brotan otras malas hierbas y nunca hay una resolución firme en cuanto a la voluntad de Dios. Pero si uno dedica su vida con todos sus problemas, decisiones, situaciones y circunstancias, conocidas y desconocidas, a medida que surjan las decisiones siempre podrán enfrentarse a la luz de ese hecho que ha habido una entrega básica, total y por toda la vida a la voluntad de Dios.

La esfera de la dedicación, por lo tanto, es toda la vida de la persona. Incluye los detalles de la vida, pero no como medio de dedicación, sino como resultado de la dedicación.

Componentes de la Dedicacion

La vida dedicada (que es el acto inicial de la dedicación más la continua práctica) requiere al menos tres rasgos principales. Se describen claramente en Romanos 12.1-2 que, sin duda, constituye el pasaje central y favorito del tema, aunque no se interpreta siempre correctamente.

1) En primer lugar, tiene que haber una presentación inicial, decisiva y crítica. Eso se representa en el griego por el infinitivo aoristo que se emplea y que se refuerza por el imperativo aoristo de Romanos 6.13 b. El aoristo representa una acción en

un punto de tiempo, o un acontecimiento aunque cubra un período corto o largo. Pero no representa la acción como una serie de actos repetidos como lo hace el tiempo presente, por ejemplo. En consecuencia, la presentación del cuerpo es un acto simple e irrevocable de entrega más bien que una serie de actos repetidos de dedicación. Además, la presentación del cuerpo es razonable, racional o lógico, en vista de la grandeza de las misericordias de Dios en la salvación. También es una cuestión de sacrificio porque se nos pide vivir para Cristo en la rutina diaria como igualmente en las más inesperadas ocurrencias de la vida. Nosotros hemos de ser sacrificados vivos y no muertos. Y, desde luego, semejante presentación ha de ser completa. Reclama todo nuestro cuerpo, o como lo dice Pablo en 6.13, "presentaos vosotros mismos."

Esto significa claramente una presentación total, no parcial, e incluye todo cuanto sabemos de nosotros mismos en el momento de la presentación y todo el futuro desconocido. Incluye lo bueno que tengamos también y lo malo. No entregamos al Señor solamente aquellos aspectos de nuestra vida que escapan a nuestro control o de los cuales deseamos desembarazarnos, sino que le damos todo, incluso nuestras buenas características y talentos. Y todo es para que El lo use o no, según El considere. Esta es la presentación de nuestra dedicación, lógica, de sacrificio, total y decisiva.

2) La vida dedicada requiere, además, una separación o disconformidad con el tiempo malo en que vivimos (Gál. 1.4). Quizás podamos entender lo que significa disconformidad, mirando a lo opuesto. El carácter de la conformidad es, realmente, hipocresía, ya que el sentido de la palabra que aquí se emplea es que la apariencia externa se parece a la del mundo, aunque haya tenido lugar en el corazón esa transformación del nuevo nacimiento. La conformidad, pues, tiene dos caras y se asemeja al carácter de Satanás porque él, aunque por dentro mentiroso desde el principio, puede transformarse a sí mismo en verdadero ángel de luz (2 Cor. 11.14; tenemos aquí la misma palabra básica). Aunque sea trágico, es verdad que muchos cristianos, aunque sean hijos de la luz, van cubiertos por el velo de este siglo malo.

El sentido de la disconformidad encierra la idea de no estar

de moda. Es una expresión muy viva y aclara el sentir de la Palabra de Dios respecto de tantas de nuestras ambiciones, actividades, propósitos, normas y programas que, frecuentemente, siguen los caminos y métodos de estos días más bien que los caminos de la gloria de Dios. La separación del mundo, o la no conformidad con él, es no seguir la costumbre o la moda y, por supuesto, tiene que ser una característica de la vida dedicada al Señor.

3) La tercera característica o rasgo de una vida dedicada es la transformación. Tanto la separación como la transformación son precisas. La una es negativa y la otra es positiva. La una es más externa y la otra es más interna. La transformación positiva la realiza el Espíritu Santo (2 Cor. 3.18), pero el centro de ella es la mente. Quizás sea esto algo inesperado, pues pensamos tal vez que lo que se necesita es el corazón limpio, o la vida limpia, antes que la mente. Sin embargo, en este pasaje se ve a la mente como centro de la actividad transformadora del Espíritu Santo en la vida del creyente. Con demasiada frecuencia pensamos en la total depravación como si afectara al hombre desde el cuello hasta los pies, y de modo inconstante eliminamos la cabeza de los efectos del pecado. Por lo tanto concluimos que lo que pensamos o las actitudes que adoptamos quedan libres de los efectos de la caída. Pero no es así, y el hecho de que la transformación de la vida se centre en la mente lo demuestra. Tenemos que pensar según las normas de Dios para que se transformen nuestras vidas a su semejanza. Dios que es luz, santidad y verdad es nuestro ejemplo y no el mundo con todas sus falsificaciones. Resumiendo la necesidad de la separación y transformación, el padre de la Iglesia, Tertuliano, lo puso de esta manera: "Pero el Señor nuestro, Jesucristo, se ha llamado a sí mismo Verdad y no costumbre".

La Frecuencia de la Dedicacion

¿Debe repetirse el acto de la dedicación? Ya se ha dicho bastante para indicar que este autor cree que no. El uso del tiempo aoristo en estos versículos sobre la dedicación basta por sí solo para apoyar esta creencia. Solamente la predicación de muchos oradores sobre la vida victoriosa y la aparente necesidad de muchos cristianos parece favorecer la rededicación. ¿Cuál es la verdad acerca de este asunto?

El cuadro que presenta la Escritura es el de un acto inicial de dedicación que incluye todo el ser para toda la vida. Esto no debe retractarse nunca; por tanto, cuando una persona dedicada se encuentra en una encrucijada de la vida o se enfrenta con una decisión, no tiene que decidir de nuevo si va a hacer o no la voluntad del Señor. Eso ya se decidió para siempre en el momento de crisis cuando se dedicó. Sólo debe buscar cuál sea la voluntad del Señor en esa situación determinada; y entonces la hará con alegría. Tal es el cuadro bíblico de la vida dedicada al Señor. Pero lo que ocurre es que tantas veces los cristianos, al llegar a tales encrucijadas y decisiones, eligen no seguir lo que saben que es la voluntad del Señor. En tales casos entra el pecado y se viola aquella dedicación. En el momento determinado, en vez de hacer la voluntad del Señor, hacen su propia voluntad. Pueden no hacer la voluntad del Señor en una gran parte o en una pequeña parte de la vida, pero en cualquiera de los casos faltan a su voto de dedicación.

¿Qué se necesita en tales casos para remediar la situación? ¿Será un rededicación? En un sentido, se podría llamar así, pero es emplear la palabra básica *dedicación* con un sentido diferente. La rededicación (si se le llama así) no es hacer de nuevo la misma cosa que ya se hizo en el tiempo de la dedicación. Por lo tanto la rededicación implica algo diferente de la dedicación. Con semejante uso, la rededicación significa volver al camino en que se encaminó en el momento de la dedicación. Probablemente sería mejor llamar al remedio restauración, y esto viene por la confesión del pecado. El elegir hacer la voluntad propia, aunque se haya dedicado, es en verdad posible, ya que Dios no nos quita la libertad de elección cuando nos dedicamos a El. Cuando deseemos reconocer y admitir que hemos pecado así, el remedio no es la rededicación sino la confesión del pecado y la restauración al lugar de comunión. Entonces podremos seguir viviendo la vida dedicada. No es necesario empezar de nuevo, y aunque el pecado deja su huella, no significa siempre que todo se ha perdido. La confesión y la restauración pueden ser, por lo mismo, frecuentes en la vida del cristiano dedicado. A decir verdad,

ocurrirán en la vida del cristiano en tanto viva en su cuerpo. Pero una rededicación (significando hacer de nuevo lo mismo que se hizo en la dedicación) no es la forma exacta de expresar el remedio.

Si la rededicación no es un concepto equivocado en verdad (si significa restauración), ¿a qué tales disquisiciones sobre el uso de la palabra? Veamos por qué. En la práctica un énfasis sobre la rededicación le da a uno la idea de que necesariamente hay que arrancar tal pecado, abandonar tal injusticia, cambiar tal falta, de modo que si uno se rededica con cierta frecuencia al fin llega a estar dedicado. La rededicación viene a ser un medio de dedicación, no una ruta para la restauración. Por ello el énfasis se hace confuso, si no estropea el crecimiento normal del cristiano. Cada predicador siente la tentación de ver perfectamente muchas decisiones sobre problemas particulares en las vidas de las personas, más bien que una dedicación de crisis, genuina y completa, y por eso se predica tanto sobre la rededicación. Pero es muchísimo mejor estar seguro y claro sobre lo completo de la dedicación, especificar a la gente sobre en cuál lado de la línea de la dedicación se encuentra, y aclarar la diferencia que hay entre la dedicación verdadera y la violación de la dedicación que requiere la confesión y la restauración como remedio.

Así que déjeme tomar mi propio consejo de ser claro e ir al grano. Cada creyente se encuentra a un lado u otro de la dedicación. O hemos realizado esta entrega para toda la vida o no lo hemos hecho. O hemos tomado plena conciencia de quién dirige nuestra vida o hemos tratado de arrancar pecados uno a uno. Si nunca se ha hecho una dedicación de la vida, este es el próximo paso que el lector debe tomar. Si ya lo ha hecho, siempre resulta provechoso examinar el estado actual de aquella vida dedicada. Si por alguna razón se ha violado esta vida de dedicación en algún punto, entonces el remedio es la confesión a Dios y la restauración hecha por Dios. Esto puede hacerse en cualquier momento, incluso ahora al leer estas palabras.

Los Resultados de la Dedicacion

La dedicación comporta muchos resultados detallados, pero

aquí queremos concentrarnos en los resultados que se dan en dos esferas principales de la vida. La dedicación, ante todo, se relaciona con la voluntad de Dios. En Romanos 12.2 leemos que el resultado de la preparación, separación y transformación es que "comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta". Esto significa que la dedicación lleva consigo el conocimiento, el hacer y el gozar de la voluntad de Dios para la vida. Una vida vivida a la luz de la voluntad de Dios no es una vida sin pecado, sino que es una vida dirigida por el camino recto, una vida que crece y madura cada día.

La dedicación, además, tiene relación con el ser llenos del Espíritu Santo. El ser llenos del Espíritu es ser llevados por el Espíritu. El dedicar la vida a Dios es dejar que El la dirija. Así la dedicación permite al Espíritu Santo que llene la vida del creyente. Una vida que no se ha dedicado al Señor reserva la dirección para sí mismo y de esta forma impide que el Espíritu llene a la persona. Desde luego, la dedicación, al ser violada, impide el ministerio de llenar del Espíritu; pero sin la experiencia inicial de la dedicación no puede haber tampoco la experiencia real de ese vital ministerio del Espíritu. Consecuentemente, la dedicación es requisito previo para ser lleno del Espíritu Santo. No es esto todo lo que va incluido, pero lo demás dejamos para otro capítulo.

Estos son algunos aspectos de la dedicación y de la vida dedicada. Este es el punto de partida para una vida victoriosa. Sin él no hay victoria y con él tenemos asegurada la base para la victoria.

8

EL DINERO Y EL AMOR A DIOS

Una de las pruebas más importantes de la verdadera espiritualidad pocas veces se trata en los libros o sermones sobre el tema. Estamos prontos a pintar la imagen de la espiritualidad con los colores de un profundo conocimiento de la Biblia, alargadas sesiones de oración o prominencia en la obra del Señor, lo que no solamente es engañoso sino que resulta decepcionante en alto grado para el creyente de tipo medio que no puede imaginar que estos rasgos formen parte de su vida. Por lo tanto, llega a pensar que tales manifestaciones grandes de la espiritualidad nunca se verán en su vida.

Es verdad que la vida espiritual vital viene relacionada con comunión con el Señor en su Palabra y la oración, y con el servicio para el Señor en su obra. Pero nuestro amor al Señor puede demostrarse con algo que forma parte importante de la vida de cada uno, esto es, el uso del dinero. La forma en que empleemos el dinero demostrará la realidad de nuestro amor por Dios. En algunos aspectos, demuestra más claramente nuestro amor que el crecimiento bíblico, las muchas oraciones o la prominencia del servicio. Estas cosas pueden fingirse, pero el uso de nuestras posesiones mostrará lo que realmente somos.

El Dar

El apóstol Juan relaciona el dinero con el amor de Dios cuando dice: "Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?" (1ª Juan 3.17). Este versículo va precedido de uno que dice que debemos poner nuestras vidas por los hermanos como la más grande prueba de amor. Pero, desde luego, la mayoría de los cristianos no tendrán nunca la oportuni-

dad de llegar hasta ese extremo, aun si se valdrían de la oportunidad si acaso se les presentara. ¿Cómo, pues, puede el creyente en circunstancias ordinarias mostrar que ama a su hermano y, por consiguiente, a Dios? La contestación es simple: por dar dinero y bienes a su hermano. Si no lo hace, entonces muestra, no sólo que no ama a su hermano, sino que no ama a Dios. Apenas hay alguien que no puede dar; por lo tanto, todos pueden mostrar por este medio la medida de su amor a Dios. El dar dinero y objetos es manifestación y responsabilidad de una vida verdaderamente espiritual.

¿De qué manera cumplimos debidamente esta responsabilidad? Sin ninguna apología, el Nuevo Testamento hace gran énfasis en el hecho de dar. Hay mandamientos, sugerencias prácticas, admoniciones, ejemplos y exhortaciones referentes a este importante ministerio. En todas partes de la Biblia se condena la mezquindad, la codicia y la avaricia, en tanto que se alaban la generosidad, la hospitalidad y la caridad. El dinero no es un tema carnal o mundano que hay que evitar o del que se habla solamente después de haberse considerado los asuntos "más importantes". La misma palabra empleada para nuestra comunión con el Señor es la que se emplea en relación con la comunión de recolectar el dinero (2 de Corintios 8.4). Esto subraya claramente el carácter espiritual del dar. Además, el dar es un don espiritual (Romanos 12.8) que está al alcance de todos los creyentes para tenerlo y usarlo. Y es un don que todos los cristianos pueden ejercitar sin tener en cuenta la situación financiera del individuo.

Siempre hay una tendencia, cuando leemos pasajes bíblicos que hablan del dinero o de la gente rica, de aplicarlos a otra persona. Invariablemente miramos a la persona que se encuentra en mejor situación económica que nosotros, aplicándole a él los susodichos pasajes. Con muchísima facilidad olvidamos que hay otras personas que están en el escalafón inferior al nuestro en materia de posibilidades económicas, los cuales pudieran mirarnos a nosotros ¡para aplicarnos la enseñanza a nosotros! Cada uno de nosotros es rico en comparación con otra persona, de modo que tales enseñanzas se aplican a cada uno de nosotros.

¿Cuál debe ser la norma que nos guíe para este dar de gracia?

Indudablemente, el pasaje bíblico que más concisamente nos presenta el principio básico de dar es 1ª Corintios 16.2: "Cada primer día de la semana cada uno de vosotros ponga aparte algo, según haya prosperado, guardándolo para que cuando yo llegue no se recojan entonces ofrendas". En este solo versículo se encierran cuatro principios sobre el dar.

1) El dar es responsabilidad de cada uno: "cada uno de vosotros". La gracia no hace que el dar sea opcional, sino que es privilegio y responsabilidad de cada cristiano y es la manifestación concreta de su amor hacia Dios. El dar es asunto personal en el que cada creyente mantiene una responsabilidad individual y directa con el Señor como si fuera el único cristiano en el mundo. Lo que usted da es asunto suyo personal, con tal que da y lo hace consultando con Dios ante el cual todas las cosas están desnudas y abiertas.

2) El dar ha de ser proporcionado: "según haya prosperado". No se halla regla fija y firme sobre la cantidad en los principios del Nuevo Testamento sobre el dar. Esto constituye un claro contraste con las normas del Antiguo Testamento que requerían dar el diezmo de todo a los levitas (Lev. 27.30-33), quienes, a su vez, entregaban el diezmo de lo que recibían a los sacerdotes. Además, los judíos entendían que un segundo diezmo (la décima parte de las nueve restantes) tenía que ponerse aparte y consumirse en una comida sagrada en Jerusalén (Deut. 12.5-6, 11, 18; quienes vivían lejos de Jerusalén podrían traer dinero). Más aún, cada año tercero había que tomar otro diezmo para los levitas, extranjeros, huérfanos y viudas (Deut. 14.28, 29). De este modo, la proporción quedaba claramente especificada y cada israelita venía obligado a llevar al Señor aproximadamente el 22 por ciento de sus ingresos anuales. En contraste con ello, el Nuevo Testamento dice simplemente "según haya prosperado". Esto puede significar un 8, 12, 20, 50 por ciento, cualquier porcentaje según el caso individual. Puede también significar una proporción variable de año en año, porque no hay razón para creer que la proporción conveniente de un año haya de ser la misma para el año próximo. Cuando llega la prosperidad, como sucede a muchos cristianos, debe emplearse para dar más y no necesariamente para comprar más cosas. Cada vez que el cristiano da, ha de reflexionar sobre la bendición del Señor en su vida y determinar la proporción que, a su vez, debe devolver al Señor. La variación de la proporción significa justamente eso, no un mero aumento o disminución de la cantidad que se da, sino un cambio en la proporción de los ingresos de uno que se da al Señor (que, desde luego, cambiará la cantidad).

3) El dar ha de estar en depósito privado: "ponga aparte algo". Contrariamente a la creencia corriente, el cristiano no viene obligado a entregar a la iglesia su donativo cada semana. La palabra griega significa reunir y guardarlo aparte, amontonar, atesorar. La idea es personal, es decir que el don se ha de conservar en privado, no como depósito público. El cuadro de este versículo es claramente el de un fondo privado donde el creyente coloca sus dones proporcionados y determinados del que luego distribuye cantidades para fines específicos. Esto no significa que el poner en dicho fondo o el sacar del mismo sea cosa espasmódica. Tampoco significa que el dar regularmente o incluso la promesa o compromiso sea contrario a los principios del Nuevo Testamento sobre el dar (cf. 2 Cor. 8.10, 11 donde se hizo una promesa y donde Pablo exhorta a cumplirla). Pero sí significa que debe haber, aunque pequeña, una cantidad de dinero disponible para dar, según dirija el Espíritu, tanto regular como ocasionalmente.

4) El dar debe ser cosa periódica: "el primer día de la semana". Ya se ha señalado que el dar no debe ser cosa errática. El depositar en el fondo debe hacerse cada domingo. El Día del Señor es el día que el Señor ha señalado para llevar las cuentas, determinar las proporciones y colocar en el fondo. Las Escrituras no dicen mucho acerca de lo que el cristiano debe o no debe hacer en domingo, excepto que debe reunirse con los otros creyentes en adoración (Heb. 10.25) y hacer sus ofrendas (1 Cor. 16.2). A pesar de que uno no debe convertirse en ritualista referente al asunto de dar para el Señor en domingo, tampoco debe tratar el tema con ligereza. Se trata de un mandamiento del Señor al que debemos prestar atención. Yo he tenido la práctica de ponerlo por obra y, aunque parezca extraño, el hacerlo en el Día del Señor parece aportar una nueva bendición. Con frecuencia, además, el Día del Señor ofrece una mejor

ocasión, apartados de las distracciones y deberes de la semana para reflexionar más clara y cuidadosamente sobre este asunto importante. Uno de mis estudiantes lo puso en práctica durante un año y luego dio cuenta de las bendiciones que reportó para su familia, puesto que, reunida la familia como grupo el domingo por la tarde, pensando y orando juntos en cuanto al dar para el Señor, se robustecieron sus lazos espirituales. Si Dios lo ha sugerido, ciertamente vale la pena probarlo.

Alguno dirá, sin embargo, ¿por qué tanta molestia? ¿Por qué no apartar el diezmo de cada sueldo o salario y ponerlo en la bandeja de la colecta cada domingo? La palabra *diezmo* aparece en el Nuevo Testamento solamente ocho veces (Mat. 23.23; Luc. 11.42; 18.12; Heb. 7.5, 6, 8, 9). En las referencias de los Evangelios se emplea en relación con lo que los fariseos estaban haciendo para cumplir con sus obligaciones de la ley mosaica. En las referencias de Hebreos el diezmar se emplea para probar la inferioridad del sacerdocio levítico al sacerdocio de Melquisedec. Ya que Leví pagaba diezmos en Abraham cuando Abraham se encontró con Melquisedec, demuestra la superioridad reconocida de Melquisedec y de su sacerdocio. El pasaje no llega a decir (como a veces se implica) que los cristianos debemos, en consecuencia, pagar diezmos a Cristo nuestro Sumo Sacerdote.

No hay duda de que el diezmo formaba parte de la ley mosaica (Lev. 27.30-33). Era un factor importante de la economía de Israel. La ley nunca se dio para los gentiles y se anuló expresamente para los cristianos (Rom. 2.14; 2 Cor. 3.7-13; Heb. 7.11, 12). Tampoco son para el cristiano las palabras de Malaquías 3, porque ¿qué cristiano se jacta de ser hijo de Jacob a quien se dirige el pasaje (v. 6)? Además, nunca se prometen en el día de hoy bendiciones materiales como recompensa automática por la fidelidad en cualquier aspecto de la vida cristiana, ni incluso en el dar. Lo que Dios promete son bendiciones espirituales (Efes. 1.3) y la provisión de las necesidades materiales (Fil. 4.19). El que uno prospere materialmente no es necesariamente señal de profunda santidad y de fiel diezmar, como, de modo contrario, la pobreza no es indicación de estar fuera de la voluntad de Dios (cf. el propio caso de San Pablo en Filip. 4.12).

Se puede preguntar, no obstante, si, toda vez que el diezmar

se practicaba antes de la ley, no deja sin importancia todo lo que hemos dicho anteriormente y deja el diezmar como principio adecuado para seguir al ofrendar. Ya que Abraham y Jacob diezmaban los dos, y ya que sus acciones eran anteriores a la ley, ¿no elimina esto el aspecto legal de diezmar y lo hace principio válido que seguir en nuestros días? La contestación sería afirmativa, de no existir otras normas para el ofrendar en el Nuevo Testamento. Si el Nuevo Testamento guardara silencio en este asunto, entonces, desde luego, buscaríamos guía en la Biblia donde quiera que pudiéramos encontrarla. Pero como el Nuevo Testamento nos da principios claros para regir nuestra forma de dar, no hay necesidad de volver hacia atrás a dos ejemplos aislados en el Antiguo Testamento para tal guía. El hecho de que algo se hiciera antes de la ley que más tarde se incorporó en la ley no hace que esa cosa sea necesariamente un buen ejemplo para nuestros días, en especial si el Nuevo Testamento nos ofrece mayor claridad en la norma a seguir hoy.

Ni siquiera el más ardoroso diezmador diría que hoy tenemos que guardar el sábado porque se observaba antes de la ley (Exod. 16.23-36). Sin embargo, esa es la razón que se aduce hoy para diezmar. El Nuevo Testamento nos enseña acerca de un nuevo día para la adoración y también nos enseña nuevas normas para el dar. El diezmar hoy siguiendo el ejemplo de quienes lo hicieron antes de la ley significaría que solamente el 10 por ciento de los ingresos de uno irían para el Señor y solamente en ciertas ocasiones. El diezmar a base de la enseñanza de la ley significaría que habríamos de entregar al Señor el 22 por ciento como pago de lo que se le debe. Pero el dar según la base del Nuevo Testamento podría significar cualquier porcentaje, en reconocimiento de que el 100 por ciento le pertenece a El. La obra del Señor nunca carecerá de apoyo si practicamos y predicamos los principios del Nuevo Testamento sobre el dar.

El dar proporcionado no significa que hemos de empezar dando el diezmo y luego hacer lo que más podamos cuando podamos. El dar proporcionado consiste en dar según Dios le haya prosperado. Si alguien considerara, después de orar, que la proporción para él sería del 10 por ciento, yo le aconsejo que dé el 9 o el 11 por

ciento para salirse del surco del 10 por ciento. La persona que da el 9 o el 11 por ciento se encontrará más sensible al cambio que quiere el Señor en su proporción que si da fijamente el 10 por ciento.

Cada creyente debe a Dios el 100 por ciento de lo que es y de lo que posee. La cuestión, pues, no es solamente cuánto debe entregar al Señor, sino también cuánto debo gastar para mí mismo. Sólo el dar proporcionado puede proveer la contestación correcta en este asunto para cualquier etapa de la vida. Nosotros damos porque El nos dio, no porque nos lo mandó; damos porque queremos, no porque tenemos que dar; damos porque le amamos a El y mostramos nuestro amor más concretamente de esta manera. Si, a su vez, el Señor nos bendice materialmente, le alabamos; y si no, todavía le alabamos. Esto es dar de gracia, y esta es la prueba de nuestro amor por Dios.

Hace años Lewis Sperry Chafer escribió algunas palabras hermosas sobre el tema de "El dar con la guía del Espíritu". Definió esto como "el depender solamente del Espíritu de Dios para dirigir los donativos en el caso de cada persona, y luego estar dispuesto a contentarse con los resultados de esta confianza". Aunque no negaba la necesidad de estar bien informado acerca de las necesidades, expresaba el temor de que "demasiadas de nuestras iglesias han sido enseñadas a responder solamente a la persistente petición humana, lo que, como alguna medicina, requiere una dosis siempre creciente para producir los resultados apetecidos". Practicando este principio de información sin solicitación, D. M. Stearns acostumbraba leer a su congregación mensajes de obreros cristianos y luego instruir a la gente que guardasen sus donativos hasta que el no dar agobiara su alma. "¡Cuán celosamente debe guardarse el donante contra toda clase de presión humana que pudiera extraviarle de cumplir con su responsabilidad dada por Dios, la cual es hallar y hacer la precisa voluntad de Dios . . . ¿ Da usted en obediencia a la voz apacible y delicada del Espíritu Santo? ¿Forma usted también parte del gran sistema divino de la fe?" Esto es dar de gracia porque es un dar guiado por el Espíritu Santo y constituye una de las experiencias más bendecidas que el creyente pueda tener.

El Comprar

El dar es sólo la mitad de la historia del dinero y de nuestro amor a Dos. Si todo viene del Señor y todo le pertenece, y si nos hemos dedicado a El, no solamente es importante lo que le damos a El, sino también lo que gastamos en nosotros mismos como indicativo de nuestro amor. Razonamos engañosamente cuando pensamos que, al haber dado una parte de nuestros ingresos al Señor, el resto nos pertenece. Es todo suyo, y nosotros solamente usamos una parte para nosotros mismos.

Aunque el término medio de los ingresos de una familia haya subido considerablemente en comparación con el de hace unos años, la queja universal es: "No tengo suficiente dinero". Todo el mundo parece querer más, lo que, desde luego, no es de sí malo. Pero uno se pregunta para qué la gente quiere más dinero. Parece que son muy pocos los que tienen esta meta para aumentar sus donativos para la obra del Señor. Considerando todas las cosas en junto, en muchísimos casos la ambición es tener más cosas. Hoy la vida económica abundante parece haberse convertido en la vida necesaria.

Alguien, quizás, se preguntará: ¿Qué hay de malo en tener más bienes materiales? ¿Qué hay de malo en que consideremos hoy los lujos de la generación pasada como necesarios para nosotros en en esta generación? ¿No es eso el progreso? ¿No quiere Dios que gocemos de todas las cosas? Después de todo, la Biblia no condena las cosas, simplemente condena el amor a los cosas.

No hay duda de que el uso que hace el cristiano del dinero es objeto de presiones y empujones desde todos los lados, ya sea de la industria de la publicidad, ya sea de nuestros propios deseos o del mundo que nos rodea. Cada hijo de Dios tiene necesidad de ayuda para descubrir lo que es bueno y lo que es malo en el uso del dinero, particularmente un una edad de prosperidad y de pleno empleo. Si los tiempos fueran duros y el dinero escaso, muchos de los problemas desaparecerían automáticamente. Es una verdad a veces pasada por alto, que resulta más fácil vivir por fe cuando *no* se tiene dinero que cuando se tiene. Después de todo, cuando no se tiene nada, poco puede uno escoger sobre la forma de vivir. Está uno mucho más inclinado, si no forzado, a vivir en total dependencia del Señor. Pero cuando uno tiene dinero

en el banco, puede escoger. Lo puede gastar por fe o gastarlo como él mismo desea. Así que en una situación de abundancia, resulta muy importante usar debidamente la riqueza que Dios nos da.

¿Qué dice la Biblia acerca del uso del dinero? ¿Son mundanos los lujos? ¿Puedo tener un automóvil nuevo, incluso un automóvil grande, en la voluntad del Señor, por ejemplo? Desde luego, la Biblia no dice si muchas cosas particulares son buenas o malas, si se deben comprar o tener. Pero las Escrituras sí nos dan algunos principios claros por los que debe gobernarse el uso de todo el dinero, porque Dios no está únicamente interesado en el porcentaje que le damos, sino en el 100 por ciento de lo que poseemos.

El pasaje de la Escritura que nos da estos principios muy poco viene a la memoria cuando se menciona la cuestión del dinero. Se trata de 1ª Timoteo 6. Una característica interesante de esta primera carta a Timoteo es la relación entre los falsos maestros y el dinero. Y, sin embargo, no es una relación inesperada, porque los falsos maestros son, por lo general, egoístas en su apetencia por dinero, y la falsa doctrina afecta al uso debido del dinero lo mismo que a cualquier otro aspecto de la vida. Una actitud no escritural respecto del dinero es un verdadero peligro espiritual.

En contraste con la enseñanza de los falsos maestros, el principio general de Pablo que gobierna todo lo referente a la riqueza es este: "Gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento" (1 Tim. 6.6). La gran ganancia no resulta necesariamente de tener dos automóviles en el garage, sino de la piedad acompañada de contentamiento. Esta palabra *ganancia* significa "necesidades básicas". La piedad con contentamiento es la necesidad básica de la vida del cristiano. No importa lo que tenga un hombre, si no tiene esto, sólo tiene una superestructura sin cimientos.

¿Qué es la piedad? Incluye al menos lo que describe Pablo en el versículo 11 como "justicia, fe, amor, paciencia y mansedumbre". El contentamiento incluye aquellos recursos internos colocados en la vida del creyente por gracia, los que le harán contento dentro de los variados humores y circunstancias de la vida. Es el contentamiento de saber "vivir humildemente y . . . tener abundancia" (Fil. 4.12). Esto no significa que un hombre no debe tratar de mejorar su situación en la vida, pero sí significa que

el contentamiento requiere aprender a querer la voluntad de Dios, sin tener en cuenta las circunstancias en que ella conduzca a una persona. Contento en la escasez, contento en la abundancia, recordando que a veces es más difícil estar contento en la abundancia que en la escasez. Este es el primer gran principio que ha de guiar el creyente por el laberinto de la vida abundante.

En términos del vivir diario, este principio significa, entre otras cosas, que la adquisición de la última máquina o instrumento que aparezca en el mercado no es lo más importante de la vida. El creyente que no se ve así rodeado de las últimas novedades no ha de sentirse frustrado, aunque los vecinos y otros cristianos estén mirando lo que está delante de sus ojos, porque, todavía, Dios está mirando el corazón. En el corazon de sus hijos el Señor quiere primeramente encontrar la piedad con contentamiento. El comprar demasiado puede ser una demostración de nuestro amor por las cosas y una prueba de falta de amor a Dios.

Para que nadie piense que este principio justifique el vagar en meditación piadosa durante todo el día sin prestar atención a las responsabilidades financieras, Pablo lo hace más que claro que el cristiano viene obligado a sostener a su ministro (1 Tim. 5.17, 18) y a su familia (5:8). El dejar de hacerlo es clasificarse peor que un incrédulo.

Otro gran principio de este capítulo es: No ames el dinero ni lo que pueda comprarse con él. "Porque raíz de todos los males es el amor al dinero" (6.10). Por un lado significa que el cristiano no debe codiciar el dinero ni las cosas que compre el dinero. Por otro lado no dice que el cristiano no debe gozar de las cosas que Dios le da, si están colocadas en su justa perspectiva y compradas en la voluntad del Señor. Es importante, además, el hecho de que este versículo no dice que el dinero en sí sea malo, sino la actitud que se adopte frente a él. A decir verdad, Pablo dice en este mismo capítulo que Dios nos ha dado todas las cosas para que los disfrutemos (v. 17). Hay personas fraudulentamente piadosas que se enorgullecen o aparecen falsamente humildes por lo que no tienen. No hay que mostrar una falsa humildad ni siquiera un sentimiento de vergüenza cuando *Dios* le da a usted algo. Y si se trata de algo nuevo en la voluntad del Señor, esté agradecido, gócese en ello y no tenga vergüenza de tener algo

nuevo y bonito. Por otro lado, si hay que quedar con el modelo del pasado año, cuando otros cristianos tienen el más nuevo, deje que la piedad con contentamiento, no el amor a las cosas, gobierne en el corazón. Es importante también recordar que el conseguir algo con descuento no hace que necesariamente esté bien. Hay cosas que están mal a cualquier precio.

Desde luego, muchas "cosas" no tienen carácter moral en sí mismas. Es la actitud del creyente hacia las cosas y no las cosas mismas la que constituye lo bueno o lo malo. Un automóbil no es malo. Un automóbil nuevo tampoco lo es. Ni lo es el *mejor modelo* de un nuevo automóbil. Pero sí puede ser malo el automóbil usado más barato cuando el cristiano está empeñado en deudas y mezquino en cuanto a dar a Dios. El sistema de este mundo ha dejado a Dios fuera; así que toda compra que se hace dejando a Dios fuera constituye un flirteo con el sistema mundano. La lógica de decir: "Era una buena ocasión" o "se trata de rebajas" no es en sí un razonamiento que justifique el gastar dinero fuera de la voluntad del Señor.

Por lo tanto, una doctrina de cómo comprar y probar nuestro amor por Dios en cualquier situación económica es básicamente ésta: 1) Aprenda el contentamiento en la voluntad de Dios, sea cual fuere la circunstancia de la vida; 2) ame a Dios más que a ninguna cosa poseída o deseada. Cuando llegue la prosperidad, como les ha pasado a muchos creyentes, el cristiano espiritual debe considerarla como ocasión para dar más (en proporción, no sencillamente en cantidades monetarias) y no es necesariamente para comprar más.

Pablo concluye este capítulo de principios sobre las finanzas personales con esta advertencia (no sólo a quienes tienen unos ingresos grandes sino que se aplica a la mayoría de los cristianos de hoy): "A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. Que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos, generosos, atesorando para sí buen fundamento para lo por venir, que echen mano de la vida eterna" (1 Tim. 6.17-19)

Un cristiano espiritual practicará el dar pleno en tiempos de

pleno empleo, ofrendas infladas en tiempos de inflación económica, y un cuidadoso plan de compras en toda ocasión. Y por el uso que haga de todo su dinero se verá si tiene o no el verdadero amor a Dios.

9

EL USO DE SUS DONES

Uno de los usos principales de la palabra *espiritual* tiene por objeto designar los dones espirituales que Dios concede a su pueblo (Rom. 1.11; 1 Cor. 12.1; 14.1). Son dones espirituales porque el Espíritu los concede y el uso debido de ellos es la responsabilidad del que quisiera vivir la vida espiritual. A pesar de ello, hay muchos creyentes que no tienen concepto alguno del sentido de los dones espirituales, ni imaginan cuál pudiera ser su don, ignorando cómo deben usarse los dones para servicio de los demás. En consecuencia, no pueden vivir la vida espiritual en su plena expresión. En contraste, el hombre espiritual sabe cuáles son sus dones espirituales y los emplea.

¿Que es un Don Espiritual?

Aunque la palabra griega para don espiritual se emplea en una variedad de significados en el Nuevo Testamento, por lo general se refiere a las capacidades o habilidades especiales que Dios da a los hombres. Con la excepción de 1 Ped. 4.10, solamente Pablo la emplea en el Nuevo Testamento. Hay tres lugares donde se discute el tema con amplitud: Romanos 12, 1 Corintios 12 y Efesios 4. Un don espiritual es la habilidad que Dios concede para servir. Esta simple definición incluye la fuente de los dones (dados por Dios), el sentido de los dones (habilidades) y el propósito de los dones (servicio).

Si tenemos en cuenta que un don espiritual es principalmente una habilidad, esto nos guardará de mucha confusión que existe en la mente de la gente sobre este asunto. Muchos piensan del don espiritual como de un oficio en la iglesia que solamente unos privilegiados pueden ocupar. O de otra manera piensan que los dones espirituales están lejos del alcance del creyente medio que lo más que se puede esperar es que algún día pueda descubrir al-

gún pequeño don y que se le permita ejercitarlo de alguna manera. Ambas concepciones son equivocadas.

Un don espiritual es primeramente una habilidad concedida al individuo. Esto significa que el don no es un lugar de servicio, ya que el don es la habilidad y no el lugar donde la misma se ejercita. El don de pastor, por ejemplo, se asocia comúnmente con el oficio o posición que una persona pueda ejercer en el pastorado. Pero el don es la habididad de dar el cuidado de un pastor a la gente, sin tener en cuenta donde se lleva a cabo. Desde luego, el hombre que ocupa el oficio de pastor debe tener y ejercitar el don de pastor, pero lo mismo debe hacer el decano de una escuela cristiana. A decir verdad (aunque esto pueda parecer chocante al principio) ¿por qué no puede recibir una mujer cristiana el don de pastor para usarlo entre los niños de su barriada o en la escuela dominical o como decana de mujeres? Ahora bien, yo no digo que las mujeres deban convertirse en pastores de iglesias para tomar a su cargo la predicación y la dirección de la congregación. Creo que semejante oficio o posición de pastorado se ha reservado a los hombres solamente. Pero esto no significa que el don o la habilidad no pueda recibirlo una mujer. ¿No hemos visto nunca a una mujer que ha servido a la congregación como visitadora de la iglesia (a veces hasta pagada por la iglesia)?

Otro buen ejemplo que destaca la diferencia entre el don y el lugar donde se ejercita es el don de la enseñanza. La mayoría de nosotros relacionamos el don de enseñanza con la típica clase y aula. No hay duda de que debe ejercitarse allí, pero también puede utilizarse en muchas otras circunstancias. ¿Es que no ejercita su don de enseñanza la querida señora que paciente y voluntariamente dirige el club bíblico al que asisten mis hijos cada semana en el garage de un amigo? Aquella no es una situación formal de escuela, pero allí se imparte mucha enseñanza. En realidad, la Biblia exhorta a las ancianas que "enseñen a las mujeres jóvenes a ser prudentes, a amar a sus maridos y a sus hijos" (Tito 2.4, 5). Aquí se lleva a cabo la enseñanza sobre una base personal. El don es la habilidad y no el lugar donde se usa la tal habilidad. Sería muy beneficioso para la iglesia de Cristo si

todos los miembros se dieran cuenta de que pueden emplear sus dones espirituales siempre y en muy variadas circunstancias.

Un don espiritual no es principalmente el lugar de servicio, ni tampoco un ministerio a un grupo de una edad determinada. Con frecuencia oímos decir que alguien tiene el don del trabajo entre los jóvenes. En verdad, no hay tal don (como tampoco hay el don para los ancianos, don espiritual que no he oído nunca mencionar). La verdad es que los distintos grupos de las distintas edades son receptores del ejercicio de los dones. Claro que hay técnicas especiales para los diversos grupos de edades, pero el don espiritual sigue siendo aquella habilidad concedida por Dios que se canaliza por cualquier técnica a los otros. Hay también numerosos métodos que pueden utilizarse en el ejercicio de los dones, pero los métodos no son los dones en sí. Por ejemplo, el escribir es un método, pero la enseñanza y la exhortación son en el ministerio por escrito. Así que el don espiritual es la habilidad misma y no el lugar o el método por el que la habilidad pueda llevarse a cabo.

Quizá pueda ayudarnos una ilustración a clarificar lo que es un don espiritual. Conocí a un hombre que tenía indudablemente el don de trabajar con sus manos. Era capaz de hacer cualquier cosa. Había en su casa un precioso cuarto de estudio con paneles labrados por él mismo. Reparar o reponer muebles no le era problema. Sin embargo, el hacer tal clase de trabajo no era profesión suya. Era dentista y era muy bueno, pues con la misma habilidad que se evidenciaba en su casa hacía sus empastes y piezas de oro para las dentaduras de las personas. ¿Cuál era su don? No era la odontología (que era su posición u oficio), no era la carpintería o el trabajo en oro (medios que él empleaba) sino la habilidad de trabajar con sus manos. De modo semejante, los dones espirituales no son las posiciones que tenemos en la iglesia ni los métodos que empleamos, sino las habilidades básicas que el Señor nos otorga para su servicio.

¿Que Son los Dones Espirituales?

La Biblia alista más de una docena de dones espirituales específicos. Estos (no todos los cuales se dan en todas las generaciones) son los siguientes: apostolado, profecía, milagros, lenguas,

evangelismo, pastorado, ministerio, enseñanza, fe, exhortación, discernimiento de espíritus, despliegue de misericordia, dádivas y administración.

Romanos 12, 1 Corintios 12 y Efesios 4 ofrecen la enseñanza principal sobre este tema en el Nuevo Testamento. Tres de esos dones, sin embargo, podrían tenerlos todos los cristianos, probablemente, si quisieran. Son el ministrar, el dar y el ejercer misericordia (Romanos 12.7, 8). El ministrar significa servir, y en 1 Corintios 12.28 el mismo don se llama "ayudas." Es la habilidad básica de ayudar a otros, y no hay razón por la que un cristiano no pueda tener y usar este don. En realidad, todo cristiano espiritual debe hacerlo. El mostrar misericordia corre pareja con el don de ministrar y significa socorrer a quienes están enfermos o afligidos. Dice Santiago (1.27) que "La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: "Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones . . . " No todos tendrán las mismas oportunidades de hacer esto, pero sin esta clase de actividad no puede haber verdadera espiritualidad. El dar es la habilidad de distribuir el dinero de uno entre otros, y hay que hacerlo con liberalidad, lo que significa que no hay que esperar devolución ni ganancia para uno mismo en ninguna manera. Ya hemos visto en el capítulo precedente que el dar es demostración de la espiritualidad de uno o de la falta de la misma a los ojos de Dios.

Probablemente sea verdad, pues, decir que todo creyente puede tener más de un don espiritual. A menos que seamos desobedientes, parece que podemos tener estos tres dones para usarlos en el servicio del Señor. Muchos tendrán más en diversas combinaciones en sus vidas. Los dones pueden surgir a la luz para ser utilizados en diferentes ocasiones de la vida de un creyente, pero, sin duda, el cristiano espiritual utilizará cualquier combinación de dones espirituales que tenga para la gloria de Dios. El servicio sin el uso de los dones espirituales no es servicio espiritual; es sólo manifestación de la actividad del yo.

Desarrollo de los Dones Espirituales

Aunque sea Dios quien nos da los dones espirituales, y aunque sea el Espíritu quien nos da poder para emplearlos, el creyente

mismo puede tomar parte en el desarrollo de sus dones espirituales. Ni siquiera la más abnegada dedicación de la persona le garantizará necesariamente el uso más apropiado de los dones espirituales que tenga. La entrega pasiva no puede sustituir al propio desarrollo de los dones, aunque este desarrollo propiamente no pueda lograrse sin una entrega.

La Biblia da dos pautas para un desarrollo apropiado de los dones espirituales. La primera es lo que expresa 1 Cor. 12.31: "Procurad, pues, los dones mejores". La palabra *procurar* significa "tener celo por", y puede ir dirigido hacia el bien o hacia el mal. En este versículo significa un ardiente deseo de conseguir los mejores dones. Estos dones mejores Pablo ha catalogado en el versículo 28, donde da el orden de prioridad de algunos de los dones espirituales.

¿Cómo puede uno desear ardientemente conseguir los mejores dones? No se trata, ciertamente, de sentarse y suscitar suficiente fe como para poder recibirlos como un rayo del cielo. El imperativo *procurad* indica un esfuerzo por parte nuestra.

En algunos círculos, desde luego, parece anatema aun sugerir que el hombre pueda tomar parte en un asunto como este. Se nos dice que es enteramente obra de Dios. Pero ¿de qué otra forma podremos interpretar este versículo? El procurar los mejores dones es asunto de la voluntad. Implica una preparación personal diligente para poder presentar al Señor las mejores facultades que hay que usar en el ejercicio de los dones espirituales que El concede. Por ejemplo, si uno desea el don de la enseñanza, que es el tercero en el orden de prioridad que Pablo establece, tendrá que pasar indudablemente muchos años desarrollando ese don. Un maestro bíblico que conozca las lenguas originales de la Escritura será mejor maestro que el que no las conoce (si los otros factores son iguales). Pero el aprender griego o hebreo no es asunto de fe, sino que requiere mucho trabajo. Un buen maestro conocerá, además, las mejores técnicas para comunicar la verdad. Claro que éstas se pueden aprender con la experiencia, pero aun este método requiere una preparación personal disciplinada lo mismo que el método más formal de la clase y del aula.

A mí me parece que el procurar hasta el mismo don básico de ayudas, que también se menciona en este pasaje en la lista de

prioridades de Pablo (y que constituye un don que todo creyente puede tener) requiere diligente preparación. Quiero decir que mucha gente nunca podrá usar el don de ayudas, sencillamente porque no tienen tiempo para hacer cosas por otras personas en vista de que están tan ocupados con sus propios asuntos. Sin embargo, la verdadera razón no es la falta de tiempo sino la falta de disciplina. Esta los permitiría hacer y ajustarse a un plan que no solamente les ofreciera tiempo para otros sino que también los dejara cuidar bien de sus propios asuntos. En este caso es la disciplina de un plan que es necesario en procurar el mejor don de ayudas.

Esta es la primera pauta en el desarrollo de los dones espirituales. El cristiano espiritual pedirá ciertamente y con frecuencia al Señor que le revele si está haciendo todo lo que puede para desarrollar los dones que Dios le ha dado.

La segunda pauta es esta: Esté atento al ministerio de los demás. Cuando Pablo expresó el deseo de ir a Roma para ver a los creyentes de allí, dijo que uno de sus propósitos era "para comunicaros algún don espiritual, a fin de que seáis confirmados" (Rom. 1.11). Lo que evidentemente Pablo deseaba hacer por los romanos era profundizar y ensanchar su comprensión de los propósitos de Dios mediante el ejercicio de su don de enseñar. No se trataba de que Pablo pudiese *conferir* dones espirituales, sino que podía *impartir el beneficio* de sus dones espirituales. Pero desde luego, si los cristianos romanos habían de recibir todo el beneficio tendrían que estar atentos al ministerio del apóstol. Por ejemplo, ningún beneficio recibiría el cristiano que se quedara en casa cuando Pablo estaba enseñando a la congregación. Y menos beneficio recibiría otro que, estando presente en la congregación, dejaba vagar la mente mientras Pablo estaba hablando. Estos asuntos sencillos, la falta de asistencia y la falta de atención, son todavía razones hoy por que muchos no desarrollan plenamente sus dones espirituales. Dios ha dado a la iglesia hombres dotados "a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo" (Efesios 4.12). Este proceso debe ser un ciclo sin fin. Hombres dotados ministran a otros que así son edificados de modo que a su vez puedan ellos ministrar a otros sus dones desarrollados, y éstos a

otros y así sucesivamente. Nosotros somos los únicos que podemos romper ese ciclo, ya sea por no usar o por no desarrollar plenamente los dones que Dios nos ha concedido en su gracia.

Así, pues, esta segunda pauta nos dice que ningún cristiano, ni siquiera el más espiritual, va más allá del punto donde puede recibir beneficio del ejercicio de los dones de otros. Estas dos son las pautas para el desarrollo de los dones espirituales.

¿Como Puedo Descubrir Mis Dones

Esta es la pregunta que, desde luego, todo el mundo quisiera ver contestada y no es fácil de contestar. Sin embargo, tres sugerencias pueden ayudarnos a resolver la duda.

La primera es esta: *Infórmese*. Es decir, conozca cuáles son los dones espirituales. Es posible que usted descubra que ya tiene un don o dos en estos momentos. Quizás alguno que lee estas páginas ha oído decir que cada creyente tiene un solo don pero ahora acabamos de decir que es posible que cada creyente tenga tres dones que puede usar. Quizás otros ni han llegado a entender que el mostrar amabilidad a los demás es un don espiritual.

Un amigo colega me acostumbraba a decir una historia divertida de él mismo. El y su esposa deseaban mucho contemplar un bello panorama desde un hotel muy caro. Pero como su presupuesto no se lo permitía, decidieron ir al hotel solamente para el desayuno, que sería la más barata de las tres comidas. Así lo hicieron y, además, pidieron el menú más barato del desayuno. Sin embargo, cuando mi amigo fue a pagar la nota vio que le habían cargado una cantidad exagerada, según él, por las hojuelas. El marido y la mujer se habían preguntado por qué no aparecían los precios de cada artículo y supusieron que las hojuelas, cosa tan corriente, serían los más baratos. Pero ahora vieron que incluso las hojuelas baratas resultaban muy caras allí. La verdad se les reveló después. Aquello era una *table d'hote* y no *a la carte,* de modo que pudieron haber tenido cualquier desayuno o todos por el mismo precio que las hojuelas. Pero ya era muy tarde para gozar de la satisfacción que se les había ofrecido. Así pasa con muchos cristianos. No saben, o a veces no quieren saber todo lo que Dios puede darles en dones espirituales. Así que, infórmese bien.

La segunda sugerencia es esta: *Esté dispuesto*. Si en cualquier esfera no mostramos buena voluntad, entonces Dios tal vez no pueda dejarnos usar algún don. Al revés, si estamos dispuestos completamente para hacer cualquier cosa o ir a cualquier sitio, el Señor puede sacar a la luz dones espirituales que nunca hubiéramos soñado poseer.

Recuerdo haber preguntado a cierto estudiante qué pensaba hacer después de ser graduado. Me dijo que creía que tenía el don de la enseñanza y me preguntó si sabía de algún empleo en ese campo. Le aconsejé un sitio donde podría inmediatamente empezar a enseñar en inglés. Pensaba en un puesto en otro continente donde podría comenzar su ministerio en inglés entre tanto que aprendía otro idioma. Pero cuando se lo insinué, inmediatamente replicó que no se sentía llamado a ir al campo misionero. Yo le dije que si quería enseñar, ¿qué diferencia había de un sitio a otro? Pero él ni quería pensar en nada más allá de las costas de los Estados Unidos. Como resultado no ha logrado ningún puesto de maestro en todos los años de su ministerio. No puedo menos que creer que su indisposición limitó al Señor en cuanto a su don de enseñar.

Hay muchos hombres y mujeres en las iglesias que no usan plenamente sus dones sencillamente porque no quieren comprometerse a enseñar en la escuela dominical o a tomar cualquier otro puesto en la iglesia. Debemos estar completamente dispuestos a hacer cualquier cosa sin reservas, si queremos experimentar el empleo más completo de nuestros dones.

La tercera sugerencia es: *Sea activo*. El ejercicio de un don puede llevar al descubrimiento de otros dones. Por ejemplo, ¿qué don tenía Felipe? Cuando le vemos por primera vez en el libro de los Hechos de los Apóstoles está desarrollando el don de servir (6.5). Llámele un diácono si quiere (aunque parece improbable que este oficio estuviera establecido por aquel tiempo), pero lo que hizo fue distribuir el dinero de ayuda a un grupo de mujeres necesitadas, que no es una tarea de gran estima. Pero lo hizo con fidelidad y, una vez probado en aquella tarea difícil y servil, el Señor sacó a la luz en su vida otro don del evangelismo (8.5). Supongamos que él hubiera dicho a los apóstoles que no se sentía llamado para servir a las viudas. Lo más seguro es que

no hubiera tenido el importante ministerio de evangelizar a los samaritanos. La actividad fiel en un campo de trabajo llevó al descubrimiento de un don en otro campo.

En verdad, el primer don que ejerció Felipe, según leemos, fue el de servir, ayudar o ministrar. Esto debe darnos la clave para nuestras propias vidas. En vez de esperar a descubrir qué dones espirituales se nos hayan dado, ¿por qué no empezar sencillamente a ejercitar el don de ayudas o el don de mostrar misericordia o incluso el don de dar? Mientras estemos fielmente usando estos dones básicos quizás Dios quiera sacar a la luz otros dones espirituales en nuestras vidas.

Esta es la doctrina de los dones espirituales. El cristiano espiritual servirá a Dios mediante el ejercicio pleno de sus dones desarrollados. Este ejercicio o actividad es una de las primeras responsabilidades de la vida espiritual.

10

FIDELIDAD RUTINARIA

Con frecuencia los mensajes sobre la vida espiritual van enfocados a las experiencias de crisis que experimentan los creyentes en sus vidas. Las exhortaciones de tales mensajes piden normalmente una decisión en la crisis. Si un cristiano oye tales sermones, año tras año, o se queda insensible por el sonido constante de la campanilla de alerta o lo asocia espiritualmente sólo con las situaciones de crisis. Hemos de admitir que muchas veces necesitamos llamadas a la decisión y con certeza deberían aplicarse principios espirituales en las crisis de la vida. Pero también es verdad que, como la mayor parte de nuestra vida la pasamos en las cosas rutinarias de la vida, debemos aplicar espiritualidad a estas facetas igualmente.

La base del juicio cristiano es la fidelidad, y por eso "se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel" (1ª Cor. 4.2). También es verdad que la mayoría de las actividades de los cristianos se dedican a cosas rutinarias. Por lo tanto, es mayormente en los asuntos rutinarios de la vida donde se requiere la fidelidad. ¿Ha notado usted alguna vez que cuando Pablo resume la conducta del cristiano, la relaciona con las actividades ordinarias de la vida? El dice en 1ª Corintios 10.31: "Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios". Habría sido casi innecesario para él haber dicho algo así como: "Si, pues, oráis o testificáis, hacedlo todo a la gloria de Dios". Naturalmente estamos pensando en la gloria de Dios en estos asuntos más que cuando comemos o bebemos. De manera que es en las rutinas de la vida (lo mismo que en las crisis) donde una persona espiritual debe mostrar su fidelidad a Dios. Y estas son, con frecuencia, las esferas más difíciles.

No sólo constituye un problema para la vida espiritual la esfe-

ra de la rutina, sino que la consistencia de la práctica es también un problema. Hay pocos que no puedan aprestarse a lo infrecuente. La mayoría puede hacer lo necesario cuando se ven presionados. Lo mismo ocurre en los asuntos espirituales. Si se nos llama para orar en público o si se nos pide que participemos en alguna campaña relacionada con la obra del Señor, o si se nos aprieta para dar cuenta de nuestra fe, la mayoría de nosotros podemos hallar lo necesario para salir de tales situaciones. Pero todos tendemos a no estar vigilantes en la rutina. Y si vivimos por un tiempo semejante rutina, entonces inevitablemente nos aburrimos y con frecuencia nos descorazonamos porque, sencillamente, la rutina nos "derriba". Pero si los principios bíblicos de la vida espiritual operan de algún modo, con certeza ha de verse en las cosas rutinarias de la vida y ha de verse continuamente.

Dios tiene una palabra importante para esta situación y una palabra que debe atenderse fielmente si vamos a vivir la vida espiritual. Lo que El tiene que decir se encierra en una sola palabra del Nuevo Testamento, palabra que se traduce de varias maneras, pero que básicamente significa descorazonarse. No es un desmayo físico ni una mera lasitud, sino más bien una falta de inclinación mental que a veces se acerca a la cobardía. En el uso de esta palabra (y sólo se encuentra siete veces en el Nuevo Testamento) es como si Dios pusiera su dedo en las esferas clave de la vida para que demos atención especial y no nos descorazonemos.

Fidelidad en los Problemas

"Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día" (2ª Corintios 4.16). Pablo había tenido bastantes problemas cuando escribió estas palabras. Sólo en su ministerio a los de Corinto había sufrido ya bastante. Cuando fue por primera vez a la ciudad, los judíos se opusieron abiertamente a él, de tal modo que se dispuso a salir y marchar a otra parte. Sólo la visión nocturna que tuvo del Señor le retuvo en Corinto durante año y medio (Hechos 18.6-11). Incluso después de esta seguridad dada por el Señor, se vio llamado a juicio delante de

Galión, acusado por los judíos. Todo esto fue al final de su segundo viaje misionero. Cuando empezó el tercer viaje misionero, Pablo se encontró en Efeso y comparó los problemas que tuvo allí a una lucha contra fieras (1ª Corintios 15.32). En esta ciudad, no solamente se opusieron a él los judíos, sino que también los gentiles, ciudadanos de Efeso, soliviantados por los plateros presentaron una gigantesca protesta contra los cristianos. Estas fueron algunas de las cosas que experimentó Pablo poco antes de escribir 2ª Corintios 4.16.

Si algún hombre estaba justificado para sentirse descorazonado, ése era Pablo, con certeza, frente a semejantes problemas. Pero él dijo que no lo haría por dos razones. Primero, vale la pena de sufrir cualquier cosa por causa del ministerio. Si la gracia de Dios puede verse en las vidas de los que han sido ayudados, entonces los problemas son pequeña cosa que soportar.

Segundo, Pablo se aseguró a sí mismo con la promesa de que Dios renueva al hombre interior cada día incluso si el hombre exterior se ve sujeto a toda clase de presiones y problemas .

El ejemplo y la enseñanza son claros. Una persona espiritual muestra persistencia, no desfallecimiento de corazón, frente a las dificultades. No cederá cuando la rutina venga a barrenar su alma. Contrariamente, mostrará una fidelidad constante y persistente en la tarea a la cual ha sido llamado.

Como seis años más tarde, el Apóstol Pablo se encontró en circunstancias diferentes. Al apelar a César, se encontró preso en su casa en Roma, esperando el juicio. La ley romana decretaba que en semejante caso el acusado debía esperar el juicio mientras llegaban sus acusadores. En caso de que éstos escogieran no insistir en el caso, el prisionero tenía que esperar dieciocho meses completos antes de que se pudiera abandonar el caso. Al parecer, los judíos que acusaron a Pablo prefirieron dejar el caso correr, porque Pablo estuvo en Roma esta vez dos años completos. La verdad es que fue lo mejor que pudieron hacer porque, si hubieran llevado el asunto a juicio, sin duda Pablo habría sido absuelto y su ministerio se hubiera vindicado. Pero al no insistir en sus acusaciones, no solamente inmovilizaron a Pablo durante dos años completos, sino que también pusieron en tela de juicio su ministerio, ya que ni fue absuelto ni fue conde-

nado. Al propio tiempo, desde luego, se puso en juego la paciencia de Pablo y de esta manera su círculo de amigos que esperaban también tuvieron que tener paciencia. A estos amigos de Asia Menor él les escribió: "Por lo cual pido que no desmayéis a causa de mis tribulaciones por vosotros, las cuales son vuestra gloria" (Efes. 3.13). El no quería que ellos se sintieran descorazonados a causa de su situación. Indudablemente muchos estarían orando para que le absolvieran rápidamente y le pusieran en libertad, por lo que necesitaban paciencia y ánimo para enfrentar tal problema. Habría sido muy fácil y natural aumentar el desánimo a medida que pasaba el tiempo y los meses se sucedían. Nosotros mismos hemos dicho tantas veces, frente a un problema, "Ojalá que se resuelva ya, sea de una u otra manera; no me importa siquiera si va contra mí; lo que deseo es tenerlo resuelto pronto. No puedo soportar la indecisión". Pablo pudo muy bien haber dicho eso y también sus amigos. Pero, contrariamente, lo que se nos exhorta es a ser fieles en medio de los problemas no resueltos, llevándolos a Dios y esperando pacientemente la solución que El les dé. Esta clase de fidelidad debe caracterizar, indudablemente, al cristiano espiritual.

Fidelidad en la Oracion

El segundo campo en el que debemos ser fieles en la rutina, porque todos estamos prontos a desmayar, es en nuestra vida de oración. Nuestro Señor nos enseñó que los hombres deben orar siempre y no desmayar. Las personas que por primera vez oyeron aquellas palabras fueron aquellas a quienes Jesús estaba hablando de su segunda venida (Lucas 17.20 ss.), haciendo que esta parábola fuese aplicable particularmente a los que de nosotros estemos en el borde del rapto de la iglesia. A veces nosotros que tenemos esta bendita esperanza en nuestros corazones podemos ser acusados justamente de ser perezosos en la obra del Señor mientras aguardamos su venida. Pero esto no debe ser así; más bien deberíamos ser más celosos aún. Y desde luego, la parte más esencial de cualquier obra cristiana es la oración.

La historia de la parábola es un estudio de contrastes. Una viuda, cuyos derechos en aquella sociedad habrían sido nulos, viene contrastada con un juez injusto (literalmente, un juez de injusticia) quien, aparentemente, no tiene que dar cuenta a nadie. La viuda mal tratada busca que se le haga justicia, pero sólo porque persiste en ir una y otra vez al juez recibe al fin lo que pide. De esta historia el Señor saca tres promesas respecto de la oración.

La primera es que, en contraste con el juez injusto, que no se preocupaba por los que se presentaban ante él, nosotros tenemos un Padre celestial que se cuida infinitamente de aquellos que acuden a El. La segunda es un corolario de la primera; en lugar de posición sin ningunos derechos, como le pasaba a la viuda, nosotros somos los elegidos de Dios con todos los privilegios que acarrea semejante relación. Nosotros acudimos a un Padre celestial como elegidos del Padre para ser herederos de todas las cosas. ¿Por qué, entonces, vamos a descorazonarnos cuando oramos?

Pero a veces nosotros decimos que Dios parece no oir nuestras súplicas ni contestarlas. La tercera promesa contesta tal objeción, por cuanto el Señor promete que El "pronto les hará justicia". La promesa no consiste en que la contestación ha de venir tan pronto como se haga la petición. La promesa consiste en que cuando llegue la hora de dar la respuesta, todas las piezas del rompecabezas se colocan en su sitio de repente. La misma expresión se emplea en Apocalipsis 1.1, donde la promesa consiste en que los acontecimientos revelados en dicho libro acontecerán repentinamente cuando empiecen a desarrollarse. La promesa no es que empezarán en tiempos de Juan. De igual modo, el retraso en la contestación a nuestras oraciones no está en contradicción con el sentido de la promesa de que la justificación o desagravio vendrá con rapidez. Mientras tanto, nunca debemos desmayar orando porque sabemos que Dios tiene su tiempo correcto para responder y entonces vendrá súbitamente.

Las tres promesas, pues, son que tenemos un Padre celestial, una posición celestial y una promesa celestial. Estas nos animan a la fidelidad en la rutina de la oración. El cristiano espiritual no ha de desmayar cuando ore.

Fidelidad en las Buenas Obras

¿Ha conocido usted a alguna persona que por ser demasiado espiritual no parezca servir para nada? A veces oímos decir que una persona tiene de tal manera la mente en el cielo que no sirve para la tierra. El Señor pone su dedo aquí para recordarnos dos veces en el Nuevo Testamento que no debemos olvidar las buenas obras (Gál. 6.9-10; 2 Tes. 3.13).

En la referencia de Gálatas la extensión de estas buenas obras ordinarias se presenta como "hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe". Esta clase de bondad es una imitación de la vida de Cristo que "anduvo haciendo bienes" (Hechos 10.38). En la referencia de Tesalonicenses la exhortación a las buenas obras se hace frente a la conducta contraria de parte de algunos de los creyentes de aquella iglesia. Algunos evidentemente habían abandonado el trabajo bajo la capa de una falsa piedad, diciendo que estaban esperando al Señor que volviera. Aquellas personas no eran ociosas, pero sí se ocupaban de lo ajeno, en vez de lo suyo propio. Al parecer, aquellos creyentes estaban ocupados en convencer a otros de que debían también abandonar el trabajo en vista de la proximidad del retorno de Jesucristo (v. 11). Esta clase de persuasión pseudo-espiritual debió ser difícil de resistir, porque podría parecer como si la persona estuviera contra la idea de preparar una actitud expectante para la venida del Señor. Pablo expuso la tontería de tal argumento y animó a los que eran fieles en la rutina de la vida a que lo que hacían era justo y apropiado.

Este aspecto presenta problemas a los cristianos. Es muy fácil para quien emplea todo su tiempo en el servicio del Señor justificar su falta de tiempo para hacer las buenas obras ordinarias diciendo que está ocupado en la obra del Señor. La omisión en semejante manera de pensar es esta: las obras buenas ordinarias constituyen la obra del Señor, y ninguno de nosotros, incluyendo a quienes somos obreros cristianos y espirituales, debe nunca dejar de cumplir con estos requisitos.

Fidelidad en el Testimonio

Una vida de hacer bien debe ir aparejada con la proclamación positiva y directa del evangelio (2ª Cor. 4.1). El hacer bien simplemente sin dar testimonio es sólo un evangelio social; por otra parte, el testificar sin hacer cosas buenas es un evangelio sin adornos. Si desfallecemos en este campo, ¡cuán trágicos serán los resultados para otros y cuán vacías estarán nuestras vidas espirituales!

Hay dos razones manifestadas en este versículo para proclamar el mensaje en todo momento. La primera es el mensaje en sí mismo. Según 2ª Corintios es un mensaje de vida, gloria, justicia, libertad y poder transformador. La segunda razón es sencillamente que nosotros mismos hemos experimentado este poder transformador y, ya que conocemos por experiencia propia lo que el evangelio puede hacer, nos vemos impedidos a decirlo a otros. Nunca debemos desmayar porque conocemos el *mensaje* y porque *vivimos* el mensaje.

El obtener resultados (conversiones) del testimonio es cosa que sólo Dios puede hacer, pero el dar testimonio es cosa que nosotros debemos hacer. Nuestro Señor nos advirtió que habría muchos que, aparentemente, recibirían el mensaje, pero que, después de un tiempo, mostrarían por falta de dar fruto que no habían creído para salvación (Luc. 8.4-15). Pablo nos advirtió que en los últimos días habría mucha de la llamada piedad, pero que sería de ese tipo que no muestra novedad de vida ya que no tendría poder (2ª Tim. 3.5). A pesar de ello, nuestra responsabilidad permanece igual, o sea sembrar la semilla de la Palabra. El que desmaya en este campo no tiene verdadera vida espiritual.

Estas son, pues, cuatro áreas del vivir en que demostraremos nuestra espiritualidad o falta de la misma cada día. El saber cómo vivir triunfalmente en medio de los problemas, el ser constante en la oración, incluso cuando se tarda la contestación, el ser sencillamente bueno con la gente y el testificar fielmente del evangelio de la gracia de Dios son los campos en que podemos, con fidelidad en la rutnia, mostrar la medida de nuestra espiritualidad.

O, poniéndolo de otra forma, (y espero que inofensiva), el énfasis de esta enseñanza respecto de no descorazonarse es simplemente este: más importante resulta ceñirse uno para las dificultades de la vida que lanzarse disparado hacia los asuntos grandiosos de la misma. Cuanto más vivo más convencido estoy de

que la verdadera espiritualidad no se prueba realmente desde el púlpito ni en la clase bíblica ni en la Escuela Dominical ni en la reunión de diáconos o ancianos, etc., sino que se demuestra mejor mediante una vida constante de fidelidad ante Dios, sobre todo, y luego ante aquellos que nos son más íntimos en el hogar. Cierta clase de espiritualidad puede exhibirse para la galería, pero la espiritualidad que Dios quiere hay que cultivarla y practicarla consistente y persistentemente en la rutina de la vida diaria.

PARTE III

ALGUNOS PROBLEMAS PRACTICOS

11

¿COMO PUEDO SABER SI SOY LLENO DEL ESPIRITU?

La fórmula para la victoria espiritual se expresa con frecuencia en términos de "Sed llenos del Espíritu", y esto es correcto. Efectivamente, la espiritualidad es ser lleno del Espíritu Santo. Pero ¿qué es lo que significa ser lleno del Espíritu? ¿Cuáles serán las características de una vida llena del Espíritu? ¿Puede una persona saber si es llena del Espíritu? Estas preguntas, importantes como son, no se contestan fácilmente y cuando lo son, las respuestas no son muy claras. Pero nosotros hemos de tratar de encontrar contestaciones claras de la Palabra de Dios, porque el ser lleno del Espíritu es básico para llevar una vida cristiana equilibrada.

¿Que es el Ser Lleno del Espiritu?

Como con la mayoría de conceptos, una definición clara es de la mayor importancia, no sólo para comprender la idea básica que entraña, sino para guiarnos en las ramificaciones que se desprenden de ella. La superestructura levantada encima de una idea no es mejor que la definición de ella como cimiento.

La guía para definir debidamente el ser lleno del Espíritu se encuentra en Efes. 5.18: "No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu". Sencillamente es la *comparación* entre la borrachera y el ser llenos del Espíritu. No vamos a negar que hay un agudo contraste entre estos dos estados en el versículo, pero sí decimos que la comparación es lo que da la clave para que nosotros tengamos una debida definición del ser llenos del Espíritu. Y la idea básica, o la clave, es el concepto del control. Eso es lo que vemos en la comparación, porque tanto el embriagado como la persona espiritual son seres controlados, el uno por el alcohol que ha consumido

y el otro por el Espíritu a quien ha recibido. Bajo la influencia o control del licor la persona actúa y piensa de formas que no le son naturales. Del mismo modo, el cristiano que está controlado o influenciado por el Espíritu piensa y actúa de formas que no le son naturales. Esto no significa que su vida sea errática o anormal, sino que ya no vivirá una vida gobernada por lo que le es natural, es decir, por su vieja naturaleza. Por tanto, el ser lleno del Espíritu es ser controlado por el Espíritu.

Otro hecho acerca de ser lleno del Espíritu que también indica Efes. 5.18 es que se trata de una experiencia repetible. El tiempo del verbo está en presente lo que sugiere una acción continua en contraste con la acción única que es instantánea. En otras palabras, un cristiano puede ser lleno, y lleno y lleno otra vez. Esto se ilustra en la experiencia de los apóstoles durante los primeros días de la iglesia. En el día de Pentecostés fueron todos llenos del Espíritu Santo (Hech. 2.4). Poco tiempo después, después de una reunión de oración para obtener valor, el mismo grupo fue lleno de nuevo (Hech. 4.31). Interesante e importante es notar que los apóstoles no tuvieron necesidad de ser llenos esta segunda vez porque hubieran cometido algún pecado específico en sus vidas después del día de Pentecostés. El ser llenado por segunda vez fue necesario porque necesitaban control de un nuevo aspecto (el valor) frente a un nuevo problema (la prohibición de hablar por parte del Sanhedrín). En otras palabras, el ser llenados repetidas veces puede ser necesario porque nuevos aspectos de la vida surgen a la luz que deben ser llevados bajo el control del Espíritu. Desde luego, también es verdad que el cristiano necesita ser lleno de nuevo, una y otra vez, cuando el pecado (que es el control del ego) rompe el control del Espíritu.

Hay todavía otro hecho acerca de ser lleno del Espíritu Santo sugerido en Efesios 5.18. El ser lleno del Espíritu es un mandato para el cristiano por cuanto el verbo está en imperativo ("sed llenos"). Se supone que los cristianos sean llenos del Espíritu; no es que tengan opción. Otra vez el libro de los Hechos nos ilustra esta cuestión, porque el ser lleno se menciona por lo menos nueve veces allí y siempre en relación con el estado ideal o deseado del individuo o de la iglesia. Y, desde luego, el Espíritu está dispuesto a hacer lo mismo hoy con la iglesia.

¿Como Puede Uno Ser Lleno del Espiritu?

La forma en que ser llenado del Espíritu Santo se asocia frecuentemente con cierta clase de espera o de súplica sólo porque se había dicho a los discípulos que esperaran en Jerusalén para el día de Pentecostés (Hech. 1.4). En realidad, el esperar y el suplicar no son requisitos previos para ser llenos del Espíritu Santo. Aquello por lo que se les dijo que esperaran antes del día de Pentecostés fue lo que llamó el Señor "la promesa del Padre" y más tarde se explicó que era la promesa de ser "bautizados con el Espíritu Santo" (Hech. 1.5). Ellos se quedaron a la espera del bautismo del Espíritu y eso fue lo que recibieron en el día de Pentecostés, y juntamente fueron llenados (Hech. 11.15, 16; cf. 2.4).

La confusión entre el bautismo y el ser llenos del Espíritu Santo es lo que comúnmente conduce a fórmulas equivocadas en cuanto a ser llenos del Espíritu.

El Bautismo	*El ser lleno*
Ocurre sólo una vez en la vida del creyente	Es una experiencia que se repite
Nunca ocurrió antes de Pentecostés	Ocurrió en el Antiguo Testamento
No puede deshacerse	No todos lo experimentan
Constituye una *posición*	Puede perderse
Ocurre cuando creemos en Cristo	Constituye un *poder*
No hay requisito previo (excepto la fe en Cristo)	Ocurre durante toda la vida del cristiano
	Depende de la entrega personal

En tanto que el libro de los Hechos relata ejemplos del bautismo del Espíritu (el día de Pentecostés y en la casa de Cornelio [Hech. 1.5; 11.15, 16]), la explicación de lo que ocurre cuando uno es bautizado no se nos ofrece en los Hechos. Solamente en 1ª Corintios 12.13 se explica el sentido de la obra del Espíritu Santo en el bautismo. Se dice que es el medio por el cual nos unimos al cuerpo de Cristo. Por eso podemos decir confiadamente que el bautismo es algo que ocurre una sola vez (porque ningún cristiano, una vez unido a Cristo, puede después separarse), que acontece cuando uno es salvo (de otro modo ha-

bría gente salva sin unir a Cristo) y que, por encima de todo, es asunto de posición y no de poder. Todo esto se comprueba por el versículo explicativo de 1ª Corintios 12.13, donde el tiempo del verbo *bautizar* es tal que indica un hecho cumplido, en el que "todos" los creyentes están incluidos (entre ellos algunos que no hablaron el lenguas [1ª Cor. 12.30]) y en el que la posición resultante se define claramente como un puesto en el cuerpo de Cristo.

Además, no se indica en ninguna parte del Nuevo Testamento que haya que detenerse en un lugar como requisito previo para ser bautizado con el Espíritu. El único otro ejemplo específico de bautismo en los Hechos tuvo lugar en la casa de Cornelio (10.45; 11.15, 16) y ocurrió allí en el momento en que la gente creyó mientras Pedro estaba pronunciando su mensaje. El modelo para los gentiles que vinieran a unirse al cuerpo de Cristo, según se muestra en la casa de Cornelio, no incluía ninguna oración, ninguna súplica, ninguna espera, sólo creer en Jesucristo, en respuesta a lo cual Dios inmediatamente les bautizó con el Espíritu. Y Dios continúa el mismo ejemplo en el día de hoy.

Pero ¿qué del ser llenos del Espíritu? ¿Cuáles son las condiciones para ello? Otra vez registramos las páginas del Nuevo Testamento en vano para un ejemplo de creyentes que oraban para ser llenos del Espíritu después del día de Pentecostés. La cosa más aproximada a semejante ejemplo es la oración de Pablo a favor de los creyentes de Efeso en Efesios 1.17. Pero ni siquiera ésta es una oración para ser llenos del Espíritu. A la verdad, no hay ejemplo alguno de tal cosa, aunque mucha gente piense que ese es el camino para ser llenos del Espíritu.

Si bien Dios no nos exige que nos detengamos a esperar ni que agonicemos en oración para ser llenos del Espíritu, ello no significa que el ser lleno no sea sin condición alguna. En una palabra, la condición es la obediencia, y aunque la oración pueda tomar parte entre las demandas de la obediencia, la entrega es el requisito previo para ser llenos. Esto es, desde luego, exactamente lo que encierra la idea de control o dominio porque, si bien el Espíritu no fuerza su control sobre nuestra vida, nosotros debemos ceder a su gobierno, lo que dará como resultado el ser llenos con o ser gobernados por el Espíritu.

La entrega incluye tanto el hecho completo, de crisis, inicial, de dedicación (discutido en el capítulo siete) como el caminar diario en dependencia del poder del Espíritu. Este último aspecto viene tratado en Gálatas 5.16: "Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne". Aquí el tiempo del verbo es presente e indica una continua dependencia del Espíritu. En realidad, el caminar, por su propia naturaleza, constituye una serie de hechos dependientes. Cuando se levanta un pie para colocarlo delante del otro, se hace teniendo fe de que el pie que queda en el suelo va a soportar todo el peso del cuerpo. Cada pie a su vez actúa de soporte mientras el otro se mueve hacia adelante. Sólo se puede caminar con éxito mediante sucesivos actos de fe en el poder de los pies. De semejante manera, el cristiano camina con éxito solamente cuando depende constantemente del gobierno de su vida efectuado por el Espíritu Santo.

El ser lleno del Espíritu, por tanto, es ser gobernado por el Espíritu, y el ser controlado así requiere la entrega de una vida dedicada y una dependencia diaria del poder del Espíritu. La oración y el esfuerzo humano pueden incluirse al cumplir estas condiciones, pero una vez cumplidas el gobierno del Espíritu (y, de consiguiente, el ser lleno, es automático.

Una cuestión muy práctica surge en este punto. ¿Puede usted decir que es lleno del Espíritu? Si alguna vez ha estado en una reunión donde el orador ha pedido a quienes son llenos del Espíritu que manifiesten de alguna manera que lo son, usted habrá observado que muchos sienten desgana de hacerlo. ¿Es justa esta vacilación o debería uno saber si es lleno del Espíritu y no dejar de levantar la mano para que se sepa? Algunos predicadores, sintiendo que no hay necesidad de dudar, están instando al pueblo de Dios, primeramente a que se entreguen y luego a que se pongan en pie para declarar que ahora son llenos del Espíritu Santo. ¿Cuál es correcto, la desgana que los más parecemos tener, o la afirmación agresiva que algunos quieren que hagamos?

En cierto sentido, ambos énfasis son correctos. Es verdad que cuando uno se deja gobernar por el Espíritu, El se encarga y da dirección a la vida. Esto es ser lleno y una persona puede estar segura de que la dirige el Espíritu o la llena en tanto que se ha dejado en manos de El. ¿Por qué, pues, la vacilación? Se debe

a que nos damos cuenta de que ninguno de nosotros ha llegado, y siempre aparecerán regiones o aspectos de la vida que hay que someter al gobierno del Espíritu a medida que la vida progresa. El caminar no significa llegar. Cada paso debemos tomar en dependencia de El, y con cada paso hay la posibilidad de tropezar. La gente vacila, por tanto, antes de levantar la mano para decir que es llena del Espíritu Santo porque sabe, sencillamente, que, de una manera vaga o clara, los problemas y circunstancias del día de mañana le van a producir nuevas pruebas del control que tendrán que resolverse en el momento.

Pablo habló de semejante certidumbre e incertidumbre en el mismo versículo: " . . . aunque de nada tengo mala conciencia, no por eso soy justificado; pero el que me juzga es el Señor (1ª Cor. 4.4). En relación con el ser llenos del Espíritu, algunos necesitan asegurarse de que pueden experimentar su control; otros necesitan que se les advierta contra la demasiada confianza, no vayan a pensar que no hay ya más batallas sobre el control que hay que vencer.

¿Cuales Son las Caracteristicas de una Vida del Espiritu?

¿Cómo puede uno saber si es lleno del Espíritu? ¿Cómo será su vida? ¿En qué forma serán los cristianos llenos del Espíritu semejantes a otros cristianos, y cómo serán diferentes? Las contestaciones a estas preguntas son importantes para poder tener dirección conveniente para la vida llena del Espíritu y evitar erigir un modelo subjetivo que queramos imponer a los otros creyentes para que ellos prueben que son llenos del Espíritu.

1. *Semejanza a Cristo.* La semejanza a Cristo es la manifestación primaria de ser lleno del Espíritu. También es una característica universal de ello; es decir, que todos los que son llenos del Espíritu mostrarán en sus vidas los rasgos de semejanza a Cristo. Ahora bien, ¿qué es parecerse a Cristo? Indudablemente, la mayoría de nosotros tendemos a reflejar el concepto nuestro de semejanza a Cristo en nuestras propias personalidades, más bien que a tratar de cambiar nuestras personalidades para que se conformen al modelo bíblico de lo que es parecerse a Cristo.

Los extrovertidos piensan inevitablemente que Cristo era un agresivo extrovertido que se interesaba en otros, mientras que los introvertidos sólo pueden pintarlo como un hombre manso y humilde que nunca se hacía sentir. El comerciante cristiano despierto probablemente piensa que Cristo habría sido millonario si se hubiese metido en negocios; en tanto que el creyente temeroso, ordinario, asegura que el Señor no habría nunca tenido que ver con cosas financieras, negocios, mercados, etc. Inevitablemente, nosotros tendemos a proyectarnos en nuestro concepto de semejanza a Cristo.

¿Cuál es la genuina semejanza a Cristo? Independiente de lo que sea o no sea, la mayoría está de acuerdo en que es el fruto del Espíritu; y esto, según lo que nos dice Gálatas 5.22, 23, comporta nueve características. Si el Espíritu gobierna la vida de uno, entonces el fruto del Espíritu se mostrará y eso será la semejanza a Cristo. Pero el fruto del Espíritu se entiende demasiadas veces de una manera muy superficial, que produce un concepto defectuoso de lo que es parecerse a Cristo.

¿Qué se quiere decir con las nueve características del fruto del Espíritu? Por ejemplo, ¿qué es el amor? Desde luego, no es cierta clase de débil sentimentalismo. El amor significa hacer la voluntad de Dios y esto puede encerrar toda clase de acciones diferentes. Nuestro Señor quien, siendo Dios, es amor, no podría, por ejemplo, estar actuando sin amor cuando trastocó las mesas de los cambistas del templo y los echó fuera. El amor a veces puede cubrir el pecado, decidiendo no sacarlo a la luz, pero no puede excusarlo nunca. La semejanza a Cristo requiere un amor básico de hacer la voluntad de Dios que, en un momento dado, puede demostrarse por un acto que superficialmente pueda parecer duro.

De igual modo, el gozo es algo que no depende de circunstancias superficiales, sino que en la Escritura se relaciona básicamente con el lograr que otros creyentes avancen en el conocimiento de la verdad (3ª Juan 4; Fil. 2.2; 1ª Tes. 2.19). En otras palabras, el gozo semejante a Cristo procede de un ministerio efectivo con otras personas, como hizo Cristo (Heb. 12.2).

La paz es aquella tranquilidad que sólo puede conocer el creyente porque está en justa relación con Dios (Rom. 5.1; Efes.

2.17). No procede de la seguridad terrenal que, a veces, se piensa pueda procurarnos las posesiones (Mat. 8.20). La paz con Dios puede ser experimentada aun en medio de la más grande desarmonía en otras relaciones terrenales (Mat. 10.34), porque se basa primariamente en nuestra relación vertical con el Señor. Por supuesto, habrá ramificaciones horizontales, pero la Biblia nos advierte que no será siempre posible vivir en paz con todos los hombres (Rom. 12.18).

La paciencia es el equilibrio de la conducta y del carácter de uno, que no le permite manifestar un deseo de venganza. Incluye también el sentido de un positivo refrenamiento que opera en la gente para avanzar la gloria de Dios en ellos. Puede incluir el picar a alguien, como en Juan 14.9, pero siempre con la finalidad de promover su crecimiento en la gracia.

La benignidad y la bondad son dos caras de la misma moneda. La primera requiere pensamientos buenos y la otra significa actos buenos. Por supuesto, nuestro Señor actuaba siempre como Cristo, de modo que incluso su acción de destruir la manada de puercos no podría ser contraria a su bondad.

La fe, o fidelidad, significa servir y vivir con regularidad, aprovechando todas las oportunidades que Dios nos da. Comprende la rutina de trabajar, adorar, testificar. Desde luego, incluye las crisis de la vida, pero para todos nosotros la fidelidad es mayormente asunto de piedad en el yunque de la vida. Nuestro Señor lo demostró en circunstancias que, normalmente, le habrían enfadado (Luc. 2.52; 4.39; Heb. 5.8), y semejante fruto del Espíritu es el que se requiere de todos los creyentes (1ª Cor. 4.2).

La mansedumbre es caballerosidad. No es debilidad (observe la manera en que nuestro Señor trataba con sus enemigos en Mateo 15). De Moisés, el gran líder, se decía que era el más manso de los hombres de la tierra (Núm. 12.3). En nuestros días, el liderazgo se erige, las más de las veces, sobre una personalidad dinámica o sobre el magnetismo personal, pero la grandeza bíblica se basa en la mansedumbre.

La templanza es la disciplina de todos los aspectos de la vida, especialmente en el campo de la moralidad. Significa poner todas las facetas en sujeción disciplinada de modo que la vida sea lo más posible preparada a hacer la voluntad de Dios. Por supuesto no significa pereza, ni descuido, ni falta de propósito, ni gratificación de sí mismo.

Todos esos nueve rasgos juntos constituyen el fruto del Espíritu. El hecho de que son el fruto, y no los frutos, del Espíritu nos recuerda que todos los nueve han de estar presentes al mismo tiempo, completamente integrados y actuando uno sobre el otro para producir una vida equilibrada, controlada por el Espíritu y fructífera.

En este momento surge una cuestión de tipo práctico. Quisiera ilustrarlo de la siguiente manera. He oído muchos testimonios de nuevos alumnos que rezan algo así: "Cuando primero vine a la escuela fui a la clase del Dr. Fulano y me quedé admirado de su persona. Pensé que me gustaría ser como él. Pero luego fui a la clase del profesor Zutano y él me cautivó tanto que me dí cuenta de que tenía que ser precisamente como él. Así pasó con todas mis clases y cada profesor me parecía ser justamente el modelo de mi vida. Pero pronto me decepcioné porque comprendí que no podía ser como todos ellos, de modo que, finalmente, me dí cuenta de que lo que Dios quería era que yo fuese el mejor representante de mí mismo que pudiera. Y eso es lo que estoy tratando de ser".

Desde luego, el error claro en semejante conclusión es que Dios quiere que yo sea el mejor representante de *Cristo* que pueda. Sin embargo, dicho esto, me doy cuenta de que esta no es toda la historia porque hay diferencias que Dios ha establecido entre usted y yo. De modo que el problema práctico de parecerse a Cristo es este: si todos los creyentes fuesen semejantes a Cristo, ¿de qué maneras seríamos todos similares y de qué maneras diferentes?

La contestación se encuentra en la interrelación entre la semejanza de Cristo, los dones naturales, los dones espirituales y la personalidad. Las diferencias en dotes naturales, incluyendo los rasgos de la personalidad son parte de todos nosotros. Algunas de estas diferencias son amorales, es decir, ni son malas ni son buenas en sí mismas. Pero algunas son debidas a la naturaleza de pecado y el grado hasta donde se controla o se queda suelta. Como creyentes estamos, además, dotados con dones espirituales en diferentes combinaciones para cada uno de nosotros. La vieja

naturaleza del creyente no se arranca, sino que puede continuar expresando características en la vida de uno. Las diferencias naturales no se borran necesariamente cuando nos hacemos cristianos. Sin embargo, la semejanza a Cristo es un absoluto, que no es diferente para cada cristiano. Todos hemos de mostrar la clase de carácter y conducta que produce el fruto del Espíritu. Todos hemos de manifestar el fruto del Espíritu, pero cada uno lo hará a través de su propia personalidad y con sus propios dones. Habrá diferencias debidas a los dotes de cada cual, pero debe haber similaridad a causa del control del Espíritu. Nunca debemos excusarnos por no querer que el Señor efectúe cambios en nuestra personalidad o porque permitimos que la naturaleza de pecado tome el control.

Para ser específico, el creyente menos intelectual debe mostrar amor, gozo, paz, etc.; y el creyente más inteligente debe hacer lo mismo en su esfera de actividad. El creyente con menos dones debe ejercitarlos para que lleve el fruto del Espíritu; asimismo el creyente con mayores dones. Un extrovertido que atropella a otros sólo por su arrolladora personalidad debería buscar que el Espíritu Santo le cambie y produzca en él mansedumbre. El cristiano perezoso no debe nunca buscar excusas para su defecto como si fuera constitucional, sino dejar que el Espíritu lleve el fruto de la disciplina en su vida. El carácter semejante a Cristo y la conducta de los cristianos debieran ser similares; las distinciones dadas por Dios y amorales nos hacen diferentes; las diferencias pecaminosas no deben ser toleradas nunca. Yo debo ser el mejor representante de mí mismo que puedo, o que Dios pueda hacer de mí, siempre que la tal representación manifieste la semejanza con Cristo en la conducta de mis particulares cualidades de vida dadas por Dios. Esta clase de vida es la que se ve controlada por el Espíritu y llena de El.

2. *Una vida de servicio.* "En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado" (Juan 7.37-39).

Durante los siete días precedentes a la Fiesta de los Tabernáculos, se habían hecho libaciones de agua traída del Estanque de Siloé a la hora del sacrificio de la mañana. Al octavo día, cuando nuestro Señor pronunció aquellas palabras, al parecer no se hacían libaciones, lo que hizo que su anuncio de ser el que podía satisfacer fuese todavía más significativo. Pero no solamente dijo que podía satisfacer; además, predijo que el Espíritu Santo rebosara en la vida del creyente, esparciendo la bendición que ha recibido. Desde luego, se debe dejar que el Espíritu haga esto entregándole el control sobre la vida del creyente.

¿Qué clase de servicio hará el creyente lleno del Espíritu? En general, la contestación es que se verá ejercitando con el poder del Espíritu su particular combinación de dones espirituales. Pero hay una contestación más específica todavía que surge de algo interesante que acompañaba el ser llenos del Espíritu en el libro de los Hechos. Observe los casos en que se menciona el ser lleno del Espíritu y lo que sucedió después.

El ser llenos del Espíritu en el día de Pentecostés (Hech. 2.4) fue seguido de la conversión de tres mil personas (2.41). Pedro fue también lleno cuando hablaba al Sanhedrín (4.8). Después de que ese grupo le advirtió que no debía predicar más a Jesús, los discípulos al oir el relato, oraron para recibir el valor de hacer lo que se les había prohibido. Otra vez fueron llenos del Espíritu (4.31) y la gente continuó siendo salvada (5.14). La elección de los siete para ayudar a los apóstoles en el capítulo 6 (una calificación para los elegidos fue ser llenos del Espíritu, [v. 3]) dio lugar a que muchos sacerdotes se volvieran al Señor (6.7). Desde la muerte de Esteban, que era uno del grupo de los siete, vino la conversión del apóstol Pablo (8.1; cf. 9.5). Al principio de su nueva vida en Cristo, Pablo fue lleno del Espíritu (9.17) y el fruto de su vida es bastante bien conocido (cf. 13.9). El relato que Bernabé fue lleno del Espíritu va seguido en el mismo versículo por "una gran multitud fue agregada al Señor (11.24).

En cada caso en que el Espíritu llenó a alguien en el libro de los Hechos, ese llenado, controlando a los discípulos en su servicio para el Señor, dio como resultado la salvación de almas.

Este eslabón entre el ser lleno y el ganar almas debiera ser más estrecho en la vida de la mayoría de los creyentes. Era verdad en la iglesia primitiva, y todavía hoy queda como manifestación del ser llenos del Espíritu. Con todo, hay también eslabones indirectos e igualmente vitales. Sin duda fue preciso en la iglesia primitiva que muchos cooperaran para conseguir los resultados espectaculares que encontramos en los Hechos. Quienes oraron (4.24) tuvieron su parte en ganar las almas y, desde luego, quienes entregaron sus propiedades para que no faltara el dinero (4:34) fueron un importante eslabón para llevar a muchos a Cristo. Pero la iglesia, desarrollando cada uno sus dones particulares bajo el control del Espíritu, vio las almas salvadas a medida que su gente iba siendo llena del Espíritu. Debemos concluir, pues, que el servicio cristiano que da como resultado el que la gente venga a Cristo es una característica de ser lleno del Espíritu.

3. *Alabanza, adoración, acción de gracias y sumisión.* El clásico versículo en cuanto al ser lleno del Espíritu en Efesios 5.18 va seguido de una lista de cuatro características de tal clase de vida. La primera es la expresión externa de alabanza mediante el comunicarse uno a otro "con salmos, con himnos y cánticos espirituales". La segunda es una actitud interna de adoración evidenciada por "cantando y alabando al Señor en vuestros corazones". La tercera es "dando siempre gracias por todo". Esta expresión es tan inclusiva como sea posible, siendo escrita por un hombre que, por entonces, estaba arrestado en su casa en Roma. La cuarta es la sumisión de uno a otro, lo que afecta a todas las relaciones de la vida, de modo que la paz y la armonía reine entre maridos y mujeres, padres e hijos, empleados y jefes.

Cada una de estas características de la vida llena del Espíritu constituye una prueba para determinar si usted es o no lleno del Espíritu. El no tener gozo interior y el no manifestar expresión exterior, cantando y testimoniando, significa que no hay control del Espíritu. La actitud de queja procede del yo y no del Espíritu que quiere que demos gracias siempre. Y la desarmonía en el hogar o en el trabajo no procede de Dios, sino del yo. En este punto nos encontramos de vuelta exactamente en donde principiamos, porque en el principio dijimos que la espiritualidad se demuestra mejor en el hogar.

¿Cómo puedo saber si soy lleno del Espíritu? La contestación más sencilla es una sola prueba: ¿he entregado yo, en cuanto sepa, la dirección de mi vida a El? Si la contestación es sí, entonces usted es lleno del Espíritu. Pero esto no significa que va a durar ni siquiera por un día. Pues mañana otro problema o una circunstancia nueva puede surgir en la que usted mismo tomará el control y en ese aspecto no será lleno del Espíritu.

La prueba básica es la del control; las evidencias corroboradoras de ser lleno del Espíritu son las características que acabamos de discutir. Si se está desarrollando la semejanza con Cristo (nunca se perfeccionará ni se desarrollará plenamente en esta vida), si su vida se da al servicio de ganar almas, y si la alabanza, adoración, acción de gracias y sumisión se ven en su corazón y en sus acciones, entonces el Espíritu está controlando. Usted no necesita esperar a que suceda cualquier sorprendente manifestación de ser lleno del Espíritu, ni necesita pedir que ocurra una experiencia extática. Entregue el control a Dios; manténgalo allí, y haga todo lo posible, todo cuanto esté en su poder, para desarrollar las características bíblicas de una vida llena del Espíritu Santo.

12

LAS ASECHANZAS DEL DIABLO

Según el diccionario, una asechanza es un "engaño o artificio para dañar a otro. Las asechanzas de Satanás constituyen una gran preocupación para el cristiano que quisiera vivir una vida espiritual. Sin embargo, como en otros aspectos de la vida espiritual, esto también es asunto en el que debe verse un equilibrio. Hay cristianos que ven a Satanás trabajando en todos los detalles de la vida, y hay otros que no reconocen su actividad en ningún sentido. Algunos, aunque parezca extraño, hasta llegan a negar su existencia real. Al parecer hay quien piensa que Satanás solamente existe en la mente del hombre; por lo tanto, el hecho de que pensemos que existe es la única existencia genuina que tiene.

La Biblia enseña, no obstante, que Satanás ya vivía antes de que el hombre fuera creado, así que ya era realidad antes de que hubiera mente humana que pudiera idear o reconocer su existencia (Ezeq. 28. 13-15). Además, cada referencia de las que hace nuestro Señor al diablo muestra que su existencia es verdadera (Mat. 13.39; 25.41; Luc. 10.18; Juan 12.31; 16.11), o de lo contrario, tendríamos que concluir que Cristo no sabía lo que decía. Desde luego, la teología moderna explica estas referencias como acomodación de Cristo a la ignorancia del pueblo de entonces; pero tal acomodación, si fuera así, invalidaría todo su mensaje. Satanás existe. La Biblia y nuestro Señor lo atestiguan.

Pero, volviendo a las asechanzas o tretas del diablo, ¿cómo puede ser tan listo Satanás? Hay al menos tres factores que contribuyen a su dominio del arte del engaño. Primero conviene decir que el diablo pertenece a un orden de criaturas que es superior al hombre (Heb. 2.7). Es un ángel, aunque caído ahora, y entre los ángeles él era un querubín (Ezeq. 28.14). Esto parecería dar a Satanás una superioridad constitucional sobre el hombre.

Otra cosa, la experiencia de Satanás es mucho mayor que la de cualquier hombre. Por su gran longevidad el diablo ha ensanchado y ha profundizado tanto dicha experiencia que el conocimiento del hombre queda muy limitado a su lado. El ha observado a otros creyentes en toda situación imaginable, permitiéndole así predecir con acierto cómo vamos a responder a las circunstancias. Aunque Satanás no es omnisciente, su amplia experiencia y observación del hombre a lo largo de toda su historia en la tierra le da conocimiento que es muy superior al que cualquier hombre pudiera tener. Aparentemente Satanás conoce también la Biblia, y por eso ningún creyente tiene ventaja sobre él tampoco en este campo.

Una tercera ventaja de Satanás es su habilidad para transformarse en una variedad de formas. Estas varían desde presentarse a sí mismo como ángel de luz y sus ministros como ministros de justicia (2ª Corint. 11.14-15) hasta mostrarse como un dragón con cuernos y cola (Apoc. 12.3). Aunque esta última representación se dice frecuentemente que no está en la Biblia, sí que lo está y está ahí para ayudarnos a comprender la fiereza de la naturaleza de Satanás, embarcado en una lucha a muerte con el pueblo de Dios.

Para resumir: Satanás a causa de su superioridad constitucional, su gran conocimiento, y su carácter de camaleón es un enemigo cuyas asechanzas ningún cristiano debe tener en menos.

El Plan de Satanas

Desde el momento de su primer pecado hasta su derrota final, el plan y propósito de Satanás han sido, son y serán siempre, tratar de establecer un reino rival de Dios. Está promocionando un sistema del que él mismo es cabeza y que se alza en oposición contra Dios y Su gobierno en el universo.

Pero para llevar a cabo este programa, Satanás pone en práctica un plan que es en extremo decepcionante por su sutileza. En vez de promover un reino cuyas características sean exactamente lo opuesto a las características del gobierno de Dios, él trata de falsificar, de hacer una copia, del programa de Dios en el mundo. Imitar la voluntad de Dios ha sido, ahora es, y siempre será el plan del diablo mientras tenga libertad.

Desde luego, la imitación tiene un simple propósito, y ese es crear algo tan similar al original como sea posible y hacerlo por medio de un atajo. Si usted pretendiese imitar los billetes del banco de su país no se le ocurriría poner la fotografía de un presidente de otro país, porque se vería el fraude enseguida. Usted trataría de imitar los billetes en todos sus detalles. Sin embargo, en algún punto usted tomaría un atajo, una grabación menos exacta y por lo tanto imperfecta, que revelaría a los expertos que su trabajo es una falsificación. No obstante, al parecer, los billetes de usted serían semejantes a los legales.

El plan de Satanás es una imitación del plan de Dios, y este es el factor más importante que hemos de conocer con respecto a todos sus planes en el mundo. Si usted tiene esto presente, entonces podrá en todo tiempo estar alerta y defenderse contra él. Si no, le será a él mucho más fácil engañarle. El es un maestro de la imitación y trata de promover algo que sea similar, no distinto, al plan y a la voluntad de Dios. Satanás, con toda su inteligencia y larga experiencia, sabe que si coloca algo que se vea claramente que es malo delante de los pies del cristiano, éste se dará cuenta de que procede de Satanás y, consecuentemente, estará en guardia contra él. Pero si Satanás puede ofrecer algo que, aunque sea bueno en sí, no es el mejor, es lo más probable que consiga una victoria sobre el creyente.

Satanás anunció audazmente su política de imitación cuando primero pecó. Leemos en Isaías 14.14 que él declaró su oposición contra Dios con estas palabras: "Seré semejante al Altísimo". Esa es una imitación, ser semejante, no diferente del Altísimo.

Ya hemos examinado cómo Satanás se valió de este fraude con Adán y Eva en el jardín del Edén en Génesis 3. Ofreció a Eva el premio tentador de ser como Dios, sabiendo el bien y el mal, si aceptaba comer algo que era bueno para comer y agradable a los ojos, y que producía sabiduría. Todo parecía bueno, excepto que el hecho de comer de aquel fruto era contrario a la voluntad revelada de Dios.

En la tentación de Cristo, Satanás trató de imitar igualmente. El ofrecerle comida no parecía de sí nada malo. La sugerencia de que Cristo se arrojase desde el pináculo del templo sin hacerse daño alguno le habría traído (de llevarlo a cabo) el reconocimiento del pueblo que con toda razón debía tener. El tener los reinos de este mundo es su prerrogativa y gobernará por encima de ellos en un día futuro. En verdad las cosas que Satanás ofreció a Cristo (mantenimiento, reconocimiento, poder) no eran en sí nada malas ni eran cosas que Cristo no debía tener. Lo que sí era malo fue la manera en que Satanás tentaba a nuestro Señor con aquellas cosas, pues se trataba de conseguir aquellas glorias sin pasar por el sufrimiento que ello requería, particularmente el sufrimiento de su muerte en la cruz. Los fines que Satanás ofrecía eran buenos y justos para Cristo, pero los medios exigían un atajo, pasando por alto la cruz. Se trataba de una imitación ingeniosa y completamente en línea con el acostumbrado proceder satánico.

Al acercarnos al final de esta edad, Satanás por medio de sus demonios está promoviendo doctrinas falsas (1ª Tim. 4.1) con el propósito de producir en el pueblo una forma de piedad, sin el verdadero poder de Dios (2ª Tim. 3.5). Aquí hay también una imitación, una semejanza de piedad que no es impiedad, pero que deja fuera el poder de Dios.

Pero ¿no promueve Satanás también el mal? Claro que sí. La hipocresía mentirosa de Ananías y Safira fue inducida por Satanás (Hech. 5.3), y la infidelidad es tentación de Satanás (1ª Cor. 7.5). Por supuesto, toda imitación "buena" que procede de él es mala. Lo importante que debemos recordar es que Satanás hará cualquier cosa, todo lo que pueda, para apartarnos de la voluntad de Dios. La imitación en forma de sustituir algo, al parecer bueno, en lugar del plan de Dios es tal vez el camino preferido del diablo para hacer sus cosas, pero no puede siempre lograr sus preferencias. Por lo que trata de hacer cuanto puede para vencer al pueblo de Dios de la manera que sea, unas veces haciendo el mal y otras veces haciendo lo que parece "bueno".

Artimanas de Satanas

Para llevar a cabo su plan de imitar las intenciones de Dios, Satanás tiene muchas artimañas que emplear. Además, usa sus trucos en cualquier momento y en cualquier variedad y combinación de maneras. Pero el estar prevenido es estar bien armado.

1. Ya hemos hecho resaltar que Satanás es un maestro de la imitación. Eso es el truco del engaño. Otro ejemplo de esa táctica es el sembrar cizaña entre el trigo de esta época (Mat. 13.24-30, 36-42). La cizaña tiene una hoja que es parecida a la del trigo. Pero como la cizaña no es comestible tiene que separarse del grano de trigo, cosa que es más fácil de hacer cuando ésta madura.

Bajo el gobierno romano era delito el sembrar cizaña en los campos de trigo con propósitos de venganza. En la parábola nuestro Señor asemeja la cizaña que siembra Satanás a los hijos del maligno, en tanto que el trigo simboliza a los hijos de Dios. Al sembrar las dos cosas juntas en el campo (que es el mundo), el diablo hoy engaña a muchos. La gente que, en realidad, son cizaña pueden ser engañados pensando que son trigo porque han hecho una declaración de fe cristiana y muestran ciertas características de los creyentes. Esto les da un falso sentido de seguridad. Sin duda hay muchos sentados en los bancos de las iglesias y sirviendo en los consejos de las iglesias que no se dan cuenta que van destinados al "horno de fuego" donde "será el lloro y el crujir de dientes" (Mat. 13.42).

Muchas veces pienso que Satanás está mucho más satisfecho con los no salvos que están en la iglesia el domingo por la mañana que con los que están jugando golf o durmiendo una mona, porque aquéllos están más inclinados a pensar que hacen bien, en tanto que los que no se encuentran en la iglesia pueden tener alguna clase de sentimiento de que todo no está bien. Esta es una de las maneras que Satanás emplea para engañar al mundo.

2. A veces Satanás emplea la oposición abierta contra la obra de Dios al objeto de impedir su progreso. Hay varios ejemplos de ello en la Biblia.

Cuando Pablo estaba en Corinto escribiendo su primera carta a los de Tesalónica, expresaba el deseo de regresar a Tesalónica para fortalecer aquella joven iglesia, pero él dijo que "Satanás nos estorbó" (1ª Tes. 2.18). Este impedimento, aparentemente, se refiere a la seguridad o fianza que Jasón tenía que facilitar para ellos, lo que significaba que se establecía un acuerdo de que Pablo no volvería a aquella ciudad de nuevo para ser una dificultad pública (Hech. 17.9). Pablo vio aquel acto de los gobernantes de Tesalónica como acción de Satanás.

Algún tiempo después, el Señor resucitado advirtió a la iglesia de Esmirna: "He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados" (Apoc. 2.10). Aquí vemos una oposición abierta instigada por Satanás que usa a los incrédulos para capturar a algunos creyentes y meterlos en la cárcel.

Al mismo tiempo, la iglesia de Pérgamo, según leemos, moraba "donde está el trono de Satanás" (Apoc. 2.13). Esto podría referirse o bien a la adoración de Zeus en su magnífico altar de la Acrópolis, o bien a la adoración de los dioses griegos en el templo. O, desde luego, el trono de Satanás podría ser referencia a las tres formas de adoración pagana. El asunto es que, en este caso, la oposición abierta de Satanás se ve en forma de falsas religiones, táctica que todavía emplea en forma tanto de religiones anticristianas como de algunos llamados cultos "cristianos". La forma del ritual puede ser muy bello, los postulados incluso morales, pero si se anula el poder salvífico de la muerte de Cristo, entonces es un sistema falso y satánico.

3. Al promover sus propósitos, ya sean simulados o abiertos, Satanás emplea muchas veces una teología sistemática que apela al orgullo intelectual del hombre. A la iglesia de Tiatira se le advirtió contra la aceptación de la enseñanza de "las profundidades de Satanás" (Ap. 2.24). Al parecer, una falsa profetisa (llamada Jezabel) de aquella iglesia fomentaba la inmoralidad y la idolatría (v. 20), incorporando estos pecados en un sistema doctrinal que, probablemente, los hacía aparecer como no pecaminosos. Pablo advirtió que los últimos días se caracterizarían por "doctrinas de demonios" (1ª Tim. 4.1) que, por raro que parezca, incluiría la enseñanza del ascetismo como medio de tratar de agradar a Dios y ganar su favor. La abstención, más bien que la indulgencia, será parte del sistema de teología satánica de los últimos días.

A veces se ha dicho que, con toda probabilidad, se encontrará a Satanás en un seminario más bien que en un bar. Sin duda él trabajará donde vea una oportunidad de hacerlo, pero quizás se preocupa menos del bar, donde toman posesión automáticamente

las pasiones de los hombres, que del seminario, donde lucha por ganar las mentes de los hombres y si lo consigue, puede envenenar la misma fuente del río.

4. Una de las artimañas que Satanás emplea con más frecuencia es la aplicación de la presión sobre el creyente de varias maneras. Puede ser la presión que surge de la incapacidad para mantener un buen curso de acción. Esto fue lo que les pasó a algunas mujeres que se embarcaron en una vida de abnegación que fue muy dura para ellas. Al fracasar, siguieron a Satanás. La presión de aquella vida de abnegación fue demasiado grande y también el embarazo que habría producido el admitir que era demasiado abrumador, de modo que cedieron a la presión satánica (1ª Tim. 5.14, 15).

En otro ejemplo, Pablo advirtió que Satanás podía fácilmente tornar el propio remordimiento de una conciencia cargada por el pecado en ocasión de nuevo pecado (2ª Cor. 2.11). Para prevenirlo la iglesia necesitaba no sólo perdonar, sino restaurar al hermano que había confesado y se había vuelto de su pecado. De otra manera Satanás podría poner al hermano bajo la presión de una continua acusación de sí que le conduciría a mayor pecado. La continua introspección puede, con frecuencia, ser una coladura para que Satanás ejerza más presión sobre el creyente.

Estos dos ejemplos muestran que las presiones pueden proceder de la separación que uno realiza de la voluntad de Dios (1ª Tim. 5) o de que otros no hagan la voluntad de Dios (2ª Cor. 2). Con frecuencia Satanás no aparece al principio en el proceso, ni siquiera, quizás, frecuentemente, ya que podemos extraviarnos por nuestras propias concupiscencias o encontrarnos comprometidos en una circunstancia que nosotros no hemos preparado. El orgullo y la avaricia llevan a veces al creyente a buscar algo que, de por sí, ni es bueno ni malo. Pero el conseguirlo puede requerir trabajo extra que puede llevarnos a olvidar a la familia, lo que a su vez acarreará presiones que Satanás usará para derrotar al cristiano. Además, las circunstancais de la vida del siglo veinte son tan complejas de día en día que nos piden más y más dirección de parte del Señor, de modo que como individuos sepamos cuándo decir no y cuándo decir sí, para evitar el exponernos a la presión del diablo que él pueda usar contra nosotros. Podemos estar seguros de una cosa, que el diablo se aprovechará de cualquier ventaja que le demos.

5. Otros de sus trucos o artimañas (que consideraremos más tarde con más detalle) incluyen el descorazonamiento, el apartamiento, la tentación, el estancamiento y, desde luego, cualquier engaño que impida al creyente alcanzar la madurez normal y debida de la vida espiritual.

La Defensa del Creyente

Con demasiada frecuencia la gente va a un extremo u otro en su pensar respecto de Satanás y de sus ataques contra el creyente. Unos se ocupan tanto de él que ven a Satanás metido con actividad en cada problema o situación que les sale mal en su vida. Por ejemplo, hace poco supe de un joven atleta cristiano quien, cada vez que no vencía, lo achacaba a un ataque de Satanás y sentía que no andaba según la voluntad de Dios. Con semejante ayuda, se le atribuyen a Satanás muchas hazañas, con las cuales nada tiene que ver. Tenemos que recordar que dentro de nuestro propio ser existe la capacidad de emprender, promover y cometer el pecado. Si mezclamos al mundo con nuestra naturaleza de pecado, tendremos dos enemigos que son más que suficientes para derribar al cristiano sin la ayuda del diablo. La excesiva preocupación por Satanás puede conducir, además, a una introspección mórbida en la que, no solamente cada acción, sino cada pequeño motivo se examine con detenimiento a la luz de una posible relación con Satanás. Por otra parte, esta excesiva preocupación por Satanás puede a veces llevar a la persona a encontrar excusas injustificadas para sus actos. "Ah, fue cosa del diablo" viene a ser una salida relevando a la persona de su responsabilidad por haber cometido el pecado. Desde luego, Satanás lo hace por medio de la persona, que está comprometida en esa responsabilidad, y no contra su voluntad.

En contraste con la excesiva preocupación por Satanás, hay la actitud contraria de subestimar su actividad en la vida del creyente. Naturalmente el diablo está más que contento cuando puede producir tal decepción, ya que si el creyente no reconoce que la fuente del problema es el mismo Satanás, entonces no puede atacarla de la manera oportuna. La inclinación actual de

tratar de explicar todas las cosas en términos de fenómenos naturales ha facilitado a Satanás, sin duda, una máscara para esconder su trabajo. Por ejemplo, las dificultades emocionales personales, los problemas de la iglesia, las circunstancias adversas, difícilmente se atribuyen a Satanás. En verdad, el hacerlo casi parece tonto, pero es mucho más tonto no hacerlo.

Entre estos dos extremos se encuentra el equilibrio debido, aunque el encontrarlo no sea cosa siempre fácil. Hemos de estar alerta contra cualquier maquinación posible o estratagema del diablo porque siempre está funcionando, atacando, engañando, imitando y buscando vencer al creyente en toda oportunidad. Gracias a Dios que no nos ha dejado sin defensa. Se ha hecho provisión para contrarrestar esos ataques.

1. En dos lugares del Nuevo Testamento se nos dice que el Señor Jesús vive en el cielo para interceder por sus hijos (Rom. 8.34; Heb. 7.25). Al parecer, esta obra de orar por nosotros tiene dos aspectos: curativo y preventivo. El curativo es necesario para mantener la comunión cuando pecamos (1ª Juan 2.1); el preventivo nos ayuda a evitar que pequemos, particularmente cuando Satanás nos ataca. El Señor nos dio un anticipo de la situación cuando oró al Padre, antes de ser crucificado, con estas palabras: "No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal" (Juan 17.15). La palabra "mal" como aparece en este versículo puede ser neutra, significando las malas cosas, o masculina, significando el malo, Satanás. Este último es el significado que Juan parece preferir en sus escritos (cf. 1ª Juan 2.13, 14; 3.12; 5.18, 19). De suerte que Cristo pide al Padre que guarde a los creyentes contra Satanás. Lo que esto implica, en términos de salvarnos de los ataques de Satanás, no podemos saber completamente por este lado del cielo. Pero allí podremos aprender todo lo que la obra intercesora de Cristo ha significado para nuestro beneficio en la derrota del adversario. Desde luego, esta es una defensa que El hace enteramente para nosotros y nosotros no tenemos parte, si no es la de recibir sus beneficios.

2. Una segunda línea de defensa para el creyente es saber que los propósitos de Dios pueden incluir ocasionalmente el utilizar a Satanás para darnos una lección especial. En tales casos nuestra defensa es aprender la lección de Dios, aunque esté

empleando a Satanás para enseñárnosla. Eso fue lo que Dios hizo con Job cuando permitió que Satanás fuera usado para llevar a cabo sus propósitos en la vida de Job. Cosa similar ocurrió en la vida de Pablo (2ª Cor. 12.7-10) cuando el Señor le envió un mensajero de Satanás para que le inflingiera cierta especie de "aguijón en la carne" para impedir que se enorgulleciera por las revelaciones que Dios le había dado. La lección que Pablo aprendió fue la suficiencia de la gracia de Dios. El descansar sobre ella fue el único medio de poder vencer a Satanás y someterse a la voluntad de Dios. Semejante envolvimiento de la voluntad de Dios, del mismo Satanás y del creyente al mismo tiempo, es, a veces, inescrutable y, sin embargo, ocurre.

3. Siempre resulta de primera importancia para derrotar a Satanás el adoptar la actitud apropiada con respecto a él. Si bien tenemos el poder de Dios de nuestro lado, nunca es inteligente el asumir que la victoria está automáticamente garantizada. El recordar que estamos comprometidos con un poderoso enemigo, el más grande de todas las criaturas de Dios, nos lleva a asumir la actitud apropiada hacia Satanás. Tenemos un ejemplo de esto en Judas 9 donde se nos recuerda que incluso un ángel tan grande como el arcángel Miguel no se atrevió solo contra el diablo, sino que llamó al Señor para que le reprendiera. Ningún cristiano, por lo tanto, debe sentir que es lo suficientemente sabio y poderoso como para emprender una lucha con Satanás aparte de una dependencia completa en el Señor.

4. Para la victoria es esencial que el creyente se declare abiertamente. ¿Por qué decimos esto? ¿Es que no resulta claro, de por sí? Sí, lo es, pero muchos cristianos nunca lograrán la victoria sobre el diablo sencillamente porque nunca han decidido declararse abiertamente contra él. Todavía flirtean con el pecado o con la tentación que Satanás pone en el camino. Pueden incluso orar con ansiedad para conseguir la victoria y hablar con toda piedad de su deseo de ser aliviados, pero en sus corazones hay todavía el deseo de gratificarse y de ceder a algún pecado favorito, aunque solamente sea de vez en cuando. Sólo la decisión definitiva de tomar una posición decisiva contra el maligno puede colocarnos en el camino de la victoria.

Santiago escribió de esto, utilizando un tiempo del verbo que

significa tomar una postura decidida, cuando dijo: "Resistid al diablo, y huirá de vosotros" (4.7). Asimismo se le da la armadura al creyente para que pueda estar firme contra el adversario (Efes. 6.11, 13, 14). Tal posición es vital como base de operaciones en la que sostenar la continua lucha que se nos presenta. Sin ella, sólo habrá retirada y derrota. Con ella habrá victoria, aunque no sin la continua lucha.

5. En el Apocalipsis 12.11 se nos da una fórmula sencilla y concisa para derrotar a Satanás: "Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte". En esa fórmula hay tres elementos. La primera es la base de toda victoria contra Satanás, la sangre del Cordero. Esto no significa algo místico, ni una aplicación mágica hoy de una sangre casi literal conforme el creyente la "reclama" o "echa mano" de un poquito de su depósito. La sangre del Cordero fue derramada en un monte fuera de Jerusalén, constituyendo una clara evidencia de que ocurrió la muerte. La sangre no está en el cielo; el Cristo crucificado sí está, y como tal ha derrotado a Satanás (Col. 2.15). Su victoria hace nuestra victoria posible. Esto es lo que se enseña con la idea de vencer a Satanás con la sangre del Cordero.

El segundo elemento de la fórmula es algo que podemos hacer para que la victoria de Cristo sea aplicable a nuestras vidas: ser positivos y persistentes en nuestro testimonio para el Señor. Es una equivocación fatal el creer que, si bien la fe en la muerte de Cristo es precisa, el testimoniar de Cristo es opcional. El no testificar de boca y con la vida de uno significa no derrotar a Satanás. Recordó el Señor a sus discípulos: "Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa" (Mat. 5.14, 15). Como la luz debajo de un almud, el testimonio que se esconde debajo de cobardía, avenencia, mundanalidad o negligencia se apagará. A veces un cristiano derrotado (espero que se me entienda bien) no necesita orar más o leer su Biblia más, sino salir a testificar más.

El tercer rasgo de esta fórmula para la victoria es la actitud básica respecto de la vida misma, una actitud de sacrificio hasta

el punto de estar perfectamente dispuesto a morir por Jesús. Una actitud semejante colocará en su debida perspectiva los valores que uno tenga en la vida más rápidamente que cualquier otra cosa. El derrotar a Satanás requiere un espíritu de mártir. "Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará" (Mr. 8.35).

6. Finalmente, la victoria sobre Satanás requiere el uso constante de la armadura que Dios ha preparado para el cristiano (Efes. 6.11-18). Esta incluye la verdad porque, como un cinto, une todas las cosas y da la debida orientación a la vida. Desde luego, esta es la verdad de Dios, no la sabiduría de los hombres, y tiene que ser la base de cómo contemplamos todas las cosas. El dinero, las amistades, las actividades y las actitudes, familia y diversión, ciencia y psicología, todos deben gobernarse por la verdad de Dios según se revela en la Sagrada Escritura.

La justicia es el pectoral que guarda los órganos vitales de la vida. ¿Se trata de la justicia que se nos imputa por causa de estar en Cristo? Desde luego que sí. ¿Es esta la justicia que se nos imparte para vivir cada día? Claro que sí. Las dos van incluidas, porque una vida justa tiene que basarse en una postura justa, y una postura justa que no se manifiesta en un vivir piadoso no es, probablemente, genuina.

Nuestros pies deben estar preparados para hacer la voluntad y la obra de Dios, porque hemos experimentado la paz de Dios que nos trae el evangelio. Ni tropiezo ni aflojamiento debe caracterizar al creyente.

La fe es el gran escudo que protege todo. No se trata simplemente de la fe que necesitamos para las crisis de la vida, sino la fe que vence al tentador en la rutina de la vida. Por fe andamos, no por vista.

Alrededor de la cabeza va el yelmo de la salvación. ¡Cuántos creyentes piensan que sólo deben salvarse del cuello para abajo! Ya hemos observado que la vida de dedicación comienza con un renovamiento de la mente (Rom. 12.2); nuestro pensar diario ha de experimentar los efectos de la salvación.

La sola arma ofensiva es la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios. No es solamente la Palabra escrita, porque la palabra particular que aquí se usa y se traduce por "palabra" significa

la palabra hablada. La espada del Espíritu, por tanto, es la proclamación verbal de la Palabra escrita. No es sencillamente que llevemos un Nuevo Testamento en el bolsillo, por muy bueno que eso sea, sino el testimonio hablado que damos con nuestros labios. La espada del Espíritu de Efesios 6.17 es la palabra de testimonio de Apocalipsis 12.11.

El rasgo final de la armadura es la oración, no solamente formulación oral de peticiones, sino la oración que guía el Espíritu.

Esta es la armadura que se ha preparado para nuestra protección, pero Dios no va a forzarnos a meternos en ella. Es nuestra responsabilidad el tomarla, (v. 13), y constituirá una empresa para toda la vida. Claro está que, el ponerse la armadura puede ser cosa rápida, de un momento, pero el desarrollo de la habilidad y de la pericia en su uso es cosa que requiere toda una vida de práctica. Podemos estar seguros, además, de que Satanás procurará encontrar las grietas de nuestra armadura en su lucha constante y sin tregua contra nosotros.

Voy a terminar este capítulo sobre las asechanzas del diablo recordándoles partes de tres versículos que un orador parafraseó y puso juntos para mí, hace ya muchos años, y que han constituído una verdadera fuente de seguridad en mi vida: "Cristo vive en mí" Gál. 2.20); "Mayor es el que está en mí que el que está en el mundo" (1ª Juan 4.4); "No me desamparará ni me dejará" (Heb. 13.5). Nuestro Señor es nuestra victoria. Confiad en El y utilizad todos los medios que El ha preparado para derrotar al gran enemigo de nuestras almas.

13

TENTACION

La tentación es una cosa corriente para el hombre. O, como dice el Nuevo Testamento parafraseado: "Pero recordad esto, los malos deseos que os vienen en la vida ni son nuevos ni diferentes" (1ª Cor. 10. 13a). En realidad, incluso los héroes de la Biblia pasaron por pruebas y fallos sorprendentes. ¿Nos acordamos de la borrachera de Noé? ¿O la cobardía de Abraham y su mentira al rey pagano? ¿Qué de la propia exaltación de Moisés golpeando la roca que le valió el no entrar en la tierra prometida? ¿O las estratagemas de Jacob? ¿Cómo obraron los patriarcas con José? ¿No murmuró Elías? ¿Qué del doble pecado de David? ¿O la ostentación de Ezequías? ¿No tuvo Jonás un espíritu rebelde? ¿No negó Pedro al Señor? ¿No se apartó Juan Marcos? ¿No discutieron Pablo y Bernabé? Algunos de los personajes más nobles de la Biblia no solamente pasaron por la tentación, sino que cayeron en ella.

Pero cuando uno lee u oye hablar a algunos sobre la vida espiritual, llega a pensar que ese llamado cristiano de vida victoriosa nunca pasa por la tentación, o, si pasa por ella, es una experiencia tan débil y pasajera que, en realidad, no le ocasiona problemas. Acabo de leer media docena de libros sobre la vida espiritual y sólo en uno he encontrado un par de párrafos alusivos a la tentación. Quizás esta actitud irreal respecto de la realidad de la tentación es causa del desánimo que cunde entre algunos creyentes que, pensando que tienen el "secreto" de la victoria, de repente se encuentran, no sólo frente a la tentación, sino vencidos por ella.

Pero, aunque la tentación sea cosa común al hombre, el creyente no tiene que ceder a ella, puesto que Dios, en su misericordia, ha preparado vías de escape, al objeto de que podamos soportarla. De modo que el creyente, aunque nunca esté libre de la

tentación, no precisa sucumbir ante ella. En verdad, los creyentes espirituales son los que más afrontan la tentación.

> Se ha dicho bien que los creyentes espirituales tienen el honor de pelear en las trincheras de primera línea. Allí se siente más feroz la presión del enemigo. Pero también tienen el privilegio de ver la derrota aplastadora del enemigo; tan abundante es el poder de Dios, y tan altamente es honrado el creyente espiritual. (i)

Los Propositos de la Tentacion

Si la tentación es universal, tiene que haber alguna razón, hasta posiblemente una buena razón. Y en efecto la hay. De un lado, Dios emplea la prueba para tratar de probar a sus hijos. El mismo Pedro recordó a algunos de los santos que sufrieron en el primer siglo: " . . . aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo" (1ª Ped. 1.6, 7).

En este pasaje se emplean las dos palabras principales para tentación o prueba. Una, al final del versículo seis, traducida por "pruebas", significa básicamente experimentar, atravesar, intentar, y así viene a indicar el concepto de poner a prueba. Cuando esta clase de prueba o de tentación procede de Dios, como ocurrió, al parecer, entre los lectores de San Pedro, no puede ser una solicitación al mal, sino una prueba para mostrar el carácter cristiano de aquellos que son probados. Santiago dice claramente que "Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie" (1.13). De modo que cuando Dios tienta o prueba, lo hace, como dice Pedro en su versículo siete, con el propósito de poner a prueba nuestra fe. Esa palabra, por lo general, incluye la idea de prueba que se pasa con éxito y que, por consiguiente, da aprobación a la persona que es probada. Pablo ganó tal aprobación en las pruebas de los primeros años de su vida cristiana,

(i) Lewis Sperry Chafer: *He that is Spiritual*, pág. 182.

incluso antes de que empezara su primer viaje misionero. Habiendo soportado las pruebas y dificultades, pudo luego decir que era aprobado por Dios que puso a prueba su corazón (1ª Tes. 2.4). Semejante prueba no tiene por objeto sacar a luz de nuestro corazón lo peor, sino lo mejor.

Sin embargo, Satanás puede también ser la fuente de la tentación (la primera palabra según se halla en 1ª Cor. 7.5), y su propósito declarado es conseguir nuestra caída. Si cedemos a semejante tentación, desde luego, fracasaremos en conseguir la aprobación de Dios y, contrariamente, seremos desaprobados. La segunda palabra, que significa someter a prueba, nunca se emplea con relación a Satanás tentando al cristiano, ya que, obviamente, no tiene intención de dar al creyente la oportunidad de que sea aprobado.

Creo que la principal dificultad en aclarar las diversas ideas que sugiere este concepto de la tentación es que para la mayoría de nosotros la tentación significa algo malo en sí mismo o, al menos, algo que conduce al mal. Es inevitable que tengamos tal idea, porque con tanta frecuencia las personas son vencidas por la tentación y caen, siendo desaprobadas más bien que aprobadas. En otras palabras, la idea de "tentación" significa para la mayoría una solicitación a cometer el mal. Pero también necesitamos recordar que encierra la idea de prueba, de comprobación, experiencia; y si Dios es la fuente, no puede haber solicitación para hacer el mal. No obstante, Satanás y nuestra propia carne pueden hallarse implicados y éstos, no Dios, son las fuentes del mal. Una circunstancia de prueba puede ser iniciada por Dios para comprobación de nuestro carácter cristiano; pero en algún momento nuestra carne se siente afectada y nos arrastra a malos resultados (Santiago 1.14, 15). Pero el propósito de Dios es refinar, en tanto que Satanás o nuestra naturaleza de pecado trata de impedirlo a toda costa.

Antes de concluir esta discusión sobre los propósitos de "prueba" en la tentación, según se expresa en 1ª de Pedro 1.6, 7, vale la pena notar que en medio de tales tribulaciones el creyente puede legítimamente hallarse en gran turbación o pena por causa de la prueba. Nunca pierde su gozo de fondo por su seguridad en su condición espiritual (1ª Pedr. 1.3-6a), pero sí puede ser en-

turbiado el gozo por la pena del momento. Pensar que el gozo y la preocupación no pueden ir juntos constituye un concepto irreal de la espiritualidad. A la verdad, no es bíblico.

Un segundo propósito por el que Dios puede traer la prueba a la vida de un creyente es para enseñarle ciertas cosas que de otro modo no podría aprender. Por esa razón Pedro nos exhorta a no sorprendernos, incluso en el fuego de prueba, ya que nuestro Señor también sufrió en los días de su carne (1ª Pedr. 4.12, 13). ¿Qué hizo el sufrimiento para el perfecto Dios-hombre? La Escritura dice que aprendió la obediencia por medio de las cosas que sufrió (Heb. 5.8). Así que las pruebas y las tribulaciones deben enseñar al creyente la obediencia a Dios y a su voluntad.

Las tentaciones pueden también usarse para aumentar nuestro amor para Dios. "Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman" (Sant. 1.12). Las pruebas deben enseñarnos, además, el aguante paciente como les ocurrió a las iglesias primitivas (Apoc. 2.3, 13). Las pruebas también nos hacen echarnos sobre Dios, aprendiendo la dependencia de El en maneras que quizás no hubiéramos conocido de otra manera. Estas pueden presentarse en forma de oposición a la postura que uno adopta por Cristo (2ª Cor. 1.8-10), o a veces en la naturaleza de una aflicción física (2ª Cor. 12.7-9). Son necesarias estas lecciones que las tentaciones pueden enseñarnos (obediencia, amor, paciencia, dependencia) para completar nuestra madurez en la vida cristiana. Las muchas tentaciones enseñan muchas lecciones.

Pero, como ocurre en todas las tentaciones, en una prueba que Dios propuso para enseñarnos algo, podemos fallar y se pierde la lección. En ese caso, la única solución es confesar el pecado, reponerse uno, aprender la lección de la debilidad de la carne, y apoyarse más aún en el poder de Dios.

Usted dirá, sin embargo, ¿no son tan grandes los riesgos que sería mejor que Dios eliminara las tentaciones de nuestras vidas? La contestación es no, porque la prueba es el camino de la aprobación y el crecimiento en nuestras vidas cristianas. Para aprobar se necesita probar, y el crecimiento es más rápido frente

a la oposición. Los grandes resultados comprenden grandes riesgos. Las pruebas son los medios que tiene Dios para ofrecernos oportunidades de ser aprobados y de crecer; son el medio de derrotar a Satanás. El rumbo que tomemos depende en gran manera de nosotros mismos.

Proteccion en la Tentacion

Una gran promesa para todos los creyentes se encuentra en Primera de Corintios 10:13: "No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar". Prácticamente, el Señor promete protección en la tentación en dos sentidos, en la extensión de ella y en la salida.

1. Dios garantiza limitar la intensidad y clase de tentación hasta donde El sabe que podemos resistir. Esta es una maravillosa promesa si recordamos que se basa en su perfecto y completo conocimiento de nuestras capacidades particulares e individuales para soportar pruebas. No se basa en lo que nosotros pensamos que podemos aguantar, sino en lo que El sabe que podemos. Esto significa, además, que cada prueba no sólo puede ser soportada, sino que puede serlo con éxito. Ningún creyente nunca tiene el derecho de decir que Dios esperaba demasiado de él a la luz de esta promesa. Pensemos en el cuidado que Dios tuvo de las pruebas que sobrevinieron a Job; sin embargo, permitió a Satanás que desatara su furia contra él y su familia porque el Señor sabía que podría soportarla y lo hizo. Con mucha frecuencia Pablo fue abrumado sobremanera, pero nunca más allá de lo que podía soportar (2ª Cor. 1.8-10; 6.4-10). Incluso cuando desesperaba de la vida, Dios estaba midiendo hasta dónde podía llegar la prueba. Estas ilustraciones indican que las pruebas grandes significan gran confianza. Dios no puede dejar al creyente débil y no maduro ser probado con rigor, sabiendo que no podría soportarlo.
2. Dios promete preparar una vía de escape, literalmente, una salida. Lo hace junto con la tentación; pero notemos cuidadosamente que hace la prueba de acuerdo con este versículo. Esto refuerza lo que dijimos en la sección anterior acerca de

que Dios precisa de estas pruebas para fomentar el crecimiento en nuestras vidas espirituales. El creyente que piensa que está viviendo por encima de la tentación vive en un mundo de ensueño, no en el mundo que Dios ha preparado para él. ¿Cuál es esta salida? Ciertamente no es escapar de la experiencia, porque, de otro modo, la última frase del versículo no significaría nada, ya que una persona relevada de la tentación no la soporta. Tampoco es una promesa de liberación de pruebas futuras. Más bien es una promesa de ayuda ajustada a la prueba particular para dar fuerza suficiente para aguantar en medio de la tentación.

Promesa similar se encuentra en Hebreos 2.18: "Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados". A fin de cuentas, sea cual sea la vía de escape que se prepare en una situación particular, incluirá la dependencia del poder sustentador del Señor. Pero también puede incluir el uso de otros recursos que Dios da y que discutiremos en la la próxima sección.

Observe, finalmente, en 1ª Corint. 10.13 que es Dios quien prepara la tentación y la salida, al mismo tiempo. Estas pruebas que vienen a nuestra vida están ordenadas por El, y la salida en cada caso no es una idea tardía. O, para ponerlo de otra manera, en el momento en que comienza la prueba ya tenemos la salida a mano. Dios no espera a ver cómo vamos a salir de la prueba, para luego proveer una salida si ve que nos estamos entregando. La salida está ahí en todo momento, durante el curso de la prueba.

Esta es la promesa de Dios que es nuestra protección en cada prueba—un cuidadoso medir del grado hasta donde podamos ser probados y una provisión consistente de escape mientras pasemos por la prueba.

Procedimientos Para Usar en las Tentaciones

Mediante el ejemplo y la enseñanza directa, la Biblia da bastante consejo en cuanto a cómo enfrentarse con la tentación. Los particulares pertenecen a dos categorías: (1) las responsabilidades generales en todas las circunstancias, y (2) los recursos especiales para situaciones individuales.

Frente a cualquiera de las tentaciones, el creyente tiene tres responsabilidades generales. Primero, ha de alegrarse en medio de la prueba, como dice Santiago 1.2: "Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia". Esta no es la actitud del cínico o del estoico sino del cristiano triunfante que se enfrenta con la tentación, no con resignación pasiva, sino con gozo positivo. Esta fue la actitud de los primeros discípulos que se gozaban de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre (Hech. 5.41). El testimonio de Pablo fue que se gloriaba en las tribulaciones (Rom. 5.3). ¿Cómo puede ser esto? Pablo y Santiago contestan al unísono: Podemos gozarnos porque sabemos que una prueba que se pasa con éxito produce fe y paciente resistencia en la vida, y a veces esto sólo puede hacerse mediante las tribulaciones.

Segundo, los cristianos tienen la responsabilidad de soportar la tentación. "Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman" (Sant. 1.12). Ya hemos visto que la gran promesa de 1ª Cor. 10.13 no promete libertad de la tentación, sino ayuda a soportarla. Soportar significa llevar la prueba con paciencia y constancia y sin murmurar, desmayar o blasfemar. Uno puede preguntarse: "¿Por qué sucedió esto?" Pero el creyente que muestra ese aguante no dudará de que Dios esté realizando su propósito en la prueba para producir crecimiento y desarrollar gracias en su vida. El rendirse es pecar; el gruñir es fracasar; el aguantar es aprender la lección que Dios ha propuesto por medio de la prueba.

En tercer lugar, el creyente debe estar en oración acerca de la tentación. Una de las peticiones del Padrenuestro es: "No nos metas en tentación, mas líbranos del mal [del maligno]" (Mat. 6.13). Conociendo su propia debilidad, el hijo de Dios debería estar pidiendo a su Padre celestial que no le deje a sus propios medios, lo que le expondría a ser vencido por el diablo. Esta es una petición para todos aquellos que reconocen ser débiles y susceptibles al mal para que el Señor no los deje ser probados con demasiada frecuencia ni demasiado rigor, y que, en las pruebas que vengan, el diablo no gane la victoria. Esta petición no es para héroes o

idealistas, sino para gente ordinaria que realmente reconoce su debilidad en la carne y las posibilidades de fallar que forman parte de toda prueba.

Además de estas responsabilidades generales, hay algunos recursos especiales mencionados en la Palabra para emplearse en tiempos de tentación.

Primero, aunque parezca extraño, hay ocasiones cuando el creyente mostrará la más fuerza y sabiduría si se escapa de la situación que presenta la tentación. Algunos demasiado piadosos consideran que esto suena a cobardía, pero es escritural. Los mandamientos de hacer esto son bastante claros y específicos: "Huid de la idolatría" (1ª Cor. 10.14). "Huye también de las pasiones juveniles, y sigue la justicia, la fe, el amor y la paz" (2ª Tim. 2.22). Los ejemplos resultan igualmente claros. En el primer viaje misionero Pablo huyó de Iconio cuando la oposición creció sobremanera contra él (Hech. 14.5, 6), y en este caso se vio la sabiduría de Pablo.

En Génesis 39 hay un bello ejemplo del principio de la escapatoria. José, siendo esclavo en la casa de Potifar, fue solicitado por la esposa de éste para cometer adulterio. A la primera solicitación dijo resueltamente que no. Vio las consecuencias de ceder a la tentación, pues dijo claramente: "¿Cómo, pues, haría yo este grande mal, y pecaría contra Dios?" (v. 9). No hubo ninguna vacilación, ninguna duda, ningún compromiso. Pero la tentación no desapareció con aquella primera negativa, porque la esposa de Potifar le solicitó nuevamente "cada día" (v. 10). Finalmente, "ella lo asió por su ropa, diciendo: Duerme conmigo. Entonces él dejó su ropa en las manos de ella, y huyó y salió (v. 12). Algunas veces es mejor escapar de una situación en la que uno podría ceder a la tentación, antes que quedarse y luchar. Esto no constituye negación del poder de Dios, sino que es una apreciación honrada de la debilidad de la carne.

Un segundo recurso que el creyente tiene a mano en algunas situaciones de tentación es el destruir lo que pueda convertirse en instrumento o medio de pecado. Este principio se establece en Romanos 13.14: "Vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne." El no proveer para los deseos de la

carne puede significar el desprenderse de ciertas cosas en la vida que le ocasionen a uno a pecar.

Ejemplo excelente de esto se encuentra en los acontecimientos que tuvieron lugar en Efeso durante el ministerio de Pablo en aquella gran ciudad, con ocasión de su tercer viaje misionero (Hech. 19.11-20). Como el cristianismo se esparció por la ciudad, los nuevos convertidos se dieron cuenta del mal de ciertas posesiones y de la práctica de magia (v. 19). Esto se supone significaba palabras y dichos mágicos escritos sobre pergaminos y amuletos. Algunos se componían de letras escritas en la corona, el cinto y los pies de la estatua de Diana que se alzaba en el gran templo de Diana en Efeso. Cuando los creyentes se dieron perfecta cuenta del mal que suponía el uso de aquellos amuletos y libros de "buena suerte", los juntaron y quemaron los pergaminos en una enorme hoguera. Sólo el valor de los pergaminos ascendía a cincuenta mil piezas de plata, que serían cerca de quince mil dólares, según un cálculo establecido. Aunque resulta imposible determinar el valor exacto de estos artículos, indudablemente eran de mucho costo.

Hoy, desde luego, somos demasiado sabios y adelantados como para quemar libros. Incluso si pensáramos que tales cosas como patas de conejo, tréboles cuadrifoliados, paquetes de astrología y los horóscopos diarios de la prensa fueran impropios de una vida cristiana, pensaríamos que no somos sabios si perdemos el valor monetario de todos ellos por destruirlos. Probablemente pensaríamos en la forma de venderlos todos a un librero, aunque diéramos el dinero a la iglesia para sus necesidades. Lo que resultaría es que ciertos cristianos de nuestros días encontrarían los libros en la librería y comprarían los libros que nosotros habíamos desechado. Puede ser una buena idea para conseguir dinero, pero no es la forma más indicada de vencer la tentación. A veces la destrucción total de tales objetos que nos inducen a pecar es la única forma de conseguir una victoria espiritual.

Hace poco estuve hablando en un campamento de jóvenes sobre este tema y usé el incidente de Hechos 19 como ilustración. Aunque yo no había hecho ninguna aplicación a la vida moderna, el Espíritu Santo habló a un joven del auditorio que hacía pocas semanas conoció a Cristo acerca de la clase de música

que atraía gran parte de su vida. De resultas se decidió a destruir literalmente canciones y discos que le pertenecían y que comprendía le excitaban las pasiones en el corazón y en la mente. Las notas musicales y las palabras no son dañinas en sí mismas, pero cierta manera de ponerlas juntas enciende y mueve deseos que pueden llevar a pecar. Si es así, lo mejor que hay que hacer es destruirlos.

No sería difícil citar otras ilustraciones. Por lo común la "cosa" de referencia no es en sí mala, pero puede convertirse en un arma para derrotarnos. Dándonos cuenta de nuestra debilidad, es mejor no tener cerca lo que favorece la oportunidad para que la carne cumpla su concupiscencia. Este es el camino a la victoria.

Un tercer recurso que el creyente puede considerar de ayuda para vencer la tentación es la buena compañía. Después de aconsejar a Timoteo que huya de las pasiones juveniles, Pablo añade: "Sigue la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de corazón limpio invocan al Señor" (2ª Tim. 2.22). Los buenos compañeros pueden impedir que la tentación siga un rumbo malo. Como dice el proverbio: "El que anda con sabios, sabio será; mas el que se junta con necios será quebrantado" (13.20). El asociarse con los enemigos de Cristo fue uno de los pasos que llevó a Pedro a negar al Señor la noche antes de la crucifixión (Luc. 22.55).

Esto no quiere decir que no podemos nunca asociarnos con los amigos no salvos para que no nos lleven a la tentación, pero sí quiere decir que cuando cualquier compañía, cristiana o incrédula, tienda a rebajarnos a un nivel inferior, debemos esquivarla como veneno, porque eso es lo que es.

La Biblia dice todo eso acerca de la tentación. Dios lo prepara con objeto de probarnos, de enseñarnos y de aumentar nuestro amor por El. Ninguna solicitación a hacer el mal viene de Dios. Eso ocurre cuando somos atraídos de nuestra propia concupiscencia y seducidos (Santiago 1.14). Pero Dios ha prometido que nunca pondrá sobre nosotros más de lo que podemos llevar con éxito y que nos prestará ayuda y recursos para soportarlo. El cristiano espiritual debe esperar a ser tentado, pero el cristiano espiritual saldrá victorioso de la prueba.

14

CONFESION Y PERDON

Un campo de la vida espiritual que ha suscitado numerosas preguntas de tipo práctico en el día de hoy es el que se refiere a la confesión del pecado. ¿Qué es la confesión? ¿Cuándo debemos hacerla? ¿Debe ser pública o privada o de ambas maneras? ¿No nos ha perdonado Dios ya, tanto si confesamos como si no? ¿Cuál es nuestra obligación con respecto a perdonarnos los unos a los otros? Estas son algunas de las preguntas a las que se han aportado varias contestaciones, y son preguntas que deben contestarse, pero con las Escrituras.

Confesion de Nuestros Pecados

1. ¿Qué es la confesión de pecados? La palabra confesar significa, literalmente, decir la misma cosa; es decir, estar de acuerdo o reconocer completamente. Por tanto, una confesión es un acto de reconocimiento de acuerdo con unas normas, e incluye la admisión de un desacuerdo anterior. Cuando uno confiesa a Jesucristo como Salvador, reconoce que lo que había pensado anteriormente de Jesús estaba equivocado y que ahora está de acuerdo con Dios de que la muerte de Cristo pagó sus pecados. Cuando un cristiano confiesa pecados específicos en su vida, está de acuerdo con lo que Dios dice acerca de ese pecado y reconoce su desacuerdo anterior o culpa. La norma es siempre la Palabra de Dios sin compromisos.

2. ¿Incluye la confesión siempre el arrepentimiento y el apartarse del pecado? Esta pregunta no es fácil de contestar. A uno le gustaría decir que sí, la verdadera confesión siempre comprende el apartarse de ese pecado que ha sido confesado. Indudablemente, esta es la forma cómo debiera de hacerse, pero no siempre ocurre así. ¿Qué santo no ha caído en el mismo pecado

que había confesado anteriormente y que (según pensaba él) había abandonado.

¿Cuál es la contestación? Por un lado está perfectamente claro, según el sentido de la palabra, que la confesión no es una mera expresión de boca de un pecado particular. El estar de acuerdo con Dios respecto de un pecado incluye, no solamente el reconocimiento de que El dice que es pecado, sino también el tener su punto de vista respecto del mismo, lo que por cierto incluye el abandonarlo. El no incluir la actitud de que hay que separarse del pecado sería entender a medias el acuerdo con Dios respecto al asunto. Por tanto, la verdadera confesión no puede ser un mero inyectar palabras en algo que automáticamente produce el perdón.

Por otro lado, ¿por qué tantos tienen la experiencia de confesar, apartarse del pecado, y caer, no obstante, otra vez en el mismo? La falta no está, según se ve, en una confesión defectuosa, sino más bien en no apropiarse los medios que están al alcance para conseguir la victoria sobre el problema. Y, sin embargo, algunas veces no es esa toda la historia tampoco, porque hay algunos que, a pesar de todo cuanto puede hacerse, caen en el mismo pecado de nuevo, vencidos por la carne y por Satanás. Pero la confesión no fue deficiente en esos casos. Fíjese en que hay que distinguir entre varias cosas: la confesión, la vida siguiente, el poder del pecado. En otras palabras, parece ser que no hay garantía en la Palabra de que, cuando se ha confesado el pecado y se ha apartado de él, el creyente esté exento de caer en él por el resto de su vida. Consecuentemente, la verdadera confesión ha de incluir sentimiento por el pecado y apartamiento de él, pero la verdadera confesión no garantiza incluso que ese particular pecado no sea cometido nuevamente. Si ocurre así, hay que confesarlo de nuevo.

3. ¿Cuándo hemos de confesar nuestros pecados? En general la contestación es: en el momento en que nos demos cuenta del pecado y estemos dispuestos a confesarlo como pecado y a apartarnos de él. En particular, la Biblia pone dos límites de tiempo en este problema. El primero es la noche y el segundo es el momento de la comunión. El principio de Efesios 4.26, "No se ponga el sol sobre vuestro enojo", parece indicar que el problema debe solucionarse antes de que nos retiremos a la cama por la noche. Las actividades del día, incluyendo sus errores, pueden revisarse convenientemente entonces para hacer una confesión al Señor. Pero si no se hace así, la noche de sueño y las actividades del día siguiente pueden producir una insensibilidad y un olvido que, a su vez, pueden conducir a mayores pecados, o al menos a continuar en el estado de falta de comunión a causa del pecado no confesado.

La hora de la comunión, cuando se toma la Cena del Señor, es también una ocasión para realizar examen de conciencia y confesión de pecados. El no hacerlo puede acarrear juicio de Dios en forma de enfermedad o incluso de muerte física (1ª Cor. 11.27-32). Lo ideal es confesar el pecado cuando uno lo descubra, pero no debe uno dormirse sin haberlo confesado antes, y si por alguna razón no se hace así, nunca debe pasar del momento de la comunión o Santa Cena.

4. ¿Hay más de una manera de confesar? Hasta ahora en nuestra discusión hemos dejado sentado que la confesión es una recitación a Dios, ya sea verbal o silenciosa, de nuestros pecados en oración. Ciertamente esta es una de las maneras de confesar. Pero también puede hacerse la confesión en forma de pensamiento que, incluso en un momento de tiempo, encierra la recitación, el reconocimiento, el abandono y todo lo que requiere la confesión verdadera. Además, una confesión puede tomar la forma de una resolución para cambiar nuestra forma de actuar. Realmente, toda confesión debe producir este resultado, pero esta puede ser la única forma que una confesión particular toma. Tal clase de confesión habla muy alto.

Una vez asistí a una reunión muy larga en la que los estudiantes de un centro docente hacían sus confesiones públicamente. Muchas de ellas fueron necesarias y tuvieron un efecto beneficioso. Pero había una chica, en particular, cuya confesión no sonó bien. Fue muy larga y muy detallada, aunque, en realidad, no era específica y parecía estar endulzada con un manto de piedad. A su tiempo la rutina de la vida estudiantil se reanudó y se vivía otra vez en el valle. Un día, no mucho después, me encontré haciendo cola en la cafetería para tomar mi almuerzo cuando aquella chica se metió a la cabeza de la cola. Una estudiante

que estaba delante de mí le dijo a su compañera: "Veo que hace de las suyas. ¡Qué lástima que no venciera el deseo de meterse en cabeza de la cola!" A veces es mejor ver que no oir una confesión.

5. ¿Qué hay de la confesión pública? Queremos tratar de esto más tarde con más detalle, pero baste ahora decir que en primer término la confesión debe hacerse a Dios. No obstante, hay ocasiones cuando cierta clase de reconocimiento público del pecado es necesario y apropiado. El público puede sencillamente ser otra persona (Mat. 5.21) o toda la iglesia (Mat. 18.17), y con tal confesión puede haber la necesidad o no de la restitución.

Es importante recordar que la confesión pública de pecados específicos es frecuentemente inapropiada del todo. Una vida cambiada es una confesión pública, pero la enumeración de ciertos pecados en público puede estar completamente fuera de lugar. Personalmente yo me encontré turbado por este problema en un momento de mi vida, y pedí consejo a un santo anciano de gran sabiduría para que me guiara y me aconsejara con relación a la confesión pública del pecado. Ofreció dos pensamientos: a) ¿Qué voz pide la confesión pública, la de Dios, de Satanás o de usted mismo? A menos de que sea Dios quien lo dirija, esa confesión no se debe hacer. Demasiadas veces nos convencemos a nosotros mismos de la aparente conveniencia de hacer una confesión pública. b) ¿Edificará a la iglesia dicha confesión pública? La Biblia es bastante clara en cuanto a que todas las cosas en las reuniones públicas de la iglesia deben ser hechas para edificación y con orden y decentemente (1ª Cor. 14.26, 40). Cualquier confesión pública que viole estas instrucciones debe de suspenderse .

6. ¿Qué clase de perdón se obtiene con la confesión? Como quiera que la vida cristiana es una vida de relaciones familiares, el asunto del perdón tiene que enfocarse dentro de esa idea. Entramos en la familia cuando reconocemos que Cristo es nuestro Salvador personal. Ese nacimiento de nuevo en la familia de Dios es eterno y nunca seremos echados de la familia. Sin embargo, las relaciones entre la familia son similares a las de las familias terrenales. A veces, entre padre e hijo, viene un quebranto de comunión. Eso lo provoca la desobediencia al padre, y aunque no echa al hijo de la familia, sí afecta a las relaciones, al

gozo de la comunión y a los privilegios de la vida familiar. La misma cosa ocurre cuando pecamos contra nuestro Padre celestial. El no nos echa afuera, pero sí se siente dolorido y nosotros no podemos gozar de toda la comunión familiar. La sangre de Cristo derramada una sola vez es eficaz para retenernos en la familia, incluso cuando pecamos (1ª Juan 1.7), y el abogado (o amigo o consejero) que tenemos en el Señor Jesucristo constantemente se ocupa de nuestro caso cuando pecamos y recuerda al Padre que su muerte pagó todos nuestros pecados (1ª Juan 2.1).

La comunión eterna de pertenecer a la familia no puede nunca romperse, pero el pecado sí que puede interrumpir la comunión temporal de gozar de la familia. La sangre de Cristo mantiene la comunión eterna; nuestra confesión vuelve a ganar la comunión perdida del momento. Cuando confesamos "él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad" (1ª Juan 1.9).

Pero las relaciones de la familia de Dios no son solamente con el Padre, sino que también comprenden a los otros miembros de la familia, a los otros cristianos. Para mantener la debida comunión con otros creyentes la Biblia da énfasis a la necesidad de tener un espíritu de perdón.

Perdonandonos los Unos a los Otros

El confesar nuestros pecados es necesario para mantener las relaciones en la familia de Dios, y lo mismo el perdonarnos uno a otro. En realidad, hay un prinicipio muy claro en el Nuevo Testamento y es este: la comunión familiar con Dios depende de la comunión familiar de los unos con los otros. O, para ponerlo de otra manera, las buenas relaciones con el Padre dependen de las buenas relaciones con sus hijos.

1. *El principio en precepto* (Mat. 5.21-26). En esta interesante parte del Sermón del Monte, el Señor declara que las pequeñas cosas que se acarician pueden llevar a un terrible pecado. Una pequeña cosa como el odio a un hermano puede bien llevarnos al homicidio y así al infierno (vv. 21, 22). Del mismo modo, una pequeña cosa como el que un hermano tenga algo contra nosotros puede llevar a la pérdida de comunión con nuestro Padre celestial (vv. 23, 24). La verdad es que el estar en buenas re-

laciones con el hermano es de tal importancia que tiene preferencia al hecho de traer ofrendas a Dios. Hay que observar el alcance que tiene este precepto, porque no se trata de que el hermano que peca admita su pecado antes de que haya reconciliación. Si usted (aparentemente inocente en el asunto) recuerda que alguno tiene algo contra usted (incluso injustamente), tiene la responsabilidad de ir a él y buscar la reconciliación. La mayoría de nosotros operamos sobre el principio de que la persona que ha obrado mal deberá tomar la iniciativa, y si no lo hace, entonces no venimos obligados a rectificar la situación. No es así, dijo el Señor. Usted tiene que mostrar el espíritu perdonador yendo a él y tratando de hacer las paces. De otra manera, el servicio de usted y su adoración a Dios quedará afectada para mal. Las buenas relaciones con el Padre dependen de las buenas relaciones con sus hijos.

2. *El principio en parábola* (Mat. 18.21-35). Pero supongamos que un hermano continúa pecando contra mí. ¿Vengo yo obligado a estar perdonándole siempre? En vida de Cristo los rabinos decían que uno tenía que perdonar a la misma persona tres veces solamente. Cuando Pedro se acercó al Maestro para preguntarle sobre este asunto, creyó que el llegar a perdonar siete veces sería una demostración de gran magnanimidad (v. 21), pero el Señor le dijo que el perdonar uno a otro no debe tener límite, porque esa es la clase de perdón que Dios nos da a nosotros. Fue entonces cuando recitó la parábola del siervo que debía a su señor una deuda imposible de pagar (quizás unos diez millones de dólares de hoy) y que cuando rogó y suplicó al señor éste le perdonó toda la deuda. Pero entonces el que fue perdonado se volvió a uno que le debía como unos veinticinco dólares y le dijo que le pagara. El Señor saca dos conclusiones de la parábola: el Padre perdonador debe ser imitado por sus hijos (vs. 32, 33); y la persona que no perdona no debe esperar que se le perdone (v. 35).

3. *El principio ilustrado* (Juan 13.1-17). Cuando el Señor lavó los pies a sus discípulos les dio una lección vívida del perdón. En verdad, hay dos facetas en esta ilustración. El lavamiento de los pies de los discípulos representa que El nos mantiene limpios por su constante ministerio de intercesión. Nosotros fuimos lavados al ser salvos, pero necesitamos mantenernos en comunión

con El, lo que hace El por nosotros mediante el lavamiento de nuestros pies (v. 10). Es el mismo ministerio que se menciona en 1ª Juan 2.2.

Pero el Señor dio también un mandamiento a base de esta ilustración: "Vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros" (v. 14). Esto sólo puede significar que nosotros debemos perdonar el uno al otro lo mismo que El nos perdona. Degraciadamente, muchos leen este pasaje y ven solamente la obra de Cristo a favor del creyente y no la obra del creyente a favor el uno del otro. Y es el ministerio de perdonarnos los unos a los otros. Observe otra vez que la parte inocente toma la iniciativa en perdonar al que tiene los pies sucios.

Hay algunos detalles interesantes acerca de lavar los pies unos a otros, que sugiere la acción del Señor aquella noche antes de su crucifixión. Por un lado, no hizo grande anuncio acerca de lo que se proponía hacer. El lavamiento de pies debe hacerse silenciosamente. Además, obviamente el que lava los pies a otro tiene que inclinarse hasta donde se encuentran los pies. No se puede señorear de otro creyente estando agachado para lavarle los pies. Y esto es precisamente lo que se nos dice que recordemos en Gálatas 6.1: "Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado." El cristiano espiritual toma la iniciativa para restaurar al hermano que ha pecado; pero debe hacerlo con humildad, recordando siempre que él también podría ser hallado en el mismo pecado. El cuadro también sugiere que el perdón ha de ser completo. No puede ser un hecho a medio corazón, porque el lavar los pies sólo a medias da por resultado pies lodosos y no limpios. No se permite la actitud de: "Te perdono, pero . . . ".

4. *El principio en oración* (Mat. 6.12) En la oración modelo, el Señor recordó a sus discípulos (y a nosotros) que sólo si perdonamos a los otros podremos esperar que nuestro Padre nos perdone a nosotros (no en la salvación sino en la vida y las relaciones familiares). La petición que lo indica así en la oración debe traducirse por "Perdónanos nuestras deudas, como nosotros hemos perdonado a nuestros deudores." En otras palabras, las buenas relaciones con el Padre dependen de las buenas relaciones con sus

hijos. Será instructivo observar que de todas las cosas que se dicen en el Padrenuestro sólo este asunto se destaca para nuestra atención (vs. 14, 15). Claramente es de primera importancia.

5. *El principio en práctica.* No es fácil practicar este principio de perdón, de suerte que vamos a ofrecer algunas sugerencias que pueden ser de ayuda.

Primero, como hemos visto repetidamente, yo no debo esperar a que mi hermano vea su pecado y lo admita para perdonarle. Tan pronto como yo lo vea, debo perdonarle, aunque él no lo vea. Esto puede significar que yo debo buscarle para mostrarle el error (como indica Gálatas 6.1), o quizás no me encuentre en una posición de hablar con él personalmente. En cualquier caso debo perdonarle.

Segundo, este principio, como la mayoría de los otros, debe practicarse primero con los más cercanos a nosotros. La mayoría de nosotros no tenemos dificultad en perdonar a las personas que no conocemos o cuyo pecado nos afecta muy poco. Este asunto afecta en primer término al perdón de los miembros de la congregación a la que nosotros pertenecemos, más bien que a miembros de otras denominaciones. Concierne a mis compañeros de estudio, a mi pastor, a mis compañeros maestros de la escuela dominical.

En tercer lugar, al perdonar el pecado no es que lo disimulo. Uno puede perdonar y seguir estando en desacuerdo con aspectos en donde haya una genuina diferencia de opinión. Este principio no opera para derribar nuestras convicciones, sino que debe servir para mantener nuestros sentimientos y actitudes en buenos términos el uno con el otro y con Dios. Yo quiero ser el último en decir que las convicciones escriturales haya que ponerlas en compromiso; pero quiero, al mismo tiempo, ser el primero en decir que el perdonarse el uno al otro es un mandamiento escritural y absolutamente esencial para el mantenimiento de una vida espiritual sana.

El confesar nuestros pecados y el perdonarnos los unos a los otros son necesidades constantes de la vida espiritual. El confesar nos mantiene a buenas con el Señor y con los otros cristianos; y el perdonar nos mantiene a buenas con los otros cristianos y con el Señor.

15

LO LEGAL Y LO LEGALISTA

Las complejidades de la vida cristiana se están multiplicando cada año. Antaño resultaba fácil para el cristiano reconocer lo que estaba bien y lo que estaba mal, incluso en el campo de lo que era debatible; pero hogaño no sólo son debatidas más cosas, sino que parece haber más desacuerdo aun entre los dirigentes cristianos tocante a estas cosas. Muchos de nosotros crecimos en días (tampoco muy lejanos) cuando no había televisión, no había películas en colores de Walt Disney, y tampoco domingos dedicados al futbol. La sola existencia de tales atractivos ha complicado la situación. Si añadimos a esto el sentimiento de muchos cristianos de que todo el concepto de la ley y del legalismo en la vida cristiana tiene que repensarse nuevamente, tenemos un cuadro que es cada vez más complejo. Pero la Biblia debe tener contestaciones y normas para estos problemas que sean operantes incluso en este siglo veinte sofisticado.

Al mismo principio, clarifiquemos algunas cosas acerca de la ley y la gracia. Por un lado, son conceptos antitéticos y esa antítesis viene vitalmente relacionada con la vida cristiana. Cuando Pablo contesta a la pregunta de por qué el pecado no ha de tener dominio sobre el creyente lo hace declarando que no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia (Rom. 6.14). Aquí, en relación con nuestra santificación, estando "bajo la gracia" se coloca en agudo contraste con estar "bajo la ley". En otras palabras, la ley y la gracia en este contexto parecen ser opuestas, y la única manera de experimentar el cristiano una vida santa, es por estar bajo la gracia.

¿En qué sentido son opuestas? En el sentido de una norma de vida bajo la que vive la gente, la ley es una cosa y la gracia otra. Es decir, antes de la venida de Cristo, se contaba con que la gente viviría según la norma de vida detallada en la ley mosaica. En

nuestros días el código bajo el cual vive el pueblo de Dios se llama gracia porque es la ley de Cristo quien trajo la gracia a este mundo (Juan 1.17). Ahora bien, una norma de vida requiere al menos tres aspectos: las leyes específicas, el poder de capacitación y la motivación. De modo que cuando hablamos de ley y gracia como normas de vida incluimos no sólo los mandamientos específicos, sino también el poder que capacita y la motivación que forma parte de la regla de vida. Y en este sentido la ley y la gracia son antitéticas, opuestas, porque las leyes, el poder y la motivación eran diferentes bajo la ley de lo que son ahora bajo la gracia. Específicamente es algo así:

	LEY	*GRACIA*
Leyes	613 mandamientos en la ley de Moisés	Centenares de mandamientos igualmente específicos en la ley de Cristo.
Poder	El Espíritu Santo (pero no garantizado permanentemente)	El Espíritu que mora adentro (queda garantizada la permanencia)
Motivación	Principalmente "tener que" y temor.	Principalmente "querer" y amor.

Aunque algo simplificado, este cuadro muestra la antítesis entre la ley y la gracia cuando se conciben como reglas de vida para el pueblo de Dios.

En otro sentido, sin embargo, la ley y la gracia no son agudamente antitéticas porque había gracia bajo la ley y hay ley bajo la gracia. Este es un punto muy importante para vivir santamente y que con frecuencia no entienden los creyentes. Por ejemplo, hay aquellos que ponen en tal contraste la ley y la gracia que acaban por decir que no hay leyes específicas hoy bajo el esquema de la gracia.

Si introducimos algunas leyes, les parece legalismo. Por des-

gracia, esta confusión doctrinal se convierte en la base para un vivir relajado, so pretexto de practicar justamente la libertad cristiana.

La verdad de este asunto es que había gracia bajo la ley mosaica (verdad que no podemos desarrollar aquí) y que hay ley bajo la gracia. El Nuevo Testamento habla de "la perfecta ley, la de la libertad" (Sant. 1.25), la "ley real" (2.8), la "ley de Cristo (Gál. 6.2) y la "ley del Espíritu de vida" (Rom. 8.2). Desde luego, los mandamientos específicos del Nuevo Testamento son los que forman la ley de Cristo, y no es difícil recordar que hay centenares de mandamientos tales. Cubren todos los aspectos de la vida y son tan definidos que pueden considerarse como una ley. Y constituyen una parte vital de lo que es estar "bajo la gracia".

Para tratar de comprender esto más todavía, examinemos algunas categorías de la vida bajo la gracia y las características de aquellos que están viviendo esta vida.

Algunas Cosas Son Legales

Siempre es justo o legal hacer ciertas cosas bajo la gracia. Son los mandamientos claros, positivos del Nuevo Testamento que el creyente ha de seguir. No tiene por qué debatir estos mandamientos ni ponerlos en tela de juicio, ni buscar en ellos principios más fundamentales, ni orar sobre si debe obedecerlos. Son definitivos, claros y obligatorios.

La lista podría ser muy larga, pero aquí tenemos algunos ejemplos. Siempre es legal para toda alma el someterse al gobierno (Rom. 13.1); siempre es justo hacer todo en la iglesia decentemente y con orden (1ª Cor. 14.40); debemos sobrellevar las cargas unos de otros (Gál. 6.2), las esposas deben estar sujetas a los maridos (Efes. 5.22); los pensamientos de la mente deben ser controlados (Fil. 4.8) como también la manera de hablar (Col. 4.6); hemos de orar sin cesar (1ª Tes. 5.17). Hacer bien es siempre legal (2ª Tes. 3.13); siempre es apropiado el pensar mesuradamente (Tito 2.2, 4.6) y el ejemplo de la vida de Cristo es patrón para la conducta del cristiano (1ª Pedr. 2.21; 1ª Juan 2.6). En otras palabras, todas las ayudas positivas para la santificación son siempre legales para el creyente.

Algunas Cosas Son Ilegales

Aunque algunos no quieren admitirlo, es verdad que hay cosas negativas en el cristianismo. Algunas cosas son siempre malas para el creyente. Es ilegal el conformarse a este siglo (Rom. 12.2), el ser idólatra (1ª Cor. 10.7), el entristecer al Espíritu Santo (Efes. 4.30), el provocar a ira a los hijos de uno (Col. 3.21), el apagar el Espíritu (1ª Tes. 5.19), el avergonzarse del testimonio del Señor (2ª Tim. 1.8), el dejar de reunirse (Heb. 10.25), el murmurar uno de otro (Stgo. 4.11), el devolver mal por mal (1ª Ped. 3.9), el recibir en casa a un maestro de falsa doctrina (2ª Juan 10). Estas cosas, más otras muchas negativas específicas no son nunca buenas para el cristiano espiritual.

Algunas Cosas Son Legales e Ilegales

No hay problema por lo menos en comprender asuntos que son claramente buenos o malos para el creyente. Aunque sí puede haber problema en querer obedecerlos, al menos los preceptos son claros. Sin embargo, muchas de las cosas con las que se enfrenta el cristiano son, bajo unas circunstancias, buenas y bajo otras, malas. Esto es porque la cosa en sí misma (y muchos aspectos complejos de la vida se incluyen en esta categoría) no es ni buena ni mala; es sin moralidad o, a veces, es porque una cosa buena puede convertirse en mala en ciertas circunstancias o dentro de ciertas relaciones. Por ejemplo, la tela es sin moralidad, pero la manera en que se usa puede resultar en atavío modesto o inmodesto (1 Tim. 2.9). La comida es cosa necesaria y propia, pero el uso excesivo de ella da como resultado la intemperancia y la glotonería que son pecado.

Hay muchos aspectos de la vida en que el curso de acción a seguir no es siempre fácil de determinar. Permitidme hacer algunas preguntas sin prejuicio en cuanto a cómo deben contestarse para ilustrar la complejidad de temas que puede afrontar hoy el cristiano sincero. El fútbol y otros deportes son actividades saludables, tanto para participar en ellos como para observarlos. No hay duda de ello. Pero ¿no cambia el asunto cuando estos deportes se practican en domingo? ¿Debe el fiel creyente asistir a un partido cuando éste tiene lugar en el Día del Señor? ¿Y qué de contemplarlos en la televisión en domingo? ¿Se debe permitir a

los niños que jueguen los domingos? Estas son legítimas preguntas acerca de algo que en sí es bueno, pero que puede ser motivo de discrepancia si se relaciona con el Día del Señor.

Pueden suscitarse problemas similares con un artículo poco complicado como es la película. Si se emplea para un propósito religioso o secular no es el criterio por el que se puede juzgar si es apropiado o inapropiado, pues muchos cristianos la emplean para retratar escenas seculares y puramente por placer. Tampoco puede ser criterio ahora el lugar donde se proyectan las películas, porque se ven ahora muy malas películas en casa en la televisión, y en los teatros se pueden ver estupendas películas religiosas. Y las complicaciones crecen con el creciente uso de esta arte con propósitos de educación cristiana.

O tomemos, por otro ejemplo, la bolsa. Tengo un amigo que por convicción no invierte nunca en acciones de tabaco o de licor, lo cual, en mi opinión, es muy recomendable. Un día le pregunté si tenía acciones de cierta compañía química y me dijo que sí. Entonces le pregunté si sabía que aquella compañía particular era una de las más grandes productoras del papel que se empleaba en hacer cigarrillos. Eso no lo sabía él, pero terminó afirmando que, como aquella empresa operaba con otros productos diversos, aquello le permitiría continuar teniendo acciones de ese negocio. ¿O qué le parecería si llegara a descubrir que gran cantidad de las ganancias de una cadena de productos alimenticios va a fomentar algún culto equivocado del país? ¿Se sentiría usted libre de conservar esas acciones? ¿O debería usted contribuir a las ganancias siquiera por comprar sus productos en el almacén?

A veces se avanza el argumento de que los cristianos no deberían tener que ver con ciertas industrias porque la gente que está comprometida en ellas parecen ser más malas que lo normal del pueblo. Quizás sea así, pero ¿dónde trazaremos la línea? Podría resultar que su lechero sea una persona muy mala, o ¿quién sabe qué tal sea la persona que cortó la madera de la cual se fabricó la silla de usted? Hay personas malas en todos los trabajos, y el evitarlas completamente sería imposible.

También hay el caso de que en ciertos lugares la atmósfera no es buena para el creyente y esto le pone límites. Pero el blas-

femar y el beber que se contempla con frecuencia en los deportes no es espectáculo apropiado ni atmósfera buena para su esposa y sus hijos. ¿En dónde trazamos la línea?

¿Cómo decide un creyente sincero estos problemas complejos? Aunque la Biblia no da contestaciones directas a muchos problemas específicos, sí establece principios a seguir que pueden aplicarse a situaciones semejantes. Aquí hay algunos de ellos.

1. Hay que usar del mundo sin abusar de él. Pablo deja bien sentado que el creyente tiene que vivir en el mundo y usar las cosas del mundo, incluyendo asociaciones con gente indeseable. La única alternativa a tal situación es abandonar el mundo do (1 Cor. 5.10). ¡Esto es lo que yo llamaría separación por el suicidio! Como esto no es recomendable, uno debe de usar del mundo y de las cosas y de las personas que hay en él. Pero Pablo también nos advierte que no debemos hacer mal uso aun de las cosas buenas (1 Cor. 7.31). Observe algunas de las cosas que menciona en el contexto de este pasaje: congoja, gozo, comprar y vender, cuidado de la esposa de uno. Todas estas cosas son buenas y legales, pero pueden convertirse en ilegales para el creyente si hace mal uso de ellas. Entonces son malas. ¿Dónde está el justo medio, la línea adecuada entre el uso debido y el mal uso pecaminoso? No es siempre fácil de determinar, pero el Señor puede mostrar y lo mostrará a cualquiera de sus hijos que se lo pida.

2. Goce del mundo pero no ame al mundo. El creyente espiritual tiene perfecto derecho bíblico de gozar de las cosas que Dios le da (1 Tim. 6.17). Una persona que se sacrifica mucho puede ser muy carnal porque puede sentirse muy orgullosa de sus sacrificios; en tanto que la espiritualidad puede exhibirse en abundancia y con mucho. Los creyentes no necesitan excusarse si Dios les da algo; en verdad no hay nada tan falsamente piadoso como oir a un cristiano excusarse por lo que tiene. El poseer cosas se justifica muchas veces diciendo: "Lo tuve como una ganga". Yo, por mi ascendencia escocesa, soy muy dado a esas ventajas comerciales, pero hemos de recordar que si el poseer una cosa está mal en primer lugar, el conseguirla porque sea ganga no la convierte en cosa buena. Si Dios se la da a usted, no pida excusas por ello y gócela con libertad.

Por otra parte se nos dice que no amemos al mundo ni las cosas que hay en él (Juan 2.15). Esto parece indicar que no debemos hacer un ídolo de nada, aun de lo que Dios nos dé, sino más bien encontrar nuestra suficiencia en él, de modo que si todas las cosas que poseemos nos sean quitadas, todavía seremos cristianos felices. No es fácil fijar el equilibrio entre el gozo natural y el amor indebido. Hay algunos que no se atreven a gozar de las cosas que Dios les da por miedo a convertirlas en ídolos, en tanto que otros las gozan tanto que las convierten en verdaderos ídolos. El creyente espiritual es el que sabe manejar esas cosas que son legales y mantenerlas dentro de esa línea legal.

3. No impida nunca el crecimiento espiritual de otro cristiano. En este campo de actividades, particularmente, lo que usted considere que puede hacer con libertad puede convertirse en algo que es un impedimento para que otro cristiano crezca espiritualmente. Si es así, la Biblia dice justamente que no debe hacerlo. (1ª Cor. 8.13). El hacerlo significaría pecado en tales circunstancias. En otras palabras, una actividad legal se convierte en ilegal cuando impide a otro cristiano.

Pero ¿cómo va uno a saber cuando algo sea, realmente, un impedimento o cuando la persona que se opone a lo que usted hace esté sencillamente tratando de imponer sobre usted su idea particular del cristianismo? Esta no es una cuestión fácil de contestar. Por una parte, es verdad que si usted mira lo suficiente, probablemente va a encontrar algún cristiano que pondrá inconvenientes a todo lo que usted hace o piensa hacer. Por otro lado, uno debe tener cuidado de no llegar a ser insensible a los sentimientos y conciencias de los otros creyentes, porque el hacerlo así es pecar contra ellos. ¿Cómo encuentra uno el equilibrio?

Hay dos pautas que a mí me han ayudado personalmente. La primera es: La persona que se opone, ¿está tratando, realmente, de crecer y de progresar en su vida espiritual? ¿O está sencillamente sentada al lado de la pista tirando a los que corren? Si en verdad está corriendo conmigo en la carrera, entonces quiero hacer todo lo posible para ayudarle a ganar también. Pero si él solamente se ha nombrado a sí mismo juez de todos los que corren, mientras que él progresa poco o nada en la vida cristiana,

no me siento obligado a preocuparme por sus sentimientos ni por su conciencia.

La segunda es esta: ¿Cuántos parecen ser afectados por lo que yo me siento libre para hacer? Esta fue una de las pautas que empleó la iglesia primitiva para pedir a los gentiles que reprimiesen su libertad en Cristo, porque había demasiados cristianos judíos cuyas vidas espirituales sufrían impedimento por las prácticas legítimas de los convertidos gentiles (Hech. 15.19-29). Este principio puede guiarnos cuando nos mudamos de una parte a otra del país donde los hermanos tienen distintas normas o cuando tengamos que saltar las barreras culturales o nacionales.

Así que las dos pautas son: ¿A quién impedimos, a uno que corre o a uno que hace de holgazán? y ¿a cuántos afectamos? Pero el principio general es "No haga nada que impida el crecimiento espiritual de otro creyente". O, puesto de una forma positiva, haga lo posible, incluyendo la restricción de su propia libertad, para fomentar la vida espiritual de su hermano creyente.

4. Haga todo a la gloria de Dios (1ª Cor. 10.31). Este, desde luego, es el principio grande e inclusivo que debe guiar nuestra vida cristiana. La pregunta ¿esta cosa o lo que voy a hacer está conforme con la gloria de Dios? debería hacérsela el creyente espiritual en todos los aspectos de su vida. ¿Qué es la gloria de Dios? Es la manifestación de cualquier o de todos sus atributos. En otras palabras, es el despliegue de Dios al mundo. De esta manera las cosas que glorifican a Dios son las cosas que muestran las características de su presencia en el mundo.

Los principios son claros; a veces la aplicación de ellos resulta difícil. Pero ningún creyente debe multiplicar la dificultad porque no esté dispuesto a obedecer la Palabra de Dios.

Algunas Cosas Son Legisladas

Para algunos creyentes es justo legislar en la vida cristiana normas de conducta para otros. Estoy seguro de que tal declaración producirá reacciones inmediatas y variadas, muchas de ellas negativas, pero, a pesar de ello, es verdad. Algunas cosas bien se legislan en la conducta cristiana. Esto no es una violación de la gracia, porque vimos al principio de este capítulo que hay leyes aun bajo lo que llamamos la edad de la gracia. Tampoco la legislación es legalismo, como veremos en la próxima sección. A veces es escritural el legislar.

Hay dos campos en los que esto es verdad especialmente, el de la conducta en el hogar y el de la conducta debida en la iglesia. El mandato a los hijos de obedecer a sus padres incluye ciertamente mandatos específicos que no se mencionan en la Biblia, pero que, sin embargo, son necesarios, legítimos y obligatorios para los hijos. Por ejemplo, la Biblia no dice nada acerca de lo tarde que un joven pueda regresar a casa por la noche; sin embargo, el control de ese asunto los padres tienen derecho de ordenar, por cuanto afecta al testimonio cristiano, tanto de los padres como de los jóvenes de la familia.

Dos veces en Hebreos 13 se nos recuerda que hay dirigentes de la iglesia local (vs. 7, 17) que en el ejercicio de su responsabilidad tienen que marcar unas normas, ejercer autoridad y disciplina y establecer reglas para los creyentes miembros de la iglesia. No se declara exactamente lo que esto pueda suponer ni hasta dónde pueda llegarse, pero el principio está claramente establecido. Sin él, habría anarquía en la iglesia.

Hay que presumir que el mismo principio se aplica en otras organizaciones cristianas como escuelas y misiones. Si un creyente es miembro de estos grupos, se espera que preste obediencia y respeto a los mismos; y si no lo puede hacer, conviene que se disocie de la organización. En la práctica, cuando hay desacuerdo entre los que rigen y los que son regidos, hay sólo tres alternativas: obedecer a toda costa, tratar de cambiar las reglas si los procedimientos lo permiten, o separarse.

Algunas Personas Son Legalistas

Se habla más del legalismo que se le define y cuando se define, a veces se hace para justificar la práctica del que lo define y condenar la conducta de los otros. Desde luego, hay que darse cuenta de que el legalismo no es palabra bíblica, de modo que cualquier definición se deriva de las implicaciones de la Escritura, no de una declaración directa. Quizás la manera más fácil de entender el legalismo es definir lo que no es, y por el procedimiento de la eliminación, ver lo que es.

Es de capital importancia entender que el legalismo no es la

presencia de leyes. Desgraciadamente, esto es lo que la mayoría de la gente entiende y tan pronto como una ley aparece en el horizonte gritan: "¡Legalismo!" Si la presencia de la ley es legalismo, entonces, desde luego, Dios tendría que ser el promotor de él porque ha dado al hombre innumerables leyes durante la historia humana. Además, los padres y los dirigentes de iglesia y las autoridades gubernamentales serían también legalistas, si ese fuera el concepto debido del legalismo. El legalismo no es la presencia de leyes.

Además, algunos definen el legalismo como la imposición de leyes sobre otra persona. Pero debemos repetir que tal definición no incluye la aprobación bíblica para que los padres y los dirigentes de iglesia impongan leyes sobre la familia y sobre las iglesias. Ni la presencia de la ley ni la imposicién de las leyes es la clave para entender el legalismo.

¿Qué es el legalismo? Es una actitud equivocada en cuanto al código de leyes con las que una persona vive. El legalismo incluye la presencia de la ley, el motivo equivocado para obedecer la ley y, frecuentemente, el mal uso del poder dado para guardar la ley, pero básicamente es una actitud equivocada. Así que el legalismo puede definirse como "una actitud carnal que se conforma a un código con el objeto de exaltarse a sí mismo." El código es cualquier norma objetiva que se aplique al hombre en un tiempo particular (hoy es la ley de Cristo); el motivo es exaltar al yo y ganar méritos más bien que glorificar a Dios por lo que El ha hecho; y el poder empleado para obedecer el código es de la carne, no del Espíritu Santo. Es muy importante notar que el legalista *guarda* la ley; no es violador de la ley. El no obedecer la ley de Cristo es licencia, no es libertad. El obedecerla para la exaltación de la propia persona es legalismo. El legalista y el no legalista todos los dos darán una conformidad, al menos exteriormente, a la ley bajo la cual viven.

Pongamos a prueba este concepto. Miremos, primeramente, al hombre que está viviendo bajo la ley mosaica. Todos los israelitas que vivían bajo la ley tenían que hacer ciertas cosas al objeto de mantener sus debidas relaciones con la nación de Israel. El legalista obedecía para exaltarse a sí mismo, y ese tipo de conducta fue el que Isaías condenaba tan severamente (1.11-15). Por

otra parte, el israelita que venía dirigido y motivado por Dios para traer sus sacrificios y ofrendas al objeto de glorificar a Dios mostraba la actitud conveniente. Pero ambos hombres traían sacrificios y obedecían la ley bajo la cual vivían.

No se puede enfatizar demasiado que *el tener que hacer* algo *no* es legalismo, pero sí lo es la actitud equivocada en cuanto al hacerlo. En el ejemplo anterior ambos israelitas tenían que aportar sacrificios; de otro modo, habrían sufrido ciertas penalidades. Su actitud respecto de lo que tenían que hacer determinaba su legalismo o su ausencia del mismo. Para usar una ilustración fuera de la Biblia, un atleta serio tiene que guardar las reglas de entrenamiento. La mayoría de los atletas están satisfechos de guardarlas, por muy rígidas que sean, por el mero amor al deporte. Pero hay otros que lo hacen con la finalidad de llegar a ser miembros del equipo y glorificarse a sí mismos. La verdadera actitud es el amor al deporte; la mala actitud de la vanagloria personal es el legalismo. Pero ambas actitudes se relacionan con el mismo código del reglamento y ambas producen conformidad.

Bajo la gracia tenemos que hacer ciertas cosas. Se espera que guardemos los mandamientos positivos; se nos obliga a no violar los negativos; tenemos que ejercitar inteligencia espiritual para aplicar los principios de la Biblia en los campos debatibles; y se nos requiere que sigamos las reglas legisladas en la familia y en las congregaciones de iglesia. Si uno presta obediencia para glorificar a Dios no es legalista. Incluso si uno no quiere obedecer o no entiende por qué los dirigentes de iglesia, por ejemplo, sientan ciertas reglas, pero a pesar de ello, obedece para glorificar a Dios, esto no es legalismo. Por otro lado, el negarse a esa conformidad puede ser legalismo porque el no conformista (aunque tenga perfecto derecho a serlo) con frecuencia se glorifica a sí mismo aireando su "libertad" ante todo el mundo. Y esa exteriorización le hace legalista.

Así, pues, algunos cristianos son legalistas, no porque la ley sea legalismo, sino porque una actitud equivocada, que cualquiera de nosotros pueda tener, lo es. El bien vivir es dejar que la gloria de Dios sea el motivo de todas nuestras acciones, y dejar que el Espíritu Santo nos dé fuerzas para llevarlas a cabo, incluso aque-

llas cosas que hayamos de hacer para conformarnos a la ley de Cristo.

Algunas Personas Estan Liberadas

Lo opuesto a la libertad es precisamente la esclavitud, no el legalismo (aunque, desde luego, el vivir de modo legalista constituye una especie de esclavitud). El concepto bíblico de la libertad cristiana es la nueva posición en Cristo de libertad de la esclavitud del pecado y de la carne (Rom. 6.22; 2ª Pedro 2.19). Un creyente puede estar en la posición de libertad pero practicar el legalismo en la conducta de su vida. La posición del creyente y su conducta no son la misma cosa; por lo tanto, la libertad y el legalismo no son exactamente opuestos.

Por supuesto la posición de libertad en que se encuentra el cristiano tiene una práctica correcta correspondiente. La libertad nos ha traído la elección de ser esclavos de la justicia divina (Rom. 6.18). Notemos con cuidado que la libertad cristiana no da al creyente la opción de vivir del modo que le plazca; no es una licencia. Le coloca en una posición donde puede vivir como a Dios le plazca, cosa que no podría hacer como persona no regenerada. El vivir liberado no es vivir sin restricciones.

¿Cuáles son, entonces, las limitaciones bíblicas para la vida de un cristiano liberado? La contestación a esta pregunta es extremadamente importante con relación a la santificación, porque la libertad sin restricciones es licencia, y la libertad equivocadamente restringida es legalismo. La libertad restringida bíblicamente es el vivir espiritual liberado. ¿Cuál es la restricción justa? La contestación es el amor. Pablo lo pone sucintamente así: "Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros" (Gál. 5.13)

¿Qué es el amor? Por lo general, pensamos que se trata de una expresión emocional por medio de actos amables. Es una buena descripción por el momento. Pero el amor se expresa a veces en actos de corrección, porque quiere producir el bien o prevenir el mal; esto también es amor. La madre que arrulla a su hijo también le da en la mano, siendo ambas cosas expresión de su amor. ¿Qué es lo bueno? El creyente se da cuenta de que, en último término, lo bueno debe definirse en términos de voluntad de Dios. Así que el amor busca la voluntad del Señor en la persona amada, y la libertad cristiana tiene que ser restringida por esa clase de amor.

Tal libertad limitada por el amor se verá reflejada en las acciones del cristiano espiritual. Esto es lo que da origen al principio de 1 Corintios 8.13. Ciertamente, dice Pablo, el cristiano tiene derecho a comer carne ofrecida a los ídolos, pero algunos creyentes no se sienten libres para ejercitar ese derecho. Por lo cual, aquellos que piensan que pueden comer, deben restringir su libertad por amor al otro hermano. Observemos atentamente que *los dos,* el hermano fuerte y el hermano débil, se abstienen de comer aunque por diferentes razones.

La libertad limitada por el amor se manifiesta también en la actitud del creyente. Demasiadas veces un cristiano refrena sus acciones y todavía conserva mala actitud contra el hermano débil. Del mismo modo, el hermano débil puede mostrar una actitud mala juzgando al hermano fuerte incluso por sentirse libre para hacer algo, sea que lo haga o no (Rom. 14.3). Los dos están equivocados en tal actitud.

La vida de liberación es una vida limitada por el amor, y esto es la verdadera espiritualidad. Hemos dicho antes que una de las evidencias capitales de la espiritualidad es la semejanza a Cristo. Y el que tuvo libertad, limitada sólo por la naturaleza de Dios mismo, tomó voluntariamente sobre sí las restricciones de la forma de esclavo para poder servirnos. Su libertad fue limitada por su gran amor hacia nosotros, y nuestra posición de liberados en Cristo debe mostrarse diariamente en una vida de servicio. Solamente entonces seguimos el ejemplo de nuestro Señor. "Así que, los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles, y no agradarnos a nosotros mismos. Cada uno de nosotros agrade a su prójimo en lo que es bueno, para edificación. Porque ni aun Cristo se agradó a sí mismo; antes bien, como está escrito: Los vituperios de los que te vituperaban cayeron sobre mí" (Rom. 15.1-3).

16

¿DEBO TRATAR DE HABLAR EN LENGUAS?

No hay duda acerca del hecho de que la Biblia enseña que las lenguas son un don espiritual genuino. Tampoco hay duda de que no son pocos los cristianos que se jactan de tener el don y de experimentar resultados de él que parecen beneficiosos en sus vidas. Debido a la extensión de las lenguas a grupos fuera de los que generalmente se asocian con este don, muchos cristianos se preguntan si esto es algo que deberían buscar para aumentar su crecimiento espiritual. Se preguntan: ¿He experimentado yo realmente todo cuanto Dios quiere que tenga, si no busco el don de lenguas?

Desde luego, la contestación a esta pregunta y a todas las relacionadas con las lenguas debe encontrarse en lo que la Biblia dice acerca del asunto, y no en lo que la experiencia de alguno parezca comprobar o confutar. Esto no quiere decir que las experiencias que muchos están teniendo en estos días no sean reales; desde luego que lo son. Pero la pregunta de suprema importancia es si esas experiencias son escriturales o no. Hay que tener en cuenta que es posible tener una experiencia genuina que, aunque no vaya contra la Escritura, no sea bíblica. Y la única forma de determinar si cualquier experiencia es bíblica es ponerla a prueba con la Biblia misma.

Hace años yo ayudaba en una iglesia donde había una señora que siempre soñaba sueños acerca de mí y de los otros dos "jóvenes predicadores" en la obra. Mediante sus sueños ella nos comunicaba mensajes recibidos de Dios para nosotros, mensajes amables, consoladores y de sentimientos escriturales. Nunca, que yo recuerde, había nada en ellos contra la Escritura. Sin embargo, quedaba en el aire seriamente si aquella señora tenía una ex-

periencia bíblica genuina al comunicar revelaciones de Dios mediante sus sueños. La experiencia, en último término, ha de ser probada por la Biblia como autoridad definitiva.

¿Qué podemos aprender acerca de las lenguas en la Biblia que nos ayude a saber el lugar que tiene este don en una vida cristiana equilibrada? Si consideramos este asunto de modo positivo (observemos la forma en que se planteó la pregunta: "¿Qué podemos aprender . . . ?) quizás podamos evitar mucha de la discusión infructuosa que surge frecuentemente al considerar este tema. Aquí presentamos cinco cosas que podemos saber de modo definitivo.

1. Usted puede ser bautizado por el Espíritu Santo y no hablar en lenguas. Como hemos visto, todo cristiano es bautizado por el Espíritu Santo y colocado en el cuerpo de Cristo. Esta es una experiencia que ocurre sólo una vez para cada creyente. En contraste, el ser lleno del Espíritu Santo puede experimentarse repetidamente y produce fuerza en la vida del creyente a medida que va cediendo el control. Pero la presencia de las lenguas no es acompañamiento necesario ni prueba del bautismo del Espíritu. Observe el caso de los corintios. Pablo dijo (1 Cor. 14.5) que todos ellos no hablaban en lenguas y, sin embargo, dejó muy claro que todos habían sido bautizados con el Espíritu Santo (1 Cor. 12.13). Resulta muy claro, pues, que algunos habían sido bautizados que no habían hablado en lenguas. Además, ni una sola vez en ninguna de las dos cartas a aquella iglesia exhortó Pablo a aquellos que no habían hablado en lenguas a que buscasen hacerlo. No es una señal necesaria del bautismo del Espíritu, y cualquier enseñanza que se insiste en esto no está conforme a la Escritura.

2. La distribución de los dones espirituales viene limitada en varios sentidos. En primer lugar, no todos los cristianos tienen todos los dones. A la verdad es dudoso que cualquier cristiano (con la posible excepción de algunos de los apóstoles) tenga todos los dones. Precisamente esta variedad en la combinación de los dones que cada uno posee es lo que nos hace depender los unos de los otros en el buen funcionamiento del cuerpo de Cristo.

Además de ello, no todos los dones se dan necesariamente a cada generación de cristianos, aunque se nos dice frecuentemen-

te que si Dios concedió cierto don en una generación debe concederlo también en las otras generaciones porque Dios es el mismo. Este razonamiento se emplea frecuentemente para fomentar los dones más espectaculares en nuestros días, pero tras esa manera de pensar se encuentran dos falacias. Primero, la uniformidad del poder de Dios no queda afectada por un cambio de programa. El dar un don a una generación y no concederla a otra no quiere decir que el poder de Dios sea de ningún modo debilitado. Sólo indica un cambio en su programa. O para cambiar el ejemplo, si Dios decidió producir un terremoto para soltar a Pablo y Silas de la cárcel de Filipos, y más tarde decidió no soltar a Pablo de su celda de muerte en Roma, eso no significa que no *pudiera* hacerlo. Indica que, por razones que El solo sabe, sus propósitos se cumplen mejor en una ocasión por soltar pero en otra por no soltar. También podemos decir que si Dios concedió a Pablo el don de sanar a otros y no le permitió a él mismo que curase su "aguijón en la carne", eso no significa que el poder de Dios haya cambiado. Del mismo modo, si Dios deseó conceder el don de lenguas a algunos en el primer siglo, pero no a nadie más en los tiempos posteriores, no significa en modo alguno que no sea el mismo.

Una segunda falacia en este razonamiento consiste en no ver que cualquier don espiritual dado una sola vez a un individuo en toda la historia de la iglesia es un don para toda la iglesia. El don del apostolado, por ejemplo, fue dado a muy pocos, pero ¿quién no está aprovechando hoy de aquel don? A decir verdad, el apostolado y la profecía se dice que son dones limitados que sólo se dieron a poca gente en la era fundacional de la iglesia (Efes. 2:20). En verdad, como no vivimos en la era fundacional de la historia de la iglesia, no esperaríamos que Dios estuviera dando esos dones que fueron apropiados para aquel tiempo. No necesitamos ni esperamos tener otra piedra del ángulo para la iglesia, ni tampoco necesitamos apóstoles ni profetas hoy. Esos pertenecían al tiempo de la fundación de la iglesia y nosotros nos encontramos en la superestructura del siglo veinte.

Pero ¿qué de las lenguas? ¿Se limitó este don también a los primeros cristianos? Hebreos 2.3, 4 sugiere esto: ¿Cómo escaparemos nostros, si descuidamos una salvación tan grande? La cual,

habiendo sido anunciada primeramente por el Señor, nos fue confirmada por los que oyeron, testificando Dios juntamente con ellos, con señales y prodigios y diversos milagros y repartimientos del Espíritu Santo según su voluntad". Observemos que ciertos dones espectaculares se dieron a quienes oyeron al Señor ("testificando Dios juntamente con ellos . . . "), y *no se dieron* en la segunda generación de cristianos que vivieron en el primer siglo. Las lenguas pudieron ser uno de esos dones espectaculares que se limitaron en su distribución incluso en el primer siglo.

3. "Y cesarán las lenguas". Este versículo (1 Cor. 13.8) declara abiertamente que el don de lenguas dejará de concederse. Lo que no se dice abiertamente es cuándo ocurrió u ocurrirá eso. Sin embargo, en el mismo versículo hay una indicación clara de cuándo sucederá. Se mencionan tres dones en el versículo, la profecía, las lenguas y la ciencia (que no es el conocimiento general, sino el don espiritual; véase 1 Cor. 12.8). Lo mismo se dice respecto del fin de dos de estos dones, la profecía y la ciencia, que serán abolidos. Exactamente el mismo verbo y exactamente la misma voz del verbo (pasiva, será abolido por alguien) se usan tanto de la profecía como de la ciencia. Sin embargo, la declaración respecto a las lenguas es muy diferente. El verbo es diferente (*cesarán*) y la voz del verbo es diferente (media). La voz media en el griego es como el reflexivo. Por ejemplo, nosotros decimos: "El niño *lava* al perro" en la voz activa. La voz pasiva dice, "El perro *es lavado* por el niño". (La profecía y la ciencia serán abolidas por Dios). El reflexivo sería "El perro se lava", pero en griego se usa la voz media. Eso es lo que se dice de las lenguas. Ellas se detendrán o cesarán de sí mismas. En otras palabras, Dios se verá obligado a retirar los dones de profecía y de ciencia, pero no así con las lenguas, porque para entonces ellas habrán cesado de sí. Ahora bien, si emparejamos esta afirmación con Efesios 2.20 que dice que la profecía fue dada junto con Cristo mismo como piedra del ángulo para la fundación de la iglesia, entonces quizás nos veremos obligados a deducir que las lenguas (es decir, el don genuino bíblico) se acabaron también en aquel tiempo fundacional.

4. Hay dones más importantes que el de las lenguas y éstos hemos de buscar. Cuando el apóstol Pablo hizo lista de los

dones espirituales en orden de importancia, puso primero el apostolado, segundo la profecía y en tercer lugar la enseñanza; luego los milagros, las sanidades, las ayudas, la administración y, por último en la lista, las lenguas (1ª Cor. 12.28). Dijo luego que deberíamos desear con ansia los mejores dones (v. 31). Esta es la contestación a la pregunta que se hizo en el título de este capítulo. ¿Debo tratar de hablar en lenguas? No, yo debo buscar los mejores dones. Por ejemplo, debo buscar el ejercicio de las ayudas que va delante de las lenguas en la lista. Esto reafirma lo que dijimos antes acerca de la importancia de la fidelidad rutinaria como manifestación primordial de la verdadera espiritualidad más bien que alguna demostración espectacular que sea como un chispazo de la sartén. Si a usted le preocupa saber si debe o no debe buscar el don de lenguas, siga esta enseñanza sencilla y clara de las Escrituras y busque un don mejor.

5. La semejanza con Cristo no depende del hablar en lenguas. La meta de todo creyente es semejanza con Cristo y el fruto del Espíritu es semejanza con Cristo. Ese fruto, según Gálatas 5.22, 23, no incluye el hablar en lenguas ni obrar milagros. Además, hasta donde sepamos, nuestro Señor nunca habló en lenguas, de modo que podemos perfectamente imitarle a El sin hablar en lenguas. Nadie tiene que sentirse jamás presionado porque se diga que le falta algo a su vida espiritual si no habla en lenguas, porque la semejanza con Cristo no depende de ello. La profunda y permanente comunión con el Señor que todos deseamos se promueve por un conocimiento cada vez más grande del mismo Señor, y esa clase de conocimiento viene a través de una comprensión más profunda de su Palabra.

¿Por qué tanto interés hoy en hablar en lenguas? No es fácil contestar a esa pregunta. Indudablemente para muchos significa un deseo genuino de tener una experiencia más profunda con el Señor. En algunos casos una imitación satánica podrá aparecer en ello, porque sabemos que él está tratando de promover orden y cierto tipo de santidad en su falsa experiencia religiosa. Yo dudo de que Satanás esté voluntariamente o felizmente asociado con los fanáticos, pero sí puede gozarse en descarriar a los creyentes de las actividades más importantes, llevándoles por los caminos que hemos expuesto en este capítulo. El hecho de que una

aparente bendición pueda acompañar algunas de estas experiencias no prueba necesariamente que proceden de Dios ni que sean la fuente de la bendición. Dios puede entrar en cualquier situación y hacer que salga bien de ella.

A veces cuando los estudiantes se gradúan del seminario pierden la dirección del Señor y se descarrían, llevados por Satanás, a otro ministerio diferente. Y sin embargo, durante el curso de los años tienen bendición en este ministerio. ¿Cómo podemos explicar lo que parece bendición fuera de la voluntad de Dios? Hay muchos factores que toman parte en semejante situación. Satanás efectivamente los descarrió. Pero Dios rescató la situación y reportó bendición para sus ministerios. Sin embargo, tal bendición, aunque procedente de Dios, no endereza al entuerto cometido al perder la dirección del Señor al graduarse.

Del mismo modo, algunos creyentes pierden los mejores medios para el adelantamiento de sus vidas espirituales y, no obstante, parece que les sigue bendición. Desde luego, eso no justifica el utilizar medios inferiores o incluso falsificados para la madurez espiritual. Si hay alguna duda acerac de algo tan discutible y tan sin importancia, al parecer, como las lenguas, ¿por qué no nos aferramos a los medios claros escrituralmente y básicos sobre el crecimiento espiritual?

La Biblia dice: "Desead ardientemente los mejores dones".

17

¿TIENE CRISTO QUE SER SEÑOR PARA SER SALVADOR?

Una de las cuestiones que inevitablemente se mezclan en mucha de la enseñanza sobre la vida espiritual se refiere al señorío de Cristo. A veces el envolvimiento es accidental y en otras ocasiones resulta intencional, pero de cualquier modo, es una cuestión extremadamente importante.

La Pregunta

Puesta con sencillez, la pregunta es esta: ¿Tiene que haber una entrega a Cristo como Señor de la vida para ser salvo? Quienes contestan afirmativamente dicen: "Esos predicadores que enseñan a los pecadores que pueden ser salvos sin entregarse al señorío de Cristo están tan equivocados y son tan peligrosos como los otros que insisten en que la salvación se consigue por obras" (i) O, refiriéndose a formas erróneas de presentar el evangelio a la gente, otro escritor pregunta: "¿O los dejará suponer que todo cuanto tienen que hacer es confiar en Cristo como llevador del pecado, sin darse cuenta de que deben también negarse a sí mismos y entronizar a Jesús como Señor (error que podríamos definir "sólo creerismo")? (ii). Otro que apoya la misma posición dice: "Sugiero, por lo tanto, que es tan antibíblico como irreal el divorciar el señorío de Jesucristo de su carácter de Salvador (iii). En otras palabras, si uno no entrega el control de su vida a Jesucristo cuando le recibe como Salvador, no puede ser salvo. Recientemente ha habido una modificación de esta posición para decir que la *voluntariedad* de ser controlado por el Señor en el momento de la salvación es todo cuanto se precisa además de la fe para ser salvo. Es decir, debe haber al tiempo de la salvación también un momento de voluntariedad de entregar la vida absolutamente al Señor, aunque la práctica de una vida entregada no siga completamente. Pero en ambas variantes de este punto de vista, el señorío de Cristo sobre la vida de uno se convierte en condición de salvación junto con la fe en El para el perdón de los pecados.

(i) Arthur W. Pink, *Present-Day Evangelism*, pág. 16-17.
(ii) J. I. Packer, *Evangelism and the Sovereignty of God*, pág. 89.
(iii) John R. Stott, "Must Christ be Lord to be Saviour?—Yes" *Eternity* (Sept. 1959) pág. 37.

La importancia que reviste tal cuestión no se puede exagerar, tanto con respecto a la salvación como a la santificación. El mensaje de la fe sola y el mensaje de la fe más la entrega de la vida no pueden ser los dos el evangelio. Por lo tanto, uno de ellos es un falso evangelio y cae bajo la maldición de pervertir el evangelio o de predicar otro evangelio (Gál. 1.6-9), y esto es un asunto muy serio.

En cuanto a la santificación, si solamente la gente entregada es salva, entonces ¿dónde ponemos a los cristianos carnales? O si solamente la voluntariedad es lo que se precisa en el momento de la salvación, ¿hasta dónde es necesaria esta voluntariedad? ¿Puede, por ejemplo, un hombre que está convencido en su mente de que el fumar es malo (no necesariamente por razones espirituales, sino también por causas médicas) no salvarse hasta que, al menos, esté dispuesto a dejar de fumar? O, ¿qué clase de dedicación hay que predicar a la gente si, para poder ser salva, ya han dedicado sus vidas al Señor? Estas son preguntas muy prácticas acerca de un tema que tiene importantes ramificaciones en muchos aspectos.

Algunos Ejemplos de Creyentes no Entregados

Hay en la Biblia algunos claros ejemplos de creyentes (de cuya recta relación con Dios no cabe duda) que, sin embargo, no estuvieron completamente o continuamente entregados al Señor. Tales ejemplos parecerían decidir claramente la cuestión indicando que la fe sola es el requisito para la vida eterna. Esto no quiere decir que la dedicación de la vida no haya que esperarla de los creyentes, sino que sí afirma que no es una de las condiciones de la salvación. Miremos a estos ejemplos.

Los primeros dos se refieren a creyentes que tuvieron lapsos

definidos de una vida completamente dedicada. Son Pedro, que dijo: "Señor, no" (Hech. 10.14) y Bernabé que, después de un viaje misionero fructífero, se disgustó abiertamente con Pablo acerca de si debían llevar a Juan Marcos o no en un segundo viaje misionero (Hech. 15.39). Ambos hombres fueron salvos y estaban sirviendo (el ministerio sobresaliente de Pedro en Pentecostés y el servicio de Bernabé en el primer viaje misionero son prueba de ello); pero ambos rechazaron el señorío de Cristo en las ocasiones subsiguientes. Ahora bien, si Cristo tiene que ser el Señor de la vida para que uno sea salvo, entonces tenemos que concluir que o bien Pedro y Bernabé no fueron nunca salvos o que perdieron su salvación cuando rechazaron el señorío de Cristo en estos casos específicos. Como los dos se mostraron muy claramente ser capaces de una rebelión abierta, quizás debamos concluir que nunca fueron realmente salvos.

Es seguro que muchos no desean llegar a tal conclusión y hacen notar que defección, retroceso, rebelión, o lo que se quiera llamar, es cosa posible para un creyente. Pero, dicen, es necesario que no se tengan facetas conocidas de la vida sin entregar cuando uno acepta a Cristo, aunque más tarde en la vida cristiana el retroceso forme parte de la experiencia. En otras palabras, cuando se recibe a Cristo uno tiene que estar completamente dispuesto y sin reservas a entregar su vida a Cristo como Señor y Maestro de esa vida. La voluntariedad del momento es todo cuanto se precisa, reconociendo que pueda haber defección más tarde. No queda claro cuánto tiempo tal voluntariedad momentánea debe quedar en la mente o en el corazón, pero debe estar allí. El tercer ejemplo trata de esa clase de situación .

Se refiere a los que fueron convertidos en Efeso durante el tercer viaje misionero de Pablo (Hech. 19). Durante los tres primeros meses de su estadía allí muchos fueron convertidos, de tal modo que los discípulos se separaron de la congregación de la sinagoga y fueron enseñados por Pablo en la escuela de Tirano. Aquellos convertidos salieron del fondo de la adoración a Diana (de cuya adoración era Efeso el centro). Una parte importante de esa adoración incluía la dependencia supersticiosa de palabras mágicas, encantos y frases hechas. Estas se basaban en las letras que aparecían en la corona, el cinto y los pies de la estatua de Diana

en el templo de Efeso. Los encantos mágicos se recogieron en libros, y las piezas mágicas se llevaban como amuletos por los efesios. Hasta se decía que un luchador que llevaba su amuleto no podía ser vencido, pero que tan pronto como se lo quitaba sería derribado. De ese fonde de superstición fueron convertidos aquellos cristianos de Efeso.

En Hechos 19.18, 19 se nos dice que más de dos años después que Pablo hubo estado primero en Efeso "muchos de los que habían creído venían, confesando y dando cuenta de sus hechos. Asimismo muchos de los que habían practicado la magia trajeron los libros y los quemaron delante de todos; y hecha la cuenta de su precio, hallaron que era cincuenta mil piezas de plata". Es importante notar el tiempo del verbo *habían creído*. Es pluscuamperfecto e indica que quienes quemaron sus libros aquel día habían creído antes de aquel momento; es decir, en algún tiempo durante la estadía de más de dos años que Pablo hizo en Efeso (ver vv. 8 y 10). En otras palabras, no quemaron los libros de magia tan pronto como creyeron. Como creyentes habían seguido practicando y siendo guiados por la magia supersticiosa de su fondo pagano. Podría ser posible imaginarnos que los primeros convertidos de Efeso no se dieron cuenta de que la magia de Efeso era incompatible con el cristianism. Pero sería muy difícil, si no imposible, decir que alguien que fuera convertido doce o quince meses después del ministerio y de la enseñanza de Pablo no hubiese sabido que si se hacía cristiano tenía que abandonar amuletos y libros de magia.

Sin embargo, muchos se hicieron creyentes genuinos en Cristo, sabiendo que estaba mal continuar dependiendo y siendo guiados por sus libros de magia. A decir verdad, según lo que sabemos, la quema de libros no se produjo por el haber predicado en contra del uso de tales libros por parte de los creyentes, sino más bien por el miedo que se produjo después de que los siete judíos exorcistas fueran juzgados por haber hecho mal uso del nombre de Jesús y de su poder. En otras palabras, aquellos creyentes sabían que el uso de aquellas supersticiones de Efeso era malo, y cuando tuvieron una buena dosis del temor del Señor, hicieron algo para enderezar su mal.

En caso de que yo no me haya explicado con claridad meri-

diana sobre el significado de este ejemplo, voy a repetir. Hubo personas en Efeso que se hicieron creyentes en Cristo sabiendo que debían abandonar el uso de la magia, pero que no lo hicieron, algunos de ellos por más de dos años después de hacerse cristianos. Sin embargo, su resistencia a abandonar aquellas prácticas no les impidió el ser creyentes. Su salvación no dependía de la fe más la voluntariedad a someterse al señorío de Cristo en cuanto al uso de las artes mágicas. Su salvación les vino por la fe sola, aunque durante meses y años después muchos de ellos practicaron lo que sabían que estaba mal.

El cuarto ejemplo es el de toda una vida de rechazamiento de la dirección de Dios, y fue el caso de Lot. Siempre que le vemos en la Biblia muestra una vida egoísta, sin entregarse a Dios. "Y Lot no fue un hombre de pensamientos elevados. Con todas sus oportunidades tempranas y con toda su promesa primitiva, Lot no era, ni nunca llegó a ser, hombre de pensamientos elevados. En toda su vida nunca se nos cuenta ni una sola cosa de nobleza o de amplitud de corazón o de desprendimiento de Lot" (i)

Si solamente tuviésemos la historia del Antiguo Testamento referente a Lot pondríamos seriamente en duda su relación espiritual con Dios. Pero el Nuevo Testamento declara que fue justo a los ojos de Dios, aun cuando estaba viviendo en Sodoma (2 Pedr. 2.7, 8, donde la palabra *justo* se presenta tres veces). Así que aquí tenemos a un hombre cuyo rechazamiento de la soberanía de Dios durante toda la vida no le impidió ser justo a los ojos de Dios.

Estos cuatro ejemplos han mostrado que la no rendición temporal (como en el caso de Pedro y de Bernabé), la no voluntariedad al tiempo de salvación (como en el caso de los creyentes de Efeso), y desobediencia por toda la vida (como en el caso de Lot) no impiden a un hombre ser justo ante Dios. Por lo tanto, preguntamos, ¿cómo puede ser el señorío de Cristo sobre la vida de una persona requerimiento para convertirse en hijo de Dios? Digo otra vez, no obstante, que el someterse al señorío de Cristo es vital para desarrollar la vida cristiana; pero el convertirse en hijo

(i) Alexander Whyte, *Bible Characters: Adam to Achan*, pág. 131.

de Dios y el crecer a madurez tienen diferentes requerimientos, y el señorío sobre la vida no es requerimiento para entrar en la familia de Dios.

El Significado de Senor

Alguno preguntará, sin embargo, ¿no significa Maestro la palabra Señor, y no significa el recibir a Jesús como Señor que él es Maestro o dueño de la vida de uno? Efectivamente, Señor significa Maestro, pero en el Nuevo Testamento también significa Dios (Hech. 3.22), señor (Juan 4.11), ídolos hechos por hombres (1 Cor. 8.5) e incluso el marido de una (1 Pedr. 3.6). Cuando se usa en relación con Jesús en el Nuevo Testamento, puede tener un significado ordinario de título de respeto (como en Juan 4), pero debe haber tenido también alguna connotación extraordinaria que hizo que algunos pusieran su validez en cuestión. Tal significado no podía ser menos que Dios. Es decir, cuando alguien que, aparentemente, no era más que un hombre ordinario que venía de la pobre familia de un carpintero decía que era Dios, y cuando el título de Señor, que quería decir "Jehová-Dios" para la mente judía, se relacionaba con aquel Hombre Jesús en la predicación de los apóstoles, entonces había división. Tal división no habría sido tan clara si Señor Jesús hubiera significado lo que hoy entendemos por un hombre a quien lamamos "señor", o si se hubiera entendido como "Jesús-maestro"; pero si significaba "Jesús-Dios" o "Jehová-Jesús", entonces uno puede imaginarse la división y le debate suscitado por semejante pretensión.

Si Señor significa Dios, y Señor Jesús entonces significa el Dios-Hombre, notemos algunas ramificaciones de este concepto. En 1 Cor. 12.3 Pablo dice: "Nadie puede llamar a Jesús Señor (literalmente, Señor Jesús), sino por el Espíritu Santo". Señor en este sentido debe significar Jehová-Dios por la sencilla razón de que las personas inconversas pueden decir y dicen Señor, significando corrientemente "caballero", con referencia a Cristo, antes de que tengan el Espíritu de Dios. Además, ¿cómo pudo Pedro ser llevado por el Espíritu para decir "Señor, no" (Hech. 10.14)? ¿Es que le llevó el Espíritu a proferir tal contradicción? Pero, desde luego, si Señor significaba Dios en tal declaración, entonces cobra sentido, porque se puede reconocer la deidad de Jesús sin es-

tar dispuesto a admitir su soberanía en un punto determinado y eso fue lo que hizo precisamente Pedro.

¿Por qué es Señor Jesús (significando Dios-Hombre) tan importante declaración que sólo puede ser dicha por el Espíritu Santo que guía a una persona? Lo es porque se trata de la esencia de nuestra salvación, ya que se enfoca sobre la singularidad de la persona del Salvador. Casi todos los "salvadores" exigen el dominio sobre las vidas de sus seguidores. No hay nada único en las relaciones de Cristo con sus seguidores si eso es todo lo que Jesús el Maestro significa. Incluso los jefes de los cultos exigen eso. Pero ¿qué religión que no sea el cristianismo, tiene un salvador que dijo ser Dios y Hombre en la misma persona? Si Señor en la frase Señor Jesús significa Maestro, entonces la pretensión de singularidad está ausente. Pero si Señor en la frase Señor Jesús significa Jehová-Dios, entonces Jesús es único, y este es el mismo corazón del mensaje de salvación en el cristianismo.

Las personas ordinarias que observaron y escucharon a Jesús de Nazaret predicando y enseñando no se ofendieron por lo que consideraban ser simplemente otro hombre, aun otro profeta. Tampoco les preocupaba que hubiese formado un grupo de discípulos, ya fueran doce o setenta o más. Pero lo que sí causó división entre la gente fue que él dijera ser Dios. No un hombre que decía que era maestro, sino un hombre que decía que era Dios fue lo que les irritó. Los judíos dijeron abiertamente en una ocasión: "Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces Dios" (Juan 10. 33). La ofensa es el Dios-Hombre, no el Maestro-Hombre.

¿Por qué es esto asunto crucial de nuestra salvación? Lo es por la sencilla razén de que ninguna otra clase de salvador puede salvar excepto un Dios-Hombre. La deidad y la humanidad deben combinarse para proveer una salvación satisfactoria. El Salvador ha de ser hombre para poder morir y para identificarse con la maldición sobre el hombre. Y ha de ser Dios para que aquella muerte sea efectiva para un número infinito de personas. Cuando Pablo escribió del evangelio a los romanos, dijo que tenía que ver con el Hijo de Dios, Jesucristo, y luego elaboró sólo dos hechos esenciales acerca de Jesucristo: su humanidad ("que era del linaje de David según la carne") y su deidad ("fue declarado Hijo de

Dios con poder") (Rom. 1.1-4). No añadió nada acerca del control soberano de Cristo sobre las vidas de aquellos que aceptan a Jesús como parte esencial del evangelio. No fue hasta el capítulo 12 que Pablo se dirigió a los creyentes respecto al asunto de la dedicación. El Dios-Hombre salva; el Maestro control y santifica.

Este mismo énfasis se ve en Romanos 10.9: "que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor . . . serás salvo". Es la confesión de Jesús como Dios y así la fe en el Dios-Hombre que salva del pecado. Este es el mismo punto que Pedro resaltó en el día de Pentecostés cuando dijo: "Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo" (Hech. 2.36). Jesús el Hombre había probado por la resurrección y la ascensión ser Señor, Dios y Cristo, el Mesías. Ellos tenían que depositar su fe en más que en un hombre; tenía que ser en uno que fuese también Dios y el Mesías prometido del Antiguo Testamento.

Esto es lo que Pedro quería decir por arrepentimiento cuando el pueblo le preguntó qué tenían que hacer a la luz de su mensaje (Hech. 2.38). La palabra *arrepentir* significa, desde luego, cambiarse la mente en cuanto a alguna cosa. Pero lo que esa cosa sea es de capital importancia en cuanto al sentido de arrepentimiento en cualquier contexto. Un criminal puede arrepentirse en relación con un error que cometió, proponiendo de cambiar su mente, no acerca de su carácter en general, sino de un punto de conducta determinado de su profesión, de modo que la próxima vez no cometa el mismo error. Los cristianos necesitan arrepentirse de pecados específicos de sus vidas (2 Cor. 7.10). El contenido del arrepentimiento que trae vida eterna, y que fue el predicado por Pedro en el día de Pentecostés, es un cambio de mente en cuanto a Jesús el Cristo. Si bien la gente que le oyó en aquel día pensaba antes que Jesús era un mero hombre, la petición de Pedro consistía en que le reconociesen como Dios-Señor y Cristo, el Mesías prometido. La salvación vendría si se hiciera aquello. Además, es verdad que el arrepentimiento por los pecados puede llevar a un hombre no salvo a volverse a Cristo; pero el sentirse triste por los pecados o incluso cambiar la mente de uno, y consecuentemente la vida, no trae salvación *de sí mismo*. Tiene que haber, además, un cambio de mente en cuanto a la persona de

Jesucristo, de modo que se le crea y se le reciba como Salvador personal del pecado.

Una Analogia

¿Significa este énfasis sobre la deidad de Cristo que la frase "Señor Jesús" no incluye otra acepción en el término Señor? Definitivamente no, pero sí significa que la deidad es el principal énfasis y el punto focal de la fe en cuanto a la salvación del pecado. Con toda seguridad, Señor incluye otras ideas.

Pero no vayamos tras ellas en este momento. Más bien miremos al nombre Jesús. Todos están de acuerdo en que este es el nombre humano de nuestro Señor y enfatiza que es un ser real, un ser humano perfecto. Ya que Dios no puede morir, la fe en Jesús, el Hombre que podía morir y murió, es necesaria para la salvación. El Salvador tenía que ser Hombre (porque el juicio divino descansa sobre el hombre), y ese Hombre fue Jesús. Así que el nombre de Jesús enfoca la atención sobre la Persona humana que murió. Pero, desde luego, la humanidad de nuestro Señor es importante con relación a otras cosas. Por ejemplo, es Jesús, la persona humana, la que se presenta al creyente como modelo de su propia vida y servicio (1ª Pedr. 2.21; 1ª Juan 2.6). El ejemplo de Cristo es importante, sí, vital; y está relacionado directamente con su humanidad. Pero esto no forma parte del evangelio. Cuando yo digo a las personas que acepten a Jesús como su Salvador, estoy, al usar el nombre de Jesús, tratando de enfrentarlos con el que murió por ellas, no el que constituye un ejemplo para la vida. Aunque el concepto de ejemplo va implícito en el nombre de Jesús, ese no es el tema de la salvación. Ni siquiera los predicadores del señorío lo hacen así.

Además, la humanidad de nuestro Señor es importante en la segunda venida. "Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo" (Hech. 1 14). "Y mirarán a mí, a quien traspasaron" (Zacarías 12.10). El Jesús humano es el que vendrá otra vez, pero ¿tiene la persona que creer en el Jesús que va a venir para poder ser salva? No, porque el mensaje de la salvación se centra en el Jesús que murió.

Ahora bien, si al emplear el nombre de Jesús cuando predicamos el evangelio, solamente enfatizamos su humanidad relacionada con su morir y no enfatizamos su humanidad como ejemplo o como relativa a su venir de nuevo, entonces, ¿hacemos mal insistiendo en que Señor, tal como se usa en el mensaje evangélico, enfatiza su divinidad y no los muchos otros aspectos o características de Dios?

Por ejemplo, el Señor Dios es también el Creador. ¿Hemos de creer que el Señor es nuestro personal Creador para ser salvos? O también el Señor es el Juez. ¿Tiene uno que creer en Cristo como Aquel que le juzgará para ser salvo? O también el Señor es el Soberano de todas las cosas. Para ser salvo, ¿tiene uno que reconocerle como el Soberano de su vida personal más que debe reconocerle como el Soberano de Israel o del mundo o del reinado milenial? En otros palabras, si el evangelio del Señor Jesús incluye el señorío sobre mi vida, podría también perfectamente incluir la necesidad de creer que El es mi Creador, mi Juez, mi Rey venidero, mi Ejemplo, mi Maestro, y así sucesivamente hasta incluir todos los atributos de la Deidad y todos los aspectos de la perfecta humanidad del Señor Jesús. Aunque las palabras Señor Jesús no excluyan ninguna de estas cosas, el énfasis que la Biblia da a estas palabras (como hemos tratado de mostrar de Hechos 2, por ejemplo) está en que es el Dios-Hombre, Hombre para que pueda morir, y Dios para hacer esa muerte efectiva para la remisión de los pecados. ¿Dónde nos pararíamos, si empezáramos a añadir algo más a este que es el evangelio revelado en la Biblia? Si añadimos el señorío sobre la vida, ¿qué derecho tenemos a incluir solamente eso? Y si añadimos al evangelio otras ideas incluidas en la palabra Señor, ¿por qué no añadir las otras ideas que se incluyen en el nombre Jesús? Y, desde luego, si hacemos algo de esto, complicamos el evangelio hasta que carezca de comprensión y de efectividad.

El Significado del Discipulado

Enseñar que Cristo ha de ser Señor de la vida para que sea Salvador, es confundir ciertos aspectos del discipulado. ¿Qué es un discípulo? Un discípulo es aquel que recibe instrucción de otro; es uno que aprende. En el Nuevo Testamento la palabra se usa frecuentemente en los Evangelios y ocasionalmente, por compara-

ción, en los Hechos, y ninguna vez después de los Hechos. Hubo discípulos de Moisés (Juan 9.28), discípulos de Juan el Bautista (Juan 3.25) y de Cristo. De los discípulos de Cristo, algunos fueron temporales y le abandonaron después de un tiempo (Juan 6.66), en tanto que algunos fueron íntimos, como Pedro, Jacobo y Juan; uno de ellos fue traidor, Judas. Judas, desde luego, es ejemplo de un discípulo no salvo; por lo tanto, la palabra *discípulo* no implica necesariamente verdadera conversión. Sin embargo, la palabra se emplea corrientemente para convertidos y en el libro de los Hechos aparece como sinónimo de *creyente*.

Ahora bien el hacer discípulos es el objetivo de la Gran Comisión (Mat. 28.19). Dos cosas caracterizan a los discípulos cristianos: que están bautizados (claro signo de su fe en Cristo) y que están aprendiendo constantemente. El bautismo es un acontecimiento simple, mientras que el aprender es cosa de toda la vida. Sólo hay una condición para el bautismo, la fe (Hech. 16.31-34); hay muchas condiciones para el crecimiento. La confusión viene cuando intentamos tomar las condiciones para el crecimiento y hacerlas condiciones para convertirse en discípulo, o cuando hacemos de las características de la vida de discipulado condiciones para convertirse en discípulo.

El Señor distingue estas dos facetas del discipulado—la entrada en el discipulado y la vida que la sigue—en dos discursos pequeños puestos juntos. En Lucas 14.16-24 relató la parábola de la gran cena a la que no se restringía la entrada, libre y para todos. En Lucas 14.25-33 enseñó las restricciones de la vida que continúa siguiéndole a El, en el proceso continuo del discipulado. El hacer de las condiciones para la vida del discipulado requerimientos para hacerse discípulo es confundir el evangelio más y más, echando barro en las cristalinas aguas de la gracia de Dios con las obras del hombre.

Incidentalmente, vale la pena notar que las características del discipulado requieren acción, no solamente disposición para actuar. Por lo tanto, la variación en la enseñanza sobre el señorío, apuntada antes, que dice que el hombre para ser salvo tiene que aceptar a Cristo y, al menos momentáneamente, estar dispuesto a someterse a El, no puede respaldarse con estos versículos. Si, por ejemplo, Lucas 14.33 pudiese concebirse como declaración de las

condiciones para la salvación, el versículo no dice que nosotros debemos solamente estar dispuestos a abandonar todo; dice que debemos abandonar todo. O también, si Mateo 19.21 significa cómo ser salvo, el Señor no le dijo al joven rico que estuviera dispuesto a vender todo; le dijo que lo hiciera.

La Facilidad de Creer

Como hemos dicho anteriormente, la enseñanza de que la salvación es por gracia mediante la fe sola en el Dios-Hombre Salvador como nuestro Sustituto por el pecado, ha sido tildada de "fácil creencia". No es verdad, sin embargo, que los que creemos esto neguemos que también sea importante entronizar a Cristo en nuestra vida. Decimos que el entronizamiento no es condición para la salvación, sino más bien debe ser una consecuencia de la misma. Pero aún tenemos la cuestión de si la etiqueta de "fácil creencia" es verdadera o no. ¿Es realmente fácil creer? Considere dos pensamientos de importancia.

1. El objeto de nuestra fe entraña demandas increíbles. El es alguien invisible; vivió en un pasado distante; los informes contemporáneos referentes a El fueron preservados por sus amigos, no habiendo hoy ningún testigo ocular que pueda verificar la verdad de sus pretensiones. ¿Es fácil creer en alguien semejante? En todo el mundo hoy el crédito es cosa del alto comercio, pero se extiende el crédito sólo a personas con algunas garantías. Frecuentemente miramos a la persona, recogemos información acerca de ella y, en algunos casos, pedimos que otras personas nos la garantice. Ninguna de estas cosas tenemos a mano para tratar con aquellos a quienes pedimos que crean en Jesús. Es verdad que hay relatos acerca de El, pero algunos dicen que no son de confianza. Y hay quienes afirman haber sido maravillosamente redimidos por El, aunque quizás puedan estar engañados. ¿Es fácil, realmente, creer en el Jesús que no se ve?
2. El contenido de nuestra fe entraña demandas increíbles. Pedimos a la gente que crea en esta persona invisible con respecto al perdón de los pecados y la vida eterna, a base de la muerte de tal persona que se dice que nos sustituye. ¿Es ello fácil? Si se nos pidiera solamente creer en Cristo para dirigir los asuntos de esta vida, no sería tan fundamental, porque podríamos

llevar una vida relativamente feliz y, al parecer, con éxito sin su control (aunque, desde luego, no puede compararse con una vida vivida bajo su control). Pero no podemos arriesgarnos a perder el perdón de los pecados, porque está en juego la eternidad, y no no solamente un puñado de años. Cuando todo esto se vierte sobre el contenido de nuestra fe, ¿podemos decir que es fácil creer?

Permítame terminar con una ilustración. Hace años, acompañado por otro estudiante, yo iba en un tren desde Atenas a Estambul. En algún punto del recorrido montó un hombre de buen aspecto y bien vestido que se puso a hablar conmigo. Fue una conversación difícil porque la única lengua común que teníamos era el francés, pero por fin averigüé que lo que quería era cambiar dinero turco por dólares americanos. Ahora en aquel tiempo había cotizaciones libres de cambio, así que era perfectamente legal, y el dólar americano era cosa de desear. Naturalmente me recelaba de ese extraño que deseaba dinero, pero como el tiempo ya se echaba encima y llegábamos a Estambul, acordamos encontrarnos en el hotel donde yo y mi amigo íbamos a quedar.

La escena, medio capa-y-espada, de aquella noche en aquel hotel de tercera clase fue casi cómica, según me viene ahora a la memoria. Mi amigo y yo estábamos sentados encima de una de las camas de hierro de la pequeña habitación. El hombre con el dinero trajo a su hermano (según dijo él) y ambos se sentaron en dos sillas (los únicos otros muebles de la habitación). Después de las palabras introductorias de rigor, el chalaneo. Yo había hecho ya, desde luego, algunas gestiones esa tarde sobre el cambio, de manera que después de un tiempo estuvimos de acuerdo en el cambio, lo que dio por resultado que nuestra estancia en Turquía nos salió un 25 por ciento más económica. Cambiamos los billetes, nos dijimos adiós y aquello pareció ser el final de todo.

Unas cuantas semanas después, por causas imprevistas, mi amigo y yo tuvimos que separarnos y yo tuve que regresar solo a Escocia. Debido al cambio inesperado de planes, necesité comprar un billete de avión para salir de Estambul. De modo que cuando regresé decidí buscar al que me cambió el dinero (cuya dirección yo había guardado por alguna razón) y ver si podía conseguir el billete también con el 25 por ciento de descuento. A cinco calles del bulevar y en el sexto piso encontré su apartamento y llamé a

la puerta. Salió el hermano (que lo era de verdad), y enseguida los tres recordamos nuestro encuentro anterior.

Entonces le dije que venía con el mismo problema aquella noche, que necesitaba más dinero turco. ¿Acaso necesitaba él más dólares? Me dijo que sí y luego reveló, al contarme la historia, que era un refugiado de un país comunista de los Balcanes que se había escapado a Turquía. Su mujer y demás familia habían sido enviados al Canadá por alguna organización de ayuda internacional porque ella era médico. Como él no tenía profesión no pudo acompañarlos, aunque toda la ilusión de su vida era traerse la familia a Turquía para estar juntos. Para hacerlo necesitaba poseer dólares, pero no era fácil enviárselos a su esposa. A él le gustaría ayudarme, dijo, pero . . .

Entonces sugerí algo. Que se reuniera conmigo por la mañana y que él comprara mi billete de avión y luego que confiara en mí para que yo escribiera a mi padre en América a pedirle que él remitiese los dólares de mi cuenta a su esposa en Canadá. ¿Comprenden la situación? Yo le pedí a él que se fiara de mí (a quien realmente no conocía), que yo le fuera a reembolsar un dinero de una cuenta que yo decía tener en un país lejano por medio de un padre a quien él nunca había visto y de cuya existencia, por no decir honestidad, él no podía tener prueba alguna. ¿Lo haría? ¿Me creería? No fue muy fácil para él decidirse porque yo estaba poniendo un requisito increíble a su fe.

Bueno, lo hizo y, desde luego, yo cumplí con mi parte del compromiso. A su debido tiempo los dólares llegaron a su esposa y eso fue lo que permitió a la familia iniciar su proceso para reunirse. Más tarde se encontraron todos juntos de nuevo y yo tengo hoy queridas cartas, tanto de la esposa como del marido, agradeciéndome mi ayuda. ¿Es fácil creer?

Si alguna vez se siente tentado a añadir algo a la gracia sin complicaciones de Dios, trate primeramente de hacerlo tan claro como el cristal quién es el objeto de la fe y cuál es su contenido. Luego dirija los hombres a El, al Señor Jesús, el Dios-Hombre Salvador que ofrece perdón eterno a todos aquellos que creen.

18

LA VIDA CRISTIANA EQUILIBRADA

Si yo me sintiera más inclinado hacia lo espectacular, llamaría este capítulo final "El secreto del éxito en la vida espiritual", o "La fórmula para una vida victoriosa", o algo parecido. Sospecho, sin embargo, que las "fórmulas" y los "secretos" contribuyen a los problemas que tiene la gente más bien que a revelar soluciones. Uno dice: "Prueba esto", y otro dice: "Prueba aquello". El resultado de estas muchas voces y de la falta general de acuerdo en cuanto a cuáles sean en verdad los medios bíblicos para una madurez cristiana parecen crear dos clases de creyentes. Hay algunos que no están muy seguros de estar ni siquiera en el camino recto de la vida normal cristiana; y hay otros que están muy ciertos de que han llegado a la estación terminal. O, cambiando de metáfora, hay tantos jefes de cocina con sus distintos menús que algunos se confunden tanto con la lista que se mueren de hambre, en tanto que otros prueban todos los platos que les ofrecen consiguiendo indigestiones, y unos cuantos se apegan a uno convencidos de que todos los otros son fraudes.

En este capítulo queremos hacer tres cosas: a) resumir y hacer un cuadro de las rutas, de algunas de ellas, b) alejar la estación más todavía para que nadie piense que ha llegado ya, y c) iluminar el camino para que todos puedan ver cuáles son los medios bíblicos hacia la madurez y vivir así una vida cristiana equilibrada.

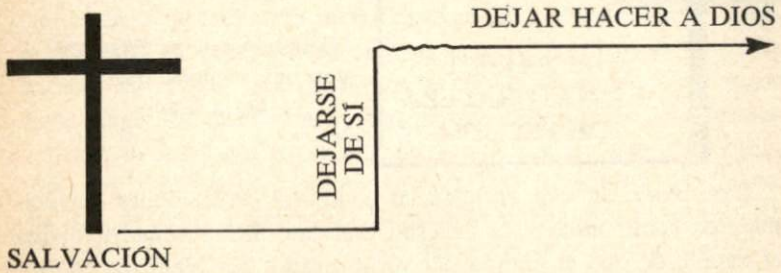
Varios Énfasis

Cuando uno intenta resumir y hacer un cuadro de los énfasis entre las varias enseñanzas acerca de la vida espiritual, hay siempre el peligro que acarrea la excesiva simplificación. Sin embargo, el poner las cosas una junto a la otra puede también clarificar,

y eso es lo que pretendo. Digamos también que, al ordenar los distintos énfasis, no sugiero que toda la enseñanza esté equivocada; contiene, a mi juicio, un desequilibrio porque algún aspecto de la vida espiritual se ha enfatizado de manera desproporcionada en comparación con lo que la Escritura enseña acerca de él.

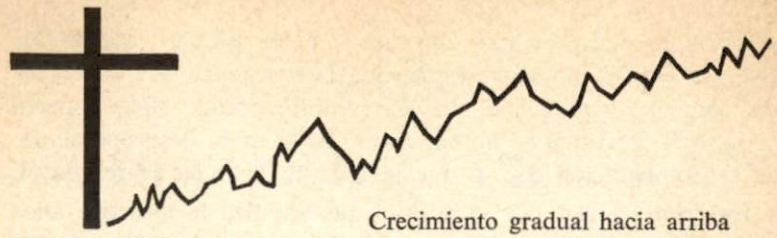
En primer lugar, hay la postura que enfatiza la idea que Dios hace todo cuanto haya que hacer para nuestra vida espiritual. No sólo no podemos hacer nada, sino que no debemos hacer nada, para no obstaculizar la obra de Dios en nuestras vidas. Normalmente esta postura de dejar que Dios lo haga todo llega como un punto de crisis en nuestra experiencia. Es entonces cuando aprendemos a "dejarnos de nosotros mismos y dejar hacer a Dios", que es el secreto de la vida victoriosa.

No tenemos el propósito de elaborar aquí sobre las dificultades de estos excesos en el énfasis. Espero que ya se haya hecho a satisfacción en los capítulos precedentes. Basta decir que, desde luego, Dios debe hacer la obra en nosotros y a través de nosotros mismos, pero nosotros debemos desempeñar nuestro propio papel en la santificación igualmente. En forma de dibujo, este énfasis podría ser lo siguiente:



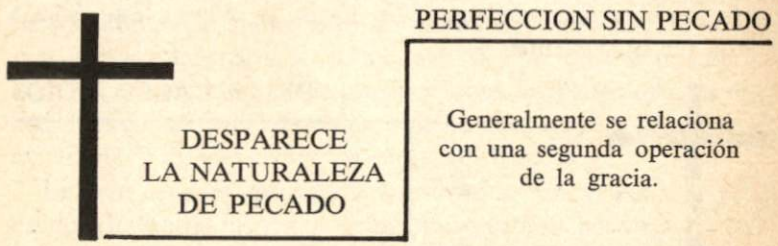
Con toda seguridad, puede haber algunos altos y bajos sobre el nivel de la vida superior, pero son relativamente pequeños después que uno haya experimentado la crisis de la entrega.

Mientras que este primer concepto enfatiza la crisis de la dedicación como aspecto de la vida espiritual, minimizando el aspecto de la lucha, una segunda variante enfoca la atención sobre la lucha constante y excluye cualquier enseñanza sobre un rompimiento definitivo con el pecado en un acto de dedicación. Si hacemos un dibujo, podría resultar así:



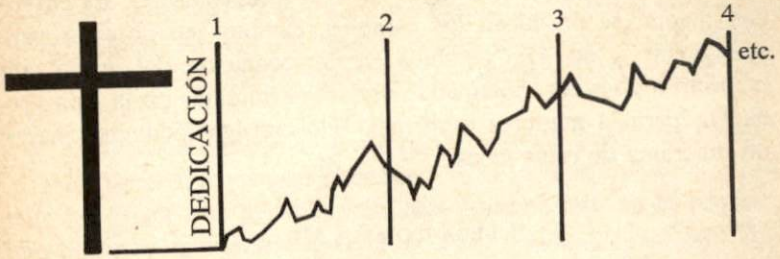
Una lucha victoriosa llevará a la conquista gradual pero certera de la naturaleza de pecado y, con alguna variación de esta idea, a la erradicación del mismo.

Desde luego, hay un punto de vista de erradicación íntegra que enseña que la naturaleza de pecado se quita completamente en una experiencia de crisis, cuando uno cumple con las condiciones del grupo particular que lo enseña. Esta es una erradicación repentina, en tanto que la variante anterior enseña que la lucha victoriosa conduce a una erradicación al fin. En forma de diagrama, la erradicación repentina parecería así:



Otro punto de vista enfatiza las continuas dedicaciones o avivamientos como medios de la espiritualidad. Tal enseñanza olvida el detalle de que el tiempo del verbo usado, por ejemplo, en Romanos 12.1 para "presentéis", implica un acontecimiento, no una sucesión de acontecimientos, como discutimos en el capítulo siete. Ciertamente, después de un hecho decisivo o de crisis de dedicación puede haber una experiencia de retroceso. Pero el remedio para esto estriba en la confesión y con frecuencia una reafirmación de aquella dedicación inicial. Puede usted llamarle, si quiere, rededicación, aunque este no sea un buen término para comunicar la enseñanza bíblica. Pero no ofrezca una serie de rededicaciones como la cosa deseada de la vida cristiana o como

algo que, de alguna manera, desmerezca aquella inicial dedicación completa y decisiva de capital importancia. Si hiciéramos un diagrama, la enseñanza sería esta:



Finalmente, voy a mencionar un énfasis en el que uno cae de vez en cuando. Es la idea de que el medio principal de santificación es lo que se llama franqueza. Esto entraña mucha confesión en público o en groupos, tanto como catarsis como para incentivo para una vida mejor. Ya hemos discutido el tema de la confesión en el capítulo 14, de modo que no tenemos que repetirlo aquí. Pero hoy este mal énfasis toma la forma, a veces, de autoanálisis de grupo, normalmente dirigido por uno que ha tenido éxito practicando dicho proceso. Estas sesiones de "autorevelación" (a veces incluso con una serie de listas de comprobación) se supone que le llevan a uno a la madurez de cierta clase. Digo "de cierta clase" porque mi impresión es que frecuentemente se sustituye en esos grupos la verdadera madurez espiritual por una madurez emocional y no es substituto, por deseable que parezca. Parece también que la finalidad que se persigue es poco más que aprender a aceptarse uno mismo con todas sus faltas y debilidades, por el proceso de ganar la libertad de hablar al grupo de aquellas cosas personales.

Sin duda, hay lugar para conocerse uno mismo y buscar la estabilidad emocional en la vida, y a veces la interacción del grupo puede ayudar. Pero lo que parece faltar en este movimiento (y estas son faltas básicas y cruciales) es, primeramente, una norma objetiva con la que uno puede medirse, y en segundo lugar, una apropiación del poder del Espíritu que mora adentro para hacer los cambios necesarios para perseguir la semejanza con Cristo. ¿Qué es lo que realmente se consigue, en cuanto a la es-

piritualidad bíblica, si uno solamente sabe aceptar sus propias peculiaridades, o aun consigue que los otros le acepten? Dios mismo, como se revela en su Palabra, es la norma con la que tenemos que medirnos y no alguna lista de comprobación. Es entonces cuando se producen los cambios, cambios en nosotros personalmente y no sólo cambios en la aceptación del grupo con respecto a nosotros. Solamente entonces estaremos en la ruta verdadera para la madurez espiritual. (No consigo fácilmente hacer un diagrama de estas ideas.

Llegando a la Meta

El llegar a la meta de la vida cristiana es un proceso continuo que dura toda la vida. Dicho de una forma clara y sencilla, la meta es ser semejante a Cristo, pero la realización plena de este fin espera nuestra final glorificación (Rom. 8.29-30). Cualquiera que diga que ha llegado ya en la vida cristiana, debe ser capaz de decir (y respaldarlo con pruebas constantes) que es semejante a Cristo. Incluso si uno pudiese vivir en esta vida sin pecado (lo que no es posible), tendría también que manifestar las características positivas de nuestro Señor, toda vez que el parecido con Cristo es algo más que estar sin pecado.

Sin embargo, podemos ir llegando a la meta en esta vida, aunque no podamos alcanzarla hasta que seamos trasladados al cielo, y tenemos muchas exhortaciones en el Nuevo Testamento que nos urgen a proseguir al blanco. San Pedro decía: "Creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, y esa palabra *crecer* está en presente, indicando el proceso continuo del crecimiento. Nunca llega un tiempo para el cristiano cuando no necesite crecer más en la vida cristiana. Juan nos recordaba que la sangre de Cristo "nos limpia de todo pecado" (1 Juan 1.7), otro tiempo presente que indica la continuidad de nuestra necesidad. Pablo indica que el nuevo hombre está siendo renovado constantemente (otro tiempo presente) durante toda la vida (Col. 3.10). A la luz de estos versículos queda claro que nadie ha llegado todavía en la carrera cristiana. Algún día todos por la gracia de Dios llegaremos, pero entretanto hemos de proseguir al blanco que nos es propuesto.

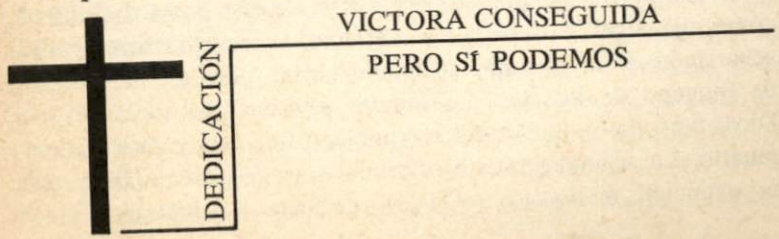
La Senda Recta

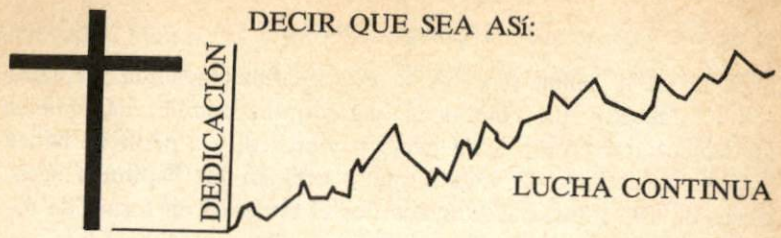
¿Cuál es la senda recta de la espiritualidad genuina? ¿Cuáles son los factores que componen una fórmula equilibrada para el crecimiento cristiano? A mi juicio hay cuatro, y a pesar de haber sido ya discutidos, de una forma u otra en los capítulos anteriores de este libro, puede ayudarnos el ponerlos en forma de resumen final.

1. Dedicación. Antes de que ningún progreso perdurable pueda llevarse a cabo en el camino de la vida espiritual, el creyente ha de ser una persona dedicada. Aunque esto no es requerimiento para la salvación, sí es el fundamento básico para la santificación. Como hemos indicado, la dedicación es una entrega completa, de crisis, del yo durante todos los años de la vida. Tal dedicación la puede estimular algún problema o decisión que uno haya de afrontar, pero concierne a una persona, al hijo de Dios, no a una actividad o ambición o plan para el futuro. Una persona dedicada tendrá planes y ambiciones dedicadas, pero los planes dedicados no requieren necesariamente ni garantizan la dedicación del que los planea.

La dedicación es un rompimiento del control propio sobre la propia vida y una entrega del control al Señor. Ello no soluciona todos los problemas inmediatamente ni automáticamente, pero sí suministra la base para la solución, que es el crecimiento y el progreso en la vida cristiana. En otras palabras, si uno dedica su vida al Señor, digamos en un culto vespertino, no se levanta a la mañana siguiente con todos sus problemas solucionados. Pero sí tiene una base firme para la solución. Cualquier "fórmula" para la victoria que pinte la dedicación como algo que repentina y automáticamente eleva a uno a un plano superior de experiencia es ilusoria.

No podemos decir que sea de esta forma:





Dios puede operar con vidas entregadas, pero el trabajo entonces sólo acaba de empezar. Son necesarias otras cosas después de la dedicación.

2. El segundo elemento en el punto de vista equilibrado de la vida espiritual es la disciplina. Pablo escribió: "si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis" (Rom. 8.13). Este es un versículo muy interesante que aporta mucho equilibrio a la vida espiritual. Entre otras cosas declara que quienes han crucificado ya la carne (Gál. 5.24) necesitan todavía hacer morir las obras del cuerpo. El tiempo es presente, lo que significa algo que necesita hacerse repetidamente, aunque hayamos sido crucificados (tiempo aoristo para un asunto ya acabado). Además, este versículo declara que *nosotros* lo hacemos, por medio del Espíritu, verdad, pero, no obstante, *nosotros* tenemos una parte vital. El sujeto de *hacer morir* es "vosotros" y está en la voz activa. *Yo* soy el que lo hace. Si estuviera en pasiva, entonces significaría que algún otro lo hace por mí. El Espíritu Santo me capacita, pero soy *yo* quien lo hago. Este es un hecho difícil de ajustar con cualquier opinión de la vida espiritual que representa a Dios como el que hace todo, pero el versículo está aquí bien claro.

¿Qué significa "hacer morir"? La muerte siempre significa separación, nunca extinción, de manera que hacer morir las obras del cuerpo no puede significar erradicarlas. Eso no sucede en esta vida. Pero sí significa separarme yo de esas cosas. La muerte, como dije, significa separación. Observe: la muerte física significa separación de lo material de lo inmaterial, pero no la extinción de ninguno de los dos. La muerte espiritual es separación de Dios, pero no extinción del ser humano que está espiritualmente muerto. La segunda muerte es también separación de Díos, pero no extinción, ni siquiera en el lago de fuego. La muerte al yo no

significa extinción, sino separación del poder de la vida del yo. Así pues, hacer morir las obras del cuerpo no significa que esas obras ya no forman parte de nuestra existencia, pero sí puede significar que ya no necesitan formar parte de nuestra experiencia.

¿Cuáles son algunas de las "obras de la carne"? Hay una contestación bíblica a esto en Colosenses 3.9 donde la misma palabra griega se emplea (aunque traducida "hechos" en español) y algunas de las obras se registran. Notemos algunas de ellas. En el versículo 5 hay varias cosas que entran en la categoría de impuras, especialmente en la esfera del sexo. Fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos, estas son obras impuras de la carne de las que un cristiano espiritual debe separarse. Ciertamente esto significa que no hemos de participar en tales cosas, pero ¿significa también separación en cuanto a nuestro leer y mirar?

Otra práctica que pertenece a lo antiguo es avaricia (v. 5) y aquí, como en otras partes del Nuevo Testamento, se le llama lo que realmente es, o sea idolatría. Recordemos el capítulo 8 acerca del dinero y recordemos que la avaricia no desaparece automáticamente cuando uno tiene más dinero. Uno puede ser avaricioso cuando tiene poco, mucho, o regular, porque la avaricia viene del corazón y no de las circunstancias de la vida.

En el versículo 8 se mencionan pecados de boca. Estos son también obras de la carne de las que debe separarse el cristiano espiritual. Son la ira, el enojo, la malicia, la blasfemia, las palabras deshonestas. A veces aquellos que parecen más espirituales no manifiestan control en este asunto de la lengua, traicionando su supuesta espiritualidad.

La disciplina en el campo de la carne, del dinero y de la boca es esencial como parte del vivir espiritual y el disciplinarse es algo que todos debemos hacer.

3. La tercera faceta de la vida cristiana equilibrada es la dependencia. "Digo, pues: Andad en el Espíritu y no satisfagáis los deseos de la carne" (Gál. 5.16). La constante dependencia del poder del Espíritu de Dios que mora en nosotros es esencial para nuestro crecimiento espiritual y para nuestra victoria. Por su misma naturaleza, el caminar se forma de una serie de hechos dependientes. Cuando se levanta un pie para colocarlo en frente

de otro, se hace en fe, es decir en la esperanza de que el pie que queda en el suelo vaya a resistir todo el peso del cuerpo. Nosotros sólo podemos caminar por el ejercicio de la fe. Sólo podemos vivir la vida cristiana en dependencia del Espíritu Santo. Tal dependencia dará como resultado el dominio del Espíritu sobre las obras de la carne (Gál. 5.17-21) y la producción por el Espíritu de los frutos del mismo Espíritu (vs. 22, 23).

La dependencia del poder de Dios y el esfuerzo de parte del creyente no se excluyen mutuamente. La disciplina propia y la dependencia del Espíritu pueden y deben practicarse al propio tiempo en una vida cristiana equilibrada. La dependencia en sí es una actitud, pero tal actitud no viene automáticamente, sino que, normalmente, requiere ser cultivada. Hay muchos cristianos verdaderos que viven día tras día sin siquiera sentir su necesidad de depender de El. La experiencia, la rutina, el orgullo, la confianza propia, todo ello tiende a separarnos de aquella consciente dependencia de Dios que debemos observar al objeto de vivir y obrar rectamente.

4. Finalmente, la vida espiritual debe ser una vida de continuo desarrollo. Ningún versículo lo expresa tan bien como 1 Juan 1.7 (aunque, a primera vista, parezca inadecuada prueba): "Si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado". La norma de toda conducta cristiana ha de ser Dios mismo (v. 5). Dios nunca rebaja ni pone en duda esta norma. El es el criterio por el que todas las conductas, las actitudes y metas han de ser medidas. Por eso el pecado se define como estar destituidos de la gloria (o manifestación) de Dios (Rom. 3.23). En esta generación pragmática y racionalista conviene recordarlo. Quizás alguien diga: "Pero no podemos cumplir con tal norma. ?No se burla Dios de nosotros poniéndonos un ideal que no podemos alcanzar?" La respuesta es que no, porque, si bien la norma es Dios mismo, lo que se requiere de cada creyente es que ande en luz (v. 7). No se espera que nos convirtamos en luz, pero sí que andemos en luz. Pues esto es algo que todos podemos hacer porque se ajusta al grado de madurez de cualquier cristiano en todo tiempo. La norma, la luz, es fija y no cambia; el requerimiento de responder a la luz es diferente y alcanzable

en cada caso. Las esferas de la vida en las que brilla la luz de Dios y su Palabra son siempre crecientes en el proceso de avanzar en la vida cristiana normal. Esto, que es verdad en el crecimiento físico, es igualmente verdad en el crecimiento espiritual.

Si andamos en luz, se dan dos consecuencias: tenemos comunión unos con otros y la sangre de Cristo continúa limpiándonos. Durante mucho tiempo, de manera inconsciente, yo leía este versículo de la siguiente manera: Si andamos en luz tenemos comunión el uno con el otro, pero si no andamos en luz la sangre de Jesucristo nos limpia. Esto no es lo que dice el versículo. Afirma que necesitamos ser limpiados cuando estamos *en* comunión con el Señor, no cuando estamos *fuera de* comunión con El. El limpiamiento constante, por lo tanto, es consecuencia del andar en la luz.

¿Qué significa esto? Sencillamente que cuando estamos andando en comunión con el Señor, la luz de la Palabra de Dios brilla sobre rincones adicionales de nuestra vida y pone al descubierto nuestros pecados y fragilidades que entonces precisan del poder limpiador de la sangre de Cristo, al objeto de que podamos continuar nuestro andar en la luz. Estos pueden ser lugares, aspectos o manchas que aparecen a la luz en el curso normal de nuestro crecimiento físico o espiritual. Por ejemplo, como niño cristiano, yo no estaba preocupado si habría de servir o no al Señor; cuando yo entregué mi vida al Señor, el lugar de mi servicio no era asunto primordial; antes de que yo tuviera hijos, la cuestión de si los entregaría al Señor, hasta donde un padre puede hacerlo, no era el asunto primordial. Todas estas cosas iban surgiendo en el progreso normal de la vida y, al aparecer, y al reaccionar yo positivamente a la voluntad del Señor, la sangre de Cristo continuó limpiándome a mí de todo pecado. Este es el limpiamiento que se relaciona con el crecimiento, no el limpiamiento que resulta de confesar el pecado conocido y deliberado (1 Juan 1.9).

Este es el desarrollo normal de la vida cristiana. El andar en la luz aporta más luz y limpiamiento de esos rincones que antes estaban a oscuras. Y a medida que nosotros andamos en la luz que incluye esos rincones adicionales, nuevas esferas del vivir se descubren bajo la antorcha de Dios. El andar (por nosotros),

la iluminación (por la Palabra) y el limpiamiento (por la sangre), constituyen el ciclo repetidor del desarrollo cristiano.

Esta es la senda de la vida espiritual, una vida dedicada que es disciplinada, dependiente y que se desarrolla. Este es el "secreto" del éxito espiritual; sin embargo, no es ningún secreto, ya que lo revela claramente la Palabra de Dios. Las dificultades que encontramos todos nosotros son dos: mantener las distintas facetas de la verdad en su verdadero equilibrio, y luego hacer lo que sabemos que es necesario.

¡Ojalá este libro haya ayudado a lo primero! El Señor nos ayude a hacer lo segundo.

F I N

EQUILIBRIO EN LA VIDA CRISTIANA

Charles Caldwell Ryrie

¿Cómo llega un cristiano a tener un equilibrio bíblico y práctico en su vida?

Charles C. Ryrie se propone establecer una solución factible a este problema en su libro, *Equilibrio en la Vida Cristiana*.

Comienza con una definición de la espiritualidad verdadera, luego da una explicación de lo que es el hombre y lo que puede llegar a ser por medio de Cristo. El autor trata de tales temas como el hablar en lenguas, el perdón y el legalismo.

Este es un libro estimulante y provechoso escrito para aquellos cristianos que deseen una aplicación práctica de espiritualidad equilibrada en sus vidas.

El Dr. Ryrie es decano de estudios doctorales y profesor de teología sistemática en el Seminario Teológico de Dallas. Obtuvo su grado de B.A. de Haverford College, su Ph.D. de la Universidad de Edinburgo, y su Th.M. y Th.D. con altos honores del Seminario Teológico de Dallas. Sirvió como presidente del Colegio de la Biblia de Filadelfia, y también enseñó en Westmont College y en el Instituto Bíblico y Misionero del Medio Oeste.

ISBN 0-8024-2362-0